

GUARDIANAS DE LA RED DE LA VIDA

13 voces ecofeministas desde El Salvador



HEINRICH BÖLL STIFTUNG
CENTROAMÉRICA



GUARDIANAS DE LA RED DE LA VIDA

Autoras:

Carolina Amaya, Vicky Chávez, Blanca García, Sara García,
Jessica González, Yasmín González, Tatiana Marroquín, Vidalina
Morales, Isabel Quintanilla, Adriana Ramírez, Nely Rivera Silva,
Claudia Rodríguez, Sonia Sánchez.

Entrevistas y edición:

Lauri Cristina García Dueñas

Fundación Heinrich Böll Centroamérica

Ingrid Hausinger



GUARDIANAS DE LA RED DE LA VIDA



EDICIONES BÖLL

Guardianas de la red de la vida es una publicación de la Fundación Heinrich Böll para Centroamérica

Entrevistas y edición: Lauri Cristina García Dueñas

Fotos: Menly González

Ilustraciones: Ale Sol

Diseño editorial: Jenniffer Velásquez

Guardianas de la red de la vida

Autoras: Carolina Amaya, Vicky Chávez, Blanca García, Sara García, Jessica González, Yasmín González, Ingrid Hausinger, Tatiana Marroquín, Vidalina Morales, Isabel Quintanilla, Adriana Ramírez, Nely Rivera Silva, Claudia Rodríguez, Sonia Sánchez.

Agradecemos a todas las participantes y el apoyo de La Unidad Ecológica Salvadoreña, UNES, por la coordinación y realización de las entrevistas.

Esta obra está disponible en el marco de la licencia Creative Commons "Attribution 4.0 International (CC BY 4.0)". El texto de la licencia está disponible en:

<http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/de/legalcode>.

Fundación Heinrich Böll, Oficina para Centroamérica, Ciudad de Guatemala, <https://centroamerica.boell.org/>



CONTENIDO



Prólogo: A las guardianas de la red de la vida.....	3
Introducción: Re-existencias ecofeministas, sostener la vida en tiempos de colapso.....	5
A. Nombrar lo que ya éramos	10
Capítulo 1 Jessica González	11
Pedalear el territorio: cuerpos, cuidados y ecofeminismo urbano	
Capítulo 2 - Adriana Ramírez	17
El camino de comunidad: juventudes, imaginación política y organización ecofeminista	
Capítulo 3 - Yasmín González Ulin	24
El arte de sostener la vida: circo social y resistencia ecofeminista	
B. Reconocer la red de la vida	29
Capítulo 4 - Sonia Sánchez	30
Cuidar a las que cuidan: autocuidado como práctica política	
Capítulo 5 - Isabel Quintanilla	36
Desmontar la idea del progreso: decolonialidad, territorio y ecofeminismo	
Capítulo 6 - Tatiana Marroquín	42
Autonomías económicas y ecofeminismo cotidiano	
C. Defender el territorio	50
Capítulo 7 - Nely Rivera Silva	51
Mujeres de frontera, guardianas del agua.	
Capítulo 8 - Sara García	58
Tejer comunidad para defender el territorio: organización local y ecofeminismo.	
Capítulo 9 - Blanca García	65
Mujeres y manglares: restaurar la vida y fortalecer las economías comunitarias	
Capítulo 10 - Claudia Rodríguez	70
El lago tiene memoria: una mirada biocultural	
D. Re-existencias	58
Capítulo 11 - Vicky Chávez	59
Saberes ancestrales y ecofeminismo territorial	
Capítulo 12 - Vidalina Morales	83
Defender la vida frente a la minería: el lado correcto de la historia	
Capítulo 13 - Carolina Amaya	89
Evangelizadora, militante social y ecofeminista.	

Las guardianas de la red de la vida y de este libro son 13 mujeres muy diferentes, pero coincidentes en la lucha por proteger a la Madre Tierra y al Cuerpo Territorio: Carolina Amaya, Vicky Chávez, Blanca García, Sara García, Jessica González, Yasmín González, Tatiana Marroquín, Vidalina Morales, Isabel Quintanilla, Adriana Ramírez, Nely Rivera Silva, Claudia Rodríguez, Sonia Sánchez.

Mujeres adultas mayores, mujeres adultas, mujeres jóvenes, mujeres madres, mujeres hijas, mujeres urbanas, mujeres rurales, mujeres distintas, pero mujeres que luchan desde sus trincheras físicas, sociales y/o intelectuales por las hijas y las nietas de todas y todos.

Durante los meses de enero y febrero de 2026, tuve el honor y el gusto de reencontrarlas o conocerlas y puedo decirles a las y los lectores que no saldrán indemnes de este libro. Yo tampoco.

A través de sus palabras, pude conocer sus infancias, adolescencias e incorporaciones a la lucha social y ecofeminista, aunque no todas abrazan este apelativo y está bien. Todas tienen una historia distinta, con factores coincidentes, pero todas decantan en un solo ideal: la defensa del Cuerpo Territorio.

Muchas han vivido pobreza, judicialización, guerra, persecución, despidos injustificados, intraexilios y hasta exilios por perseguir sus ideales que las acompañan desde las niñas que fueron y amaban a sus abuelas, iban al río y recogían deliciosas frutas. Ahora piensan y actúan contra el patriarcado y el extractivismo. Se encuentran con la vida desde sus feminismos y espiritualidades disímiles.

Ya sea en bicicleta, desde la economía feminista o la indomable Santa Marta, estas guardianas nos invitan a tomar conciencia, como señala Nely Rivera Silva, pues actualmente no hay una lucha social que sea más urgente que la defensa del medio ambiente, porque sin agua, sin aire, sin tierra y sin fuego, no hay vida humana posible ni biodiversidad. Somos uno con la naturaleza y no lo hemos comprendido.

Las guardianas nos instan a la defensa del Cuerpo Tierra, no mañana, hoy. Ya no podemos esperar más. También nos recuerdan algo impostergable: que el cuidado no es solo responsabilidad de las mujeres sino que los roles y estereotipos de género deben reconocerse y deconstruirse y el trabajo de cuidados redistribuirse para realmente habitar una sociedad más justa donde el Estado también debe ser corresponsable activo.

¹Escritora y periodista salvadoreña

Enjuago lágrimas de emoción y alegría al concluir la edición de este libro, un trabajo que se me hizo arduo y personal y que, sin duda, cambió mi forma de ver la vida en esta Tierra, lo cual espero que las y los lectores también experimenten. Guardianas, gracias por contarme su vida y compartir sus sentipensares, admiro profundamente a cada una de ustedes, les deseo larga y feliz vida y les agradezco, en nombre de la humanidad a la que pertenezco, su tesón y su lucha en la defensa del Cuerpo Territorio.

Gracias, gracias, gracias. Domingo 17 de mayo de 2026. Desde San Salvador, El Salvador, Cuscatlán, Centroamérica. Abya Yala.

INTRODUCCIÓN

Re-existencias ecofeministas, sostener la vida en tiempos de colapso.

Ingrid Hausinger²

Cuando Nely, Cidia y Sara³ llegaron a la Fundación Heinrich Böll con una propuesta —impulsar un espacio de encuentro para mujeres feministas y ambientalistas— nadie sabía bien qué forma tomaría. Durante semanas discutimos incluso el nombre. ¿Debíamos llamarlo ecofeminista? El término les parecía lejano a algunas de las mujeres que queríamos convocar, y quizás también a nosotras mismas. Decidimos arriesgarnos. Llegaron cerca de ochenta.

Sus trayectorias eran distintas. Sus luchas, también. Pero todas reconocían algo en común: la convicción de que la defensa de la naturaleza, la justicia social y la igualdad de género no podían seguir pensándose por separado. Aquel encuentro no fue un punto de llegada. Fue el inicio de una conversación —más larga, más exigente, más transformadora de lo que cualquiera de nosotras anticipaba— que continúa en estas páginas. En ese proceso aprendí que estas mujeres no solo resisten: también cultivan, cuidan, sanan, enseñan y construyen alternativas mientras enfrentan sistemas que generan muerte. A ese modo de sostener y multiplicar la vida allí donde intentan destruirla, escuché llamarlo re-existencia desde procesos colombianos. Este libro recoge lo que ese concepto significa cuando se encarna en los territorios y cuerpos de mujeres defensoras en Centroamérica.

Conviene que explique desde dónde llegué a ese proceso. Mi formación como geocóloga me había enseñado a comprender ecosistemas, cuencas hidrográficas y dinámicas territoriales desde una mirada marcada profundamente por la academia occidental. Cuando pensaba en la gobernanza de un territorio, lo hacía a través de modelos ecológicos, indicadores, mapas y herramientas de planificación. Poco espacio ocupaba en ellos la historia de los territorios, las relaciones sociales que los atravesaban o las personas que los habitaban. Sabía mucho sobre ecosistemas y muy poco sobre territorio.

Fue al acercarme a quienes defendían esos territorios cuando mi comprensión comenzó a transformarse. Lo que yo entendía como territorio era, sobre todo, un espacio físico. Para las mujeres con las que conversaba, era otra cosa: una red viva de relaciones que conecta agua, cuerpos, memorias, afectos, espiritualidades, medios de vida, conocimientos, identidades y futuros posibles. No un mapa. Una trama. También fue entonces cuando comenzaron las preguntas.

²Directora Regional para Centroamérica de la Fundación Heinrich Böll

³Cidia Cortés, integrante de AMAES (Mujeres Ambientalistas de El Salvador), fue parte del proceso que dio origen a este libro. Su testimonio no fue incluido en este volumen.

Escuchaba a mujeres relatar con una serenidad que me resultaba desconcertante episodios de sus vidas que yo consideraba profundamente traumáticos. Hablaban de amenazas, persecuciones, secuestros, desplazamientos forzados, procesos judiciales, encarcelamientos injustos y pérdidas familiares. Algunas habían visto cómo criminalizaban a sus compañeros de lucha; otras habían enfrentado enfermedades derivadas del estrés y años de hostigamiento. Muchas llevaban décadas defendiendo ríos, montañas, bosques o comunidades frente a proyectos extractivos.

Una separación que invisibilizó precisamente aquellas actividades, relaciones y procesos que hacen posible nuestra existencia cotidiana. Lo que más me sorprendía no era únicamente lo que habían vivido.

Era que seguían allí.

Yo pensaba que una experiencia semejante bastaría para quebrarme. Imaginaba que, después de atravesar algo así, habría abandonado la lucha para protegerme. No entendía qué fuerza podía sostener a una persona después de tantos años de desgaste, violencia y sacrificio. Con el tiempo, comprendí que la pregunta estaba mal formulada.

Porque yo seguía entendiendo la defensa del territorio como una actividad, una causa o un compromiso político. Ellas la vivían de otra manera. Lo que defendían no era únicamente un espacio geográfico. Defendían algo que formaba parte de sí mismas. Poco a poco fui comprendiendo que no bastaba con escuchar esa definición. Había que habitarla. El territorio no es solo el espacio donde ocurren los conflictos: es también aquello que se defiende porque forma parte de quién se es. Las mujeres no separaban la memoria del agua, ni el cuerpo del cerro, ni la espiritualidad de la organización. Todo eso era una sola cosa. Una trama. Y esa trama tenía nombre: la red de la vida.

Comprendí entonces que cuando una defensora protege un río, no está defendiendo únicamente el agua. Cuando una comunidad resiste una mina, no está defendiendo únicamente un recurso natural. Cuando una mujer organiza una red de cuidados, no está resolviendo únicamente una necesidad inmediata. Lo que está en juego son las relaciones que hacen posible la vida.

Quizá por eso siguen allí. Porque cuando aquello que sostiene la vida misma está amenazado, la defensa deja de ser una opción para convertirse en una responsabilidad colectiva.

En ese proceso compartido fue también donde algo más profundo comenzó a nombrarse. El ecofeminismo dejó de ser un término ajeno.

Nos reunimos una y otra vez. Aprendimos unas de otras. Descubrimos que muchas organizaciones ya practicaban principios profundamente ecofeministas sin nombrarlos necesariamente de esa manera.

Poco a poco, el ecofeminismo se convirtió en una herramienta política, ética y colectiva para comprender aquello que las defensoras territoriales sabían desde mucho antes: que la violencia ejercida contra las mujeres y la violencia ejercida contra los territorios forman parte de una misma historia.

Entender eso nos llevó a una pregunta más difícil: ¿por qué? ¿Qué hace posible que una misma lógica opere simultáneamente sobre los cuerpos de las mujeres y sobre los territorios? La respuesta que el ecofeminismo ofrece —y que estas mujeres ya vivían sin necesitar nombrarla— es que la subordinación de las mujeres, la explotación de la naturaleza, la colonización de pueblos enteros y la exclusión de quienes son considerados diferentes o inferiores no son fenómenos aislados. Son manifestaciones de una misma lógica de dominación que organiza el mundo a partir de jerarquías y dualismos: hombre sobre mujer, cultura sobre naturaleza, razón sobre emoción, civilización sobre barbarie.

Lo que estos dualismos permiten no es simplemente diferenciar, sino justificar la apropiación y la explotación de aquello que ha sido colocado en una posición inferior.

Desde esta perspectiva, la historia de la modernidad puede leerse también como la historia de una separación: entre humanidad y naturaleza, entre producción y reproducción, entre economía y vida.

El control sobre los cuerpos de las mujeres acompañó históricamente muchas de las formas modernas de apropiación de la tierra y de los bienes comunes.

La reproducción de la vida, los cuidados, la crianza y el sostenimiento cotidiano de los hogares fueron puestos al servicio de la sociedad sin ser reconocidos como trabajo ni como contribución fundamental a la economía.

Algo similar ocurrió con los territorios. Los bosques crecían. Los ríos fluían. Los ecosistemas regeneraban las condiciones necesarias para la vida. Sin embargo, estos procesos fueron concebidos como infinitos, gratuitos e inagotables. La tierra fue cercada y convertida en propiedad; las montañas, en reservas minerales; los ríos, en energía; los bosques, en madera. Del mismo modo que el trabajo de las mujeres fue invisibilizado para sostener la economía, los procesos ecológicos que sostienen la vida fueron invisibilizados para sostener el crecimiento económico.

Escuchando a las defensoras hablar de las minas fue cuando comprendí esta relación con mayor claridad. Ellas describían cómo una mina llega a un territorio atraída por aquello que puede extraer y cómo, una vez agotado el mineral, deja tras de sí una montaña herida, un río contaminado y comunidades obligadas a convivir con las consecuencias. El territorio tiene valor mientras produce riqueza para otros; cuando deja de hacerlo, es abandonado. Y luego establecían un paralelo con sus propias vidas: las mujeres también han sido valoradas por su capacidad de cuidar, de sostener hogares, de criar hijos e hijas, en función de aquello que pueden ofrecer y no simplemente por quiénes son.

Escuchar esos paralelos fue revelador. La lógica extractiva no se limita a la naturaleza: es una forma de relacionarse con la vida que mide el valor de personas y territorios por lo que se puede obtener de ellos. Nada más.

Una montaña vale por el oro que contiene.

Una mujer vale por aquello que produce, cuida o entrega. Y cuando aquello que puede extraerse se agota, el valor asignado disminuye.

Las mujeres que aparecen en este libro enseñaron precisamente lo contrario: que una montaña vale más que el mineral que contiene, que un río vale más que la energía que puede generar y que una mujer vale mucho más que aquello que puede ofrecer a otros.

En contextos como los centroamericanos, marcados simultáneamente por el extractivismo, la violencia, la migración forzada, la pobreza, la crisis climática y el avance de tendencias autoritarias, el ecofeminismo no surge únicamente como una crítica al modelo dominante. Surge también como una práctica cotidiana de sostenimiento de la vida, desarrollada por mujeres que han debido garantizar la supervivencia y la dignidad de sus comunidades allí donde múltiples formas de despojo convergen sobre los mismos cuerpos y territorios. Por eso hablo aquí de re-existencias.

Porque la palabra resistencia, aunque indispensable, me parece insuficiente para describir lo que hacen las mujeres que aparecen en estas páginas. Ellas no solo resisten. También cultivan, cuidan, organizan, enseñan, acompañan, sanan, recuperan memorias, transmiten conocimientos y construyen alternativas. Mientras resisten, producen vida. Mientras enfrentan sistemas que generan muerte, recrean las condiciones que permiten seguir existiendo.

Re-existir significa precisamente eso: sostener, reconstruir y multiplicar la vida allí donde las lógicas de dominación intentan destruirla.

El término llegó a mí desde procesos organizativos colombianos, donde comunidades afrodescendientes y campesinas lo habían acuñado para nombrar algo que la palabra resistencia no alcanzaba a capturar: la capacidad de recrear formas de vida propias frente a los dispositivos que intentan destruirlas. En este libro lo retomamos y lo extendemos hacia el territorio específico de las mujeres defensoras ecofeministas de Centroamérica, donde la convergencia de crisis exige formas de nombrar que vayan más allá de la mera oposición.

Lo que distingue la re-existencia de la supervivencia es su carácter relacional. No se re-existe en soledad. Se re-existe en comunidad, en red, en vínculo con otras personas, con los territorios y con las múltiples formas de vida de las que dependemos. Las mujeres que aparecen en estas páginas no construyen alternativas desde la individualidad, sino desde la trama de relaciones que las sostiene —y que ellas, a su vez, sostienen. Por eso la re-existencia no puede separarse del cuidado ni, como veremos, de la alegría.

Con el tiempo comprendí también que la defensa de la vida no puede limitarse a la supervivencia. Sostener la vida implica recuperar la capacidad de vivirla plenamente.

Muchas de estas mujeres han atravesado experiencias profundamente dolorosas. Sin embargo, una y otra vez aparecía algo que al principio me sorprendía: la alegría. No una alegría ingenua ni una negación del sufrimiento. Tampoco una felicidad individual basada en el éxito o el consumo.

Se trataba de una alegría construida colectivamente, que surgía de sentirse acompañadas, de compartir luchas, de reconstruir relaciones dañadas y de

experimentar que otra forma de vivir es posible. El autocuidado, tal como muchas de ellas lo entendían, tenía poco que ver con las versiones individualizadas del bienestar que predominan en nuestra época. Aparecía, más bien, como una práctica política de recuperación de la propia vida.

Muchas heridas no pueden sanar únicamente en el ámbito individual porque fueron producidas en relaciones sociales atravesadas por desigualdades, violencias y formas de dominación. Por eso la sanación también requiere comunidad.

Quizás una de las enseñanzas más importantes de los ecofeminismos que he conocido en El Salvador sea precisamente esta: que el cuidado no consiste solamente en garantizar la supervivencia, sino también en crear las condiciones para una vida digna, plena y gozosa. Defender la vida implica defender también el derecho a la alegría, al descanso, al placer, a la ternura, a la amistad y a la felicidad.

Las mujeres que aparecen en estas páginas tienen trayectorias, experiencias y formas distintas de nombrar sus luchas. No todas se identifican de la misma manera con el ecofeminismo. Sin embargo, todas comparten una misma intuición: que la vida solo puede sostenerse en relación con otras personas, con los territorios que habitamos y con las múltiples formas de vida de las que dependemos.

A lo largo de estos años comprendí que lo que estas mujeres hacen no puede reducirse ni a la resistencia ni a la obligación. Tienen alternativas. Podrían estar haciendo otra cosa. Eligen quedarse porque aquello que defienden forma parte de quiénes son: los ríos de la infancia, los manglares que criaron a sus abuelas, los cerros sagrados, las niñas que aprenden a pedalear, las redes de cuidado que sostienen lo que el Estado abandonó. Defender eso no es un sacrificio. Es una forma de habitar el mundo con integridad. Este libro es el intento de escucharlas explicarlo con sus propias palabras.

A. NOMBRAR LO QUE YA ÉRAMOS

Las tres mujeres de este primer bloque tienen entre veintinueve y treinta y un años. Son parte de la generación que creció con la crisis climática como telón de fondo y encontró en el ecofeminismo un lenguaje para nombrar lo que sus cuerpos y sus territorios ya sabían. Jessica González descubrió que pedalear en la ciudad era un acto político antes de conocer el ecofeminismo: su trabajo en Cicla 28 y la Escuela de Ciclismo para Mujeres convirtió la movilidad urbana en una herramienta de justicia de género y defensa del territorio. Adriana Ramírez llegó al activismo ambiental desde una infancia en Santiago Nonualco, profundamente marcada por la relación con la tierra, y construye hoy, desde Reverdes, una práctica ecofeminista enraizada en la organización comunitaria y la agroecología. Yasmín González, encontró en el circo social la herramienta para su trabajo con infancias y territorios: desde la Colectiva Cirka, construye resistencia desde la alegría y el cuerpo.



CAPÍTULO 1

JESSICA GONZÁLEZ

Pedalear el territorio: cuerpos, cuidados y ecofeminismo urbano

"La bici se vuelve una cara visible, una herramienta de comunicación que acompaña los cuerpos en los territorios."



Jessica González tiene 29 años. Es hija de Yanira y Ricardo y la segunda de cuatro hermanos. Creció en el centro de San Salvador, donde descubrió que la ciudad también es un territorio en disputa. Internacionalista, es fundadora de Cicla 28⁴ y de la Escuela de Ciclismo para Mujeres, e integrante del Movimiento Ecofeminista. Descubrió en la bicicleta una herramienta para transformar la ciudad, tejer cuidados y poner el cuerpo en los territorios. Su historia muestra cómo el ecofeminismo también se construye desde el espacio urbano, reivindicando el derecho de las mujeres a moverse, habitar, cuidarse y cuidar la ciudad.

⁴ Cicla 28: colectiva de mujeres ciclistas de El Salvador que promueve la movilidad en bicicleta como herramienta de autonomía, cuidado colectivo y defensa del territorio urbano.

La niña del barco

En mi casa siempre nos criaron con mucho cuidado. No nos dejaban salir mucho. No tengo recuerdos montando la bicicleta, aunque tenía dos bicicletas regaladas.

Una vecina un poco mayor que yo me las dio porque tampoco las usaba. Pero yo no las ocupaba para salir, para andar la vida e irme por la vida. Lo que hacía era darle vuelta a la bicicleta, armarme una especie de tienda de campaña y jugar que era un barco. Sacaba un libro con un mapa y comenzaba a fingir que me dirigía a algún lugar, a navegar. Una premonición. Porque ahora mi sueño es ir por las regiones en bicicleta. Tal vez me cumplo el sueño de niña.

No nos dejaban salir de la casa. Por toda esa cultura de la violación, no nos dejan ir lejos. En lugar de cambiar el sistema, quieren cambiar nuestros comportamientos. Y encima hay una violencia vial increíble en la zona donde vivo que, aún a esta edad, apenas me la libro.

Fui privilegiada de tener una vecina con capacidad económica para comprar bicicletas, pero muchas niñas no la tienen. A nosotras nos regalan un set de cocina y a los niños les regalan carritos, bicicletas o patinetas, cosas más arriesgadas. Eso también influye en cómo nos desarrollamos.

La bicicleta es un medio que te da demasiada libertad. De pronto todo parece que queda cerca y puedes irte muy lejos. Siendo niña, eso no se me permitía.

Tres kilómetros

El urbanismo me apasiona un montón, así como repensarme en la ciudad y creer que puedo hacer cosas para cambiar las maneras en que nos movemos, sobre todo las mujeres.

Comencé a andar en bicicleta para ir a la universidad. No vivo muy lejos del parque Cuscatlán. El recorrido hacia la Universidad de El Salvador son tres kilómetros, pero esos tres kilómetros me tomaba veinticinco minutos recorrerlos en autobús. En un día complicado, porque todas las rutas que me llevaban pasaban antes por el centro de San Salvador, eran cuarenta y cinco minutos.

Un día una compañera me ofreció venderme una bici. Aparte, lo conectaba mucho con un deseo de la infancia, de volver a tener una. Me la compré en pagos, vendiendo dulces. Mi amiga me dio la facilidad de comprarla así. Comencé a hacer quince minutos a la universidad. El primer día fue tan desafiante para mi cuerpo que pensé que no lo lograba, porque es un falso plano. Hay una parte inclinada y mi cuerpo estaba muy acomodado a moverse en bus. Tenía veinte años. Fue en 2017. En ese periodo, comencé a hacer cuidados colectivos en las marchas a través de la bicicleta. Ahí me encontré con las ecofeministas, que andaban en ese grupo de bicicletas, y me invitaron a una asamblea ecofeminista. Me reuní con ellas y comencé a ver todo desde una perspectiva ambiental, un tema que también me ha movido mucho siempre.

Pedalear los territorios desde la mirada ecofeminista

Hicimos una primera cicleada en 2021 en Metapán para acompañar una acción de visibilización y resistencia. Fue muy significativo para mí, porque fue la primera vez que combiné la bici y la defensa del territorio, precisamente la defensa del lago de Güija⁵, amenazado por la mina Cerro Blanco.

A partir de ahí, tomé la bicicleta como una herramienta de incidencia y visibilización de causas. Además de la cicleada al lago de Güija en Metapán, hicimos otras para visibilizar el extractivismo en El Cerrito de Quezaltepeque y participamos en otras por el río Chacalapa en Apopa, territorios donde están Kawoq, Nayarit y AMAES⁶, organizaciones parte del movimiento ecofeminista. La bici se vuelve una cara visible, una herramienta de comunicación. Estamos poniendo los cuerpos en el territorio.

El ecofeminismo me llevó a entender la interdependencia que existe entre todos los territorios y nuestros cuerpos. Lo que está pasando en Guatemala, a través de las fronteras que nos han dibujado, nos afecta. La mina Cerro Blanco va a contaminar el agua y la ciudad se va a ver afectada. En El Salvador ya somos un país con crisis hídrica. Lo que pasa en El Cerrito de Quezaltepeque me afecta. Lo que sucede en el bosque El Espino⁷, amenazado por el urbanismo descontrolado, me afecta en mi territorio-cuerpo.

Los cuerpos lo saben y lo muestran: ovarios poliquísticos, endometriosis, hipotiroidismo. Un montón de cosas hormonales. Ellas lo saben. Yo las padezco también. Ha sido algo importante conectar estas interdependencias y entender que nos están matando. Sobre todo, los cuerpos de las mujeres son los que se ven más afectados.

A finales del año pasado, en una cicleada por la ruta del Picacho, un venado me saltó por la cara. Fue un momento que me confirmó que no me pueden decir que no me queda nada por defender. Aquí todavía hay vida. Porque si creemos que no hay nada que defender, es más fácil que los proyectos urbanísticos deforesten todo el volcán. En el bosque El Espino hay un montón de vida.

Conecté con el ecofeminismo porque somos naturaleza. Ahí fue el click. En el tema ambiental. Creo que tendría que estar muy enajenada para verme ajena a eso. Hablar de la defensa del territorio me fue haciendo click. Cuando hablamos de bienes naturales, casi no tenemos en cuenta el aire. Además me dije: "Qué importante es que estén con otras mujeres acuerpándose en sus territorios." Y comencé a buscar mis propios espacios urbanos de acuerpamiento, porque eso también era un choque para mí, creer eso que nos han dicho, que ya no tenemos nada que defender, en términos generales y ambientales.

⁵ El lago de Güija es un lago en la frontera entre El Salvador y Guatemala. Ha sido escenario de disputas por el agua y la defensa del territorio frente a proyectos extractivistas.

⁶ Kawoq, Nayarit y AMAES son organizaciones que forman parte del movimiento ecofeminista en El Salvador y defienden territorios y bienes naturales desde una perspectiva de género y justicia ambiental.

⁷ El Espino es uno de los últimos remanentes de bosque cafetalero en el área metropolitana de San Salvador. Está amenazado por proyectos urbanísticos y su defensa ha sido una causa central del movimiento Salvemos el Espino, del cual las ecofeministas y la Cicla son parte.

Del ecofeminismo también aprendí a organizarme

Al principio no veía la bici más allá del hobby. Me reunía en el parque Cuscatlán con grupos de ciclistas con los que salíamos. Ellos se extrañaban y me preguntaban: "¿Andá sola? ¿Solo vos andás?" Me di cuenta de una realidad: era una mujer joven en bicicleta de noche en la calle, sola, con un grupo de hombres, y no había otras mujeres. Se me comenzó a hacer raro.

Siempre me había creído una supermujer. Y a veces es fácil creerse eso y quedarse con esa historia. Pero cuando comencé en la universidad a escuchar a mujeres feministas, empecé a darme cuenta de que el problema era estructural.

La ciudad está pensada para moverse de cierta manera, y esa no es la nuestra. Los patrones de movilidad de las mujeres no son lineales: incluyen múltiples paradas en función de los cuidados. Ser mujer ya le mete una dificultad extra a moverse. Hay que ir lidiando con la carga mental de "ahí no voy a pasar porque está solo, ahí no voy a pasar porque está oscuro." La movilidad es un derecho humano porque es el que permite acceder a todos los demás derechos. Una mujer que no puede moverse con seguridad ve limitado su acceso a la justicia, a los servicios de salud, al estudio.

La cultura vial en El Salvador refleja algo más profundo: el individualismo, el machismo, la idea de que unos cuerpos importan más que otros.

Después de tomar un taller de reparación de bicicletas, publiqué en redes buscando mujeres con quienes montar, y el universo se alineó: llegaron las que ahora son integrantes de Cicla 28. En la colectiva somos unas seis las que organizamos y orientamos el espacio. Tenemos un stock de bicicletas usadas de buena calidad que ofrecemos en pagos a mujeres de la comunidad, porque la bici no puede ser solo para quien puede pagarla de una vez. Mi propia experiencia fue esa. Promovemos el uso de la bicicleta y trabajamos para cambiar la cultura vial, es decir, la cultura política, para posicionar que nuestra vida también es importante.

Organizar desde la bicicleta

Nuestro primer grupo eran mujeres que venían de un proceso en el que les habían ayudado a desinstalar estereotipos, estigmas y mitos. Entre ellos, que las mujeres no pueden aprender a andar en bicicleta porque pierden la virginidad. Todavía a más de alguna chica no la dejan usarla por eso.

No tenían vestimenta adecuada ni zapatos tenis. Lo que pudimos enseñarles ese día fue muy limitado, pero lo que ellas nos vinieron a dejar fue muy potente: nos hablaron de todos estos temas de género contextualizados a su época. Eran mujeres muy enfermas, algunas usaban bastón. Habían desarrollado enfermedades crónicas como artritis y diabetes, resultado de un estilo de vida sedentario asociado a patrones de género que limitaban su movilidad.

Nos estalló la cabeza.

A partir de esa experiencia construimos una metodología desarrollada por mujeres jóvenes para otras mujeres. Incluía la historia de cada una con la bicicleta, aspectos de género, salud física y hormonal, y su relación con el medio ambiente. Porque la contaminación que causan los vehículos y otros contaminantes no se queda afuera: son disruptores endocrinos que entran al cuerpo y generan desbalances que pueden moderarse con actividad física. Con la bicicleta evitas emitir más CO2 al ambiente y, al mismo tiempo, estás cuidando tu cuerpo.

Me acuerdo con mucho cariño de Idilia. Tenía ochenta años y, con su bastón y todo, se animó a subirse a la bicicleta. Mi participación fue no soltarla. Todo el tiempo la estuve sosteniendo con mucho cuidado y mucho miedo. Esa primera escuela fue para mí muy determinante.

Comenzar con eso también nos hizo creer que éramos capaces de hacer más. Cuando alguien logra una ruta de diez o doce kilómetros, termina cansada, muerta, pero lo logró. Eso cambia toda su percepción sobre lo que es capaz de hacer.

Al principio movíamos las bicicletas de dos en dos desde mi casa hasta el parque. Luego fuimos consiguiendo los medios para movilizarlas. Eran días en que yo sentía tanta pasión por esto que mover bicicletas no era nada complicado.

Las mujeres que aprenden a andar en bicicleta de adultas conectan con su niña, con la promesa que alguien les hizo y nunca cumplió. "Te voy a regalar una bicicleta." Y nunca se las dio. "Te voy a enseñar a andar en bici." Y nunca tuvo tiempo. Luego, ellas hasta nos traen pasteles. El final de cada escuela es muy bonito: hacemos un compartir, ellas hacen pan, platicamos.

Pedalear también es soñar juntas

A mí todo eso me fue haciendo sentir parte de algo. En la ciudad es muy difícil sentirse parte de algo. Ese desarraigo que cargaba se fue atenuando con la comunidad que hemos logrado construir.

Cuando nos obligan a vernos desde el individualismo nos hacen limitar nuestra capacidad de soñar. Organizarse amplía lo que podemos hacer juntas. A partir de la colectividad, de pensarme más como un cuerpo organizado de mujeres que como yo misma, sueño con una movilidad y un diseño urbano pensados en función de las mujeres. En eso se podría resumir mi futuro posible.

Necesitamos desarrollar nuestro músculo político como colectiva, para hacer exigencias, estar más cerca de las políticas de movilidad y poder incidir en ellas. Desarrollar agendas puntuales sobre qué lugares necesitan mejor iluminación, dónde se necesitan rampas, cómo interconectar rutas según las necesidades reales de las mujeres. La ciudad está pensada en función de personas en edad productiva, personas que no tienen ninguna dificultad motriz.

Creo que hay que acompañar a las niñas en entornos regulados y criarlas con valentía

animándolas a atreverse a ir más allá, a no tener miedo a equivocarse, a caerse, a fallar. Involucrarnos en la lucha por ciudades menos violentas y más seguras. Para que no nos encierren.

Aunque todavía veo muy pocas niñas en las cicleadas, sí veo algunas. Y es bonito porque encuentran en mí una referente, se acercan, se hacen vínculos de amistad. A mí me encanta ir por la calle y saludar a las niñas. Cuando las veo, me sonríen con una cara de "me gustaría" y yo se las devuelvo con un gesto como de "dale, pedí una."

CAPÍTULO 2

ADRIANA RAMÍREZ

El camino de comunidad: **juventudes, imaginación política y organización ecofeminista**

"Este camino no es un camino de la heroína, ni un camino de la protagonista, sino un camino de la comunidad".



Adriana Ramírez tiene 30 años, es hija de Santiago Nonualco y nieta de Toyita. Ingeniera en Gestión Ambiental, encontró en Reverdes⁸ y en el Movimiento Ecofeminista el lugar donde la ecología política y la organización comunitaria se volvieron una sola cosa. Defiende el territorio desde la convicción de que este no es un camino de heroínas sino de comunidades. Su historia muestra cómo una generación joven enfrenta la crisis climática no solo desde la denuncia, sino desde la imaginación política y el derecho al futuro.

⁸ Movimiento Político Rebelión Verde de El Salvador

Lo que estaba desde antes

Desde chiquita siempre estuvo presente la historia de la resistencia y la dignidad en mi familia. En su juventud, mi papá formó parte de movimientos sociales. La historia reclama las luchas que carga la propia experiencia, las propias obsesiones.

Vengo de una colonia populosa y peligrosa, donde había presencia de pandillas. Era una zona donde, a diario, había venta de drogas y muchas veces había personas muertas en el camino. Mi mamá, con un montón de esfuerzo, me puso en un colegio privado, a costa de trabajar muchísimo, para resguardar mi seguridad de alguna forma. Crecí sola, hija única, bien tímida, con ese cuidado permanente de no hablarle a la persona incorrecta, de ir a la tienda y regresar rápido.

El sentido de desigualdad y de justicia se fue marcando conforme crecía. Era muy contrastante ver a mis compañeras del colegio y la situación en la que ellas estaban y en la que yo estaba. Estas cosas de cuando eran las fiestas de quinceañera, de llevar el mismo vestido porque no podían comprarme otro. Una comienza a sentir las desigualdades más allá de lo superficial de un vestido. Que hay formas diferentes de vivir que una no entiende.

Pero había otra cosa también, que venía de adentro.

Desde muy chiquita sentí un llamado hacia la naturaleza que no puedo explicar, nunca he podido explicarlo. Mi papá siempre fue de que le gustaba que tocara la tierra, que jugara en el agua. Pero más allá de eso, siento que tuve una conciencia desde bien chiquita que nunca he sabido de dónde viene. Una sensibilidad que se manifestaba desde lo que una niña podía ver: no reventar cohetes porque contaminan, pensar en las ballenas.

Estudí ingeniería en Gestión Ambiental en la Universidad José Matías Delgado, aunque comencé estudiando ingeniería civil en la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas. En ese momento, mi abuelita materna se enfermó. Le dio cáncer en el cerebro, ella era mi persona favorita en la vida.

Murió muy rápido. En ocho meses el cáncer se la llevó. En ese momento pensé que no iba a ser feliz en esa carrera, decidiendo todos los días que tenía que talar árboles. Y bajo ese pensamiento, y el choque que fue perderla, decidí cambiarme en el 2018. Pensé que era una forma de cumplir una misión que sentía que tenía y dedicar mi vida a ella.

El cáncer de cerebro te puede llevar a varias cosas. A ella la llevó a perder la noción de la realidad. Algunos días, en las últimas semanas, ya no nos reconocía. Pero la última conversación que tuve con ella fue contándole que me iba a cambiar de carrera, ella me dijo que si era la voluntad de Dios y si me iba a ser feliz, que me cambiara.

Se llamaba Victoria. Pero era la abuelita Toyita. Yo fui la primera nieta. Ella era mi adoración y yo era su adoración. Cuando crecí y empecé a ganar un poquito de dinero, la llevaba a que compráramos piezas de pollo para ir a hacer sopa juntas.

Todavía, cuando estoy triste, hago sopa de pollo para acordarme de ella y tenerla cerca. También me acuerdo de ir a trastear los botones que tenía guardados: un montón de colores, zippers y pedazos de tela. Era costurera.

Toyita tenía una sensibilidad hacia la naturaleza, una mentalidad decolonial sin teorizarla. Me enseñó las hierbas, los remedios. Me hacía medicinas para el estómago, cosas puras. Al pueblo de mi abuelita paterna en Santiago Nonualco íbamos a ir al río. Esa sensibilidad siempre ha estado ahí.

Aprender a organizarse desde abajo y con la tierra

Mis primeras nociones de organización fueron dentro de movimientos de la iglesia. Estudiaba en el colegio católico La Asunción, que tenía un gran componente social. Comencé yendo a las misiones de Semana Santa. En ese momento una piensa que llega a ayudar, pero en realidad es entrar en contacto con otra realidad. Ahí me fui haciendo algunas preguntas.

Luego, una amiga del colegio que estaba organizada en el colectivo de jóvenes Proyecto Poder me escribió: "Mira, estamos queriendo que más personas se unan, ¿estás interesada?" Y yo le dije que sí. Eso fue como en el 2017.

Empecé a cuestionarme más y más. Como mi sensibilidad siempre había sido con la naturaleza, comencé a buscar por ahí también. En eso vino la pandemia y cambió la dinámica de organizarse.

Después de la pandemia, vi un anuncio en Facebook del movimiento ecofeminista. Iban a hacer una asamblea y llamaban a jóvenes que estuvieran interesadas. Voy, me dije.

Fue la primera vez que conocí al Movimiento Ecofeminista. Cuando llegué a esa reunión y escuché todo lo que se hablaba, me dije: en este mundo quiero estar, esto es lo que he estado buscando. Si bien había estado en espacios feministas, sentía que les faltaba algo, que había una pieza que no terminaba de encajar. Ahí encontré muchas luces. Luego llegó mi proceso de ecología política en Reverdes y siento que todo se fue conectando y ampliando el marco de análisis y de acción.

Encontrar el nombre para lo que ya éramos. Eso también es una forma de poder.

El agua fluye hacia donde está el poder

Desde Reverdes nombramos la crisis climática como una crisis civilizatoria, resultado del sistema capitalista, patriarcal y colonial. No es solo una narrativa. En términos concretos, es esto que atraviesa a las comunidades todos los días: que se quita el agua, que se prioriza dársela a quienes generan riqueza con ella mientras se despoja a las comunidades que la cuidan.

Esta crisis tiene un fuerte componente de desequilibrio ecológico, resultado de la idea que el sistema nos ha dado de que la naturaleza está aparte de las personas, cuando en realidad estamos hechas de las mismas cosas de las que están hechos

todos los demás seres vivos de la tierra. La crisis del agua en El Salvador no es una cuestión únicamente de escasez. Pareciera que el agua fluye hacia donde está el poder, aun cuando eso implique quitársela a la gente que cuida la tierra. Es terrible.

Las narrativas construyen realidades. El individualismo que destruye la naturaleza es el mismo que opera entre personas: el clasismo, el racismo, la jerarquía que decide quién vale y quién no. ¿Quién se considera humano y quién no? ¿A quiénes ven los grupos de poder como iguales, y a quiénes no? Existe una idea bien peligrosa, muy extendida: que la naturaleza está para darnos, que mientras haya agua que podamos consumir no hay problema, que no importa que el río esté contaminado si podemos potabilizarla. Esa idea no es inocente. Es el corazón del problema.

No todas tenemos la misma responsabilidad en la crisis climática. Reconocemos que hay un norte global y un sur global. El norte global son todos esos países y empresas que extraen recursos de territorios donde hay legislaciones laxas y mucho empobrecimiento, se aprovechan de eso para saquear y entregar promesas falsas a la gente: empleos que duran poco tiempo pero dejan mucha contaminación, un futuro mejor que nunca llega. Hay un sur global que es el que conserva la tierra, que no genera tantas emisiones, pero al que quieren ponerle la misma camiseta de responsabilidad. No tenemos la misma responsabilidad.

El ecofeminismo entiende que hay procesos que la naturaleza necesita para sostener la vida. Por eso hay resistencia contra las represas, contra proyectos que a primera vista parecen inofensivos pero que cambian los ciclos que la tierra necesita para seguir sosteniendo. Somos interdependientes y ecodependientes. Necesitamos de la naturaleza porque somos esa misma naturaleza.

Desde Reverdes nos posicionamos desde los ecologismos populares: el ecologismo de las personas empobrecidas. Nos hemos enfrentado también a visiones que solo ponen en el centro a especies emblemáticas, defender las ballenas o las tortugas, sin importar que para eso haya que despojar a comunidades que viven en armonía con la naturaleza. Eso nace de la misma desconexión: no reconocer que somos parte de todo y que podemos vivir en equilibrio.

Ser joven también es una posición política.

Está el estigma de que las juventudes solo quieren pasar en el teléfono, que son individualistas, que son la generación de cristal, que por todo se ofenden. Pero la lucha de las juventudes nace desde la búsqueda de garantizar nuestro derecho al futuro. ¿Qué territorio, qué vida posible vamos a tener en un lugar donde no se pueden sostener condiciones mínimas para vivir? ¿Qué territorio va a regir una Constitución que no tenga medios de vida? Los temas en los que nos involucramos son temas que nos hacen regresar a lo esencial: la vida.

Hemos crecido escuchando narrativas del cambio climático, de la extinción de especies. Para el capitalismo, es útil que nos quedemos en esas narrativas. Pero el análisis que estamos haciendo es otro: no es una cuestión natural, no es que la semilla deje de funcionar o que deje de llover. Es un asunto de poder.

Hay también un estigma de que no sabemos de lo que estamos hablando. pero hay que reconocer la era de la información en la que hemos crecido. Lo académico no es lo único. Tenemos formación política, hemos leído, hemos tocado el territorio. Frente a este tipo de conocimiento, nadie puede venir a decirme lo contrario, porque lo he vivido, porque lo he visto. El conocimiento de tocar el territorio es algo que no se aprende en las aulas.

Y luego está el ser mujer. Cuando hacíamos nuestras primeras conferencias de prensa como Reverdes, nos ponían en los comentarios: *"deberían estar aprendiendo a lavar calzones en lugar de estar hablando."* Comentarios sobre el cuerpo, sobre lo físico. Violencias que no les dirigen a los hombres.

Se van entrelazando varias cosas: por ser ecofeministas, por ser defensoras, por ser mujeres. Se van poniendo capas, como si fuera una cebolla. En El Salvador, incluso dentro de los movimientos sociales, se siente como una pirámide donde estamos hasta abajo quienes defendemos el territorio. Y más abajo todavía quienes lo defendemos junto a compañeros.

Eso no es porque queramos estar arriba ni encabezar nada. Es porque limita los impactos que pueden tener nuestros esfuerzos. Desde Reverdes, la decisión política ha sido construir relaciones equitativas, ir creándolas. Los hombres cargan el machismo que el sistema les enseñó, incluso cuando son compañeros. Pero cuando hay de su parte una disposición al cambio y a la escucha, y de la nuestra, una disposición al diálogo, esas son las condiciones para trabajar juntos. Entendiendo que no vamos a permitir violencia en los espacios, alejándonos del punitivismo patriarcal, ir trenzando relaciones que nos permitan vivir en armonía, como intentamos vivir en armonía con la naturaleza. La idea no es crear comunidades sin ellos. Al llegar a los territorios, ahí están. La pregunta es cómo coordinamos, con quiénes sí y con quiénes no.

Lorena Cabnal⁹ dice que ella se nombra feminista porque es una herramienta que le sirve. A nosotras también nos sirve para defender el territorio y posicionarnos, pero también vamos construyendo nuestras propias formas de lucha, teniendo como guía los principios del ecofeminismo, de los feminismos territoriales y comunitarios, y de la ecología política. Apostamos por construir un mundo que sea de todas y todos, precisamente porque no queremos reproducir las lógicas de exclusión que combatimos.

⁹ Lorena Cabnal es defensora de derechos humanos, feminista comunitaria territorial y comadrona maya xinka de Guatemala. Es una de las principales voces del feminismo comunitario territorial en Abya Yala.

La imaginación como herramienta política

Sin idealizar, creo que el camino es recuperar lo que les funcionaba a nuestras abuelas, a la gente que estuvo antes, con la conciencia de que no somos el centro del mundo, de que la naturaleza no está para servirnos. Crear una sociedad en la que los cuidados estén en el centro y no la ganancia.

Hay experiencias muy concretas, muy a pequeña escala, que nos demuestran que las utopías pueden hacerse realidad. A veces queremos cambiar todo el sistema de una vez, lo cual también es una utopía válida, pero la esperanza se mantiene en estas cosas concretas que vamos creando, que llevan un ritmo diferente al que propone el capitalismo.

Aura Cumes¹⁰, antropóloga guatemalteca, decía que una de las cosas que nos quitó la colonización es la imaginación: ver que se pueden construir otras formas de sociedad. Recuperar esa imaginación y ponerla en práctica. Porque es importante analizar y pensar, pero sobre todo actuar. Por muy pequeñas que sean las acciones, o por muchas incoherencias que tengamos, hay que comenzar a hacer algo. No vamos a cambiar el mundo si solo nos quedamos pensando en cómo cambiarlo.

Una de las riquezas que encuentro en el movimiento ecofeminista es la intergeneracionalidad. La experiencia de las compañeras que llevan muchos años se va compensando con las formas, los métodos y la fuerza que tenemos las juventudes. No podemos caer en la arrogancia de que ya pasó su momento. Hay que encontrar puntos de encuentro, con mucha empatía, con mucha escucha y con mucha paciencia. Podemos hacer algo mejor juntas, podemos hacer las cosas diferentes, podemos fallar. Eso también es un aprendizaje.

La presencia de tantas mujeres en tantos territorios haciendo cosas es lo que le da forma a estas utopías y las hace realidad.

Lo que sembramos

La cooperativa El Bosque es una comunidad organizada en El Salvador que ha defendido colectivamente su territorio frente a intereses extractivistas y la represión del Estado. Para mí, su caso es algo que me da mucha esperanza, aunque entiendo que el costo ha sido muy alto.

Ahí fue la lucha de la gente. En esa comunidad hay hombres y mujeres, hay personas no binarias, hay una diversidad de personas que luchan poniendo la vida al centro y el territorio al centro. Un territorio precioso, lleno de agua, con tierra muy fértil. El amor al territorio, la claridad de que es su derecho estar ahí, el derecho a convivir en armonía con el territorio, a no ser desplazados y desplazadas.

¹⁰Aura Cumes es socióloga e investigadora maya kaqchikel de Guatemala. Su trabajo explora las intersecciones entre colonialismo, patriarcado y racismo desde una perspectiva de los pueblos indígenas de Abya Yala.

Se enfrentan a un monstruo poderoso. Uno que nos ha dado golpes que todavía nos seguimos sobando¹¹.

Han sido los meses más duros. Pero lo que al final del día me da tranquilidad es que hemos hecho las cosas que creemos que son justas. No olvidar ese horizonte es lo que permite seguir.

Durante un tiempo, lo que era mi logro era solo sobrevivir el día.

Y así pasaron muchos días. Pero ahora son otros.

Me pienso en lo que dijo Ruth López¹² cuando la capturaron: que esto un día se va a acabar, que todo cambia, que debemos discernir cuál va a ser nuestro papel en ese cambio y asumir nuestra responsabilidad como naturaleza que somos. No agachar la cabeza. Actuar con inteligencia. No entregarse, pero tampoco dejar de hacer cosas por muy pequeñas que sean.

Todo va cambiando, todo va pasando. Mientras nos mantengamos en movimiento hacia un horizonte justo, vamos a estar bien.

Este camino no es un camino de la heroína, ni un camino de la protagonista, sino un camino de la comunidad, en el que cada quien aporta desde lo que puede dar. Así como a mí me han cuidado tantas compañeras, deseo cuidar esta red que no está solo en El Salvador. Somos tantas mujeres y personas soñando con algo tan básico como la dignidad humana y la dignidad de la naturaleza, que nos vamos encontrando y conspirando para cambiar esta realidad.

Eso es lo que me ha mantenido aquí hasta este momento.

¹¹A partir de 2022, el gobierno de Nayib Bukele implementó un régimen de excepción que suspendió garantías constitucionales básicas en El Salvador. En ese contexto, integrantes de Reverdes y de La cooperativa El Bosque fueron detenidos arbitrariamente. Varios miembros de ambas organizaciones se vieron obligados a salir al exilio. Los nombres de las personas afectadas se omiten por razones de seguridad.

¹²Ruth López es abogada salvadoreña y jefa de la Unidad de Anticorrupción y Justicia de Cristosal, una de las principales organizaciones de derechos humanos de El Salvador. Las palabras que cita Adriana las pronunció durante su propia captura, en mayo de 2025, ordenada por el gobierno de Nayib Bukele. Organizaciones internacionales de derechos humanos calificaron su detención como parte de una escalada sistemática contra la disidencia y la defensa de derechos humanos en el país. Al momento de la publicación de este libro, permanecía detenida.

CAPÍTULO 3

YASMÍN GONZÁLEZ ULIN

El arte de sostener la vida: circo social y resistencia ecofeminista

“Así como las aguas fluyen, nosotras estamos fluyendo y sosteniendo la vida”.



Yasmín González Ulin tiene 31 años. Es hija de María Guadalupe y Edilberto y la tercera de seis hermanos. Creció en Soyapango¹³, uno de los municipios más poblados e históricamente más afectados por la violencia en El Salvador. Desde pequeña, encontró en un pequeño bosque cercano a su casa un refugio frente a una infancia marcada por la violencia. Es fundadora de la Colectiva Circa¹⁴ e integrante del Movimiento Ecofeminista. Descubrió en el circo social y el arte herramientas para acompañar a las infancias, tejer comunidad y sanar los territorios. Su historia muestra cómo el ecofeminismo también se construye desde la creatividad, el arte y la alegría como formas de sostener la vida.

¹³Municipio del departamento de San Salvador, uno de los más poblados y densamente urbanizados de El Salvador. Históricamente, ha sido uno de los municipios más afectados por la violencia y la pobreza urbana.

¹⁴Colectiva de artistas circenses de El Salvador fundada por Yasmín González Ulin, Lissania Zelaya y Karla Hernández. Combina las artes escénicas, la pedagogía y la conciencia ambiental como herramientas de transformación social.

El bosque del parqueo

Era introvertida. Me ha costado mucho hacer amistades desde pequeña. Vengo de una familia bastante disfuncional, con un padre violento. Pero siento que siempre he tenido una conexión con la naturaleza, porque cerca de donde vivía había un parqueo con muchos árboles.

Nosotras íbamos a recoger mantas con mi hermana para luego ir las a dejar con las tortillas que hacía mi mamá. Como yo era despistada, me entretenía ahí, en ese pequeño bosque de árboles de roble. Había muchas ardillas de ciudad y pájaros, eso me atrapaba mucho.

Mi mamá era ama de casa, se dedicaba a la venta de tortillas y verduras, nos cuidaba y tenía su negocio en casa. Es cuidadora, sin saberlo, era ecologista. Siempre nos decía que la gaseosa hacía daño y nos preparaba fresquitos naturales. Que la basura no se pone en la calle. Ahora le digo: "Mamá, usted era ecologista sin saberlo." Siempre ha tenido esa conciencia.

A mi mamá no le gustaban las mascotas, pero sí tuvimos una perrita que rescatamos. Se llamaba Kaluki, por las iniciales de las tres amigas que la encontramos cuando veníamos de la escuela: Karla, Luisa y Jacky.

Estaba siendo maltratada por unos bolos¹⁵. Estaba bien chiquita y despellejada, le habían echado agua hervida. Cuando la llamaban para darle comida, le tiraban patadas. Nosotras la llamamos, la escondimos como una semana en la casa, porque mi mamá casi se infarta cuando se dio cuenta de que estaba ahí toda peladita.

Teníamos siete años. Nos habían dicho que le hiciéramos un montón de remedios y la fuimos recuperando. Mi mamá la dejó quedarse. Diez años vivió con nosotras.

Ese es el único animal que he tenido, pero me enseñó algo que no supe nombrar hasta mucho después: que el cuidado también es un acto de resistencia.

Los dos centavos

Trabajé desde pequeña. Nuestro vecino tenía un negocio de venta de cereales en el mercado de Soyapango y mi hermana y yo, le ayudábamos a empacar manteca y margarina por las tardes, después de la escuela.

Luego se puso peligroso porque los grupos delincuenciales empezaron a cobrar la renta. Mi mamá dijo que ya no fuéramos. Y nos dijo: "Ustedes vendan fruta." Fue el primer negocio que tuvimos con mi hermana. Nos levantábamos bien temprano a comprar piña, papaya, fruta. Las cortábamos, las embolsábamos y las vendíamos. Me acuerdo que empezaba el dólar y la cora. La primera vez hicimos las cuentas con mi mamá y habíamos

¹⁵Término coloquial salvadoreño que se usa para referirse a personas en estado de ebriedad.

tenido como dos centavos de ganancia. Yo estaba bien enojada. "No puede ser que solo esto gane. Mire, me levanté bien temprano."

Mi mamá me dijo: "No te preocupes. Mira, ahí te ha quedado pepino, esa es la ganancia, lo que venderás mañana y lo vas a sacar." Y yo bien enojada, pero me acuerdo que me daba alegría. Porque antes no nos regalaban cuadernos ni uniformes, para mí era muy satisfactorio haberme comprado mis dos uniformes, mis zapatos, mi mochila, mis cosas. Decía: "Lo he comprado con mi esfuerzo." Tenía siete años.

El mercado me enseñó los números, las cuentas, a organizar y cómo atender a las personas. Fue mi primera escuela.

La metamorfosis

Justo antes de entrar al bachillerato, nos mudamos de San Salvador hacia La Paz porque los problemas entre mis papás eran muy fuertes y la casa se había perdido. Nos fuimos a vivir a San Antonio Masahuat, cerca del aeropuerto y las fábricas textiles.

Estuve menos de un mes en una fábrica. Yo lloraba. Dije: "Yo no quiero esto." No había ido al bachillerato todavía, creo que perdí como tres años sin estudiar. Pero antes de salirme de la fábrica ya me habían encontrado otro trabajo: trabajo del hogar remunerado. Y ahí siento que fue mi metamorfosis.

Me vine a trabajar a San Salvador, es el trabajo más difícil. Cuidé a una niña desde que tenía cinco años hasta que tuvo diez. En la familia donde llegué me tomaron mucho aprecio y cariño. Les acompañé a transitar la muerte de la señora que me había contratado. Ella padeció cáncer de estómago y me tocó cuidarla tres meses muy duros, primero en la casa y después en el hospital de oncología. Ellos valoraron eso en su historia familiar. Y yo caí en una crisis de depresión tras su muerte, porque la señora era muy linda conmigo. Era importante en mi vida.

Terminé el bachillerato a distancia, trabajando en casa. Y ahí conocí otras amistades que iban a conciertos de música, artistas, malabaristas. Algo en mí fue reconociendo ese mundo como propio.

Este es mi espacio

En 2017, tenía un año estudiando la licenciatura en Agroecología en la Universidad Luterana cuando una amiga me dijo que se estaban reuniendo unas mujeres, líderes ecologistas de diferentes lugares del país, para un pre-encuentro, para ver cómo se armaba el movimiento ecofeminista en el país.

Fue en la sala de té Balché. Yo dije: "Bueno, voy a ver." Y al llegar me dijo: "Este es mi espacio." Habían mostrado la memoria de nuestros antecesores. Había un altar. Algo se acomodó dentro.

Para mí, el ecofeminismo no es una lista de cosas que tenés que hacer o dejar de

hacer. No le diría a una niña: "Tenés que ser vegana, tenés que ser tal cosa." Le diría que trate de encontrar adentro esa conciencia del ser humano. Una conciencia solar, le llamo yo. Y también ser consciente de la destrucción. Quizás no hemos tenido una alfabetización hacia la naturaleza, hacia el medio ambiente. No sabemos de dónde viene la comida, tenemos agua, pero quizás no nos hemos puesto a pensar de dónde viene esa agua. Primero hay que ser conscientes de los espacios que habitamos, cómo los habitamos. De ahí podemos ir conectando con otras personas de quienes podemos aprender. Como de mi mamá, que me enseñó el tema de la basura y no lo normalizaba. Hay que fomentar ese cuestionamiento: ¿cómo estoy habitando mi territorio? Este pensamiento lo fui profundizando, y vinculando a mis otros espacios de arte circense.

El Circo Verde

Conocí a Lissania y Karla en encuentros de payasas y de circo social, también cerca del 2017. Nos reuníamos a entrenar en el parque Cuscatlán, un entrenamiento libre donde acordábamos qué día nos quedaba bien. Pero fue hasta el 2024 que nos conformamos como una colectividad, después de que tuve un accidente que me impidió trabajar. Como las artistas independientes vamos al día, tenía muy pocos ahorros y entonces mis colegas hicieron una colecta. Organizamos una variedad que llamamos Amorcito, en el Centro Cultural para ayudarme. Pero antes de hacer esa variedad, nos reunimos y nos pusimos a pensar: aparte de mí, otras compañeras también habían atravesado situaciones similares. Y dijimos: "Necesitamos organizarnos." Decidimos que seríamos una productora de espectáculos y también un espacio de solidaridad: festivales para apoyar a artistas que estuvieran atravesando dificultades económicas. Comenzamos a ver en qué éramos buenas cada una. Lissania en la gestión cultural, Karla en la pedagogía, todas haciendo arte, todas con conciencia sobre los derechos humanos. Y así nació La Cirka. Pero poco a poco fuimos trabajando cada vez más el tema ambiental, desde el ecofeminismo.

En 2024 hubo una convocatoria del Fondo Centroamericano de Mujeres y escribimos como Cirka el proyecto Circo Verde, un circo social con enfoque ecofeminista. Presentamos una propuesta pedagógica para la sensibilización de las infancias: *Mamá Cielo, Papá Mar*.

Elegimos trabajar con infancias porque sentimos que su conciencia es más permeable. Los adultos ya tienen estructuras o formas de pensar que hacen más complicado que surja la conciencia. Se dice que las niñas y los niños son el futuro, pero en realidad son el presente, están construyéndose. Y pueden tomar conciencia de cosas muy prácticas y cotidianas, y llevarles el mensaje a sus padres. Siento que el trabajo más importante es con las infancias.

Así como las aguas fluyen

Nos preocupaba la crisis hídrica. El agua, tanto a nivel nacional como internacional.

De pequeña, acarreábamos agua, me acuerdo que hacíamos filas. En la casa siempre se generaban problemas cuando no había agua: los trastes, la ropa, y más que todo por el negocio de mi mamá, que lavaba maíz y se necesitaba el agua. Hacer las tortillas sin agua era muy complicado. A veces no caía agua por semanas. Ahora veo que es parte del sistema para precarizar a la familia: vas generando la necesidad y después tenés que comprar el agua a un precio muy caro.

Como país, el río Lempa es nuestra vena, nuestra principal fuente de agua. En El Salvador, somos agua dependientes. Y compartimos realidad con Guatemala y Honduras: las afectaciones mineras de Guatemala nos afectan, porque el agua fluye hacia nuestros territorios. También la crisis de contaminación que está enfrentando el Lempa. Los monocultivos de maíz y caña, cuando desvían las venas de los ríos para el riego, generan escasez. Hay lugares en El Salvador, que son zonas de sacrificio. Estos los conocí también por las organizaciones del movimiento. Vi que la violencia que sufren estos territorios, con la escasez del agua, es la misma que sufro yo. Y vi que no puedo separar el cuerpo de los cuidados de la naturaleza. No podríamos separarlos. Siento que primero, para poder estar hacia afuera, cuidar y sostener, tenemos que cuidarnos a nosotras y sostenernos.

Estamos atravesando momentos críticos para las personas que defienden derechos. Pero es muy importante no dejar de insistir, no apagar la voz. Podemos ocupar otras herramientas, otras formas que no sean tan de choque, pero seguir haciendo incidencia. ¿Cómo sensibilizamos a la población desde el arte?

Como la tortuga: dicen que es la más lenta, pero creo que es la más perseverante, la de la astucia y la inteligencia.

No dejemos de pensar una utopía más justa, más digna, donde podamos ser y ser con la tierra, sanarnos como humanidad e ir sanando con la tierra. Una vida con acceso al agua, con alimentación sin venenos, con recreación, sin violencia. Sin violencia de todo tipo.

A mis compañeras les diría que, así como las aguas fluyen, nosotras estamos fluyendo y sosteniendo la vida. Que sigan fluyendo, independientemente de la edad que tengan. Chiquitas y grandes.

B. RECONOCER LA RED DE LA VIDA

El segundo bloque reúne a tres mujeres que han hecho del pensamiento una forma de defensa. Sonia Sánchez llegó al feminismo a través de los terremotos de 2001 y lleva más de dos décadas como lideresa comunitaria en Santo Tomás. Desde la Red Salvadoreña de Defensoras, su capítulo pregunta quién cuida a las que cuidan, y propone el autocuidado colectivo como estrategia política. Isabel Quintanilla construyó desde la antropología y el exilio una lectura decolonial del ecofeminismo que cuestiona las ideas de progreso impuestas sobre los cuerpos de las mujeres y los territorios, desde Apopa hasta Europa. Tatiana Marroquín, economista feminista formada en la UCA, pone en el centro el trabajo de cuidados que sostiene la economía salvadoreña sin ser reconocido ni compensado, y propone la autonomía económica de las mujeres como condición de la re-existencia.



CAPÍTULO 4

SONIA SÁNCHEZ

Cuidar a las que cuidan: autocuidado como práctica política

"El autocuidado es una acción política feminista que transgrede el mandato patriarcal del sacrificio."



Sonia Sánchez tiene 51 años. Es hija de Rosa Amelia y Coronado, madre de cuatro hijas y lideresa comunitaria de Santo Tomás, un municipio al sur de San Salvador, donde la defensa de los bosques y del agua ha marcado su vida. Los terremotos de 2001 la llevaron a organizar a su comunidad y, años después, la defensa de los bosques y del agua frente a proyectos urbanísticos fortaleció su compromiso con el feminismo y la justicia ambiental, convirtiéndola en una referente de la defensa en El Salvador. Integra desde el 2015 la Red Salvadoreña de Defensoras y pertenece al Movimiento de Mujeres de Santo Tomás. Su historia muestra que cuidar de quienes cuidan también es una forma de defender el territorio.

La cátedra en veinte minutos

Los terremotos del 2001 me llevaron al trabajo comunitario, porque la casa donde yo vivía con mis niñas se cayó. Solo en la colonia donde yo habitaba, fueron 49 viviendas dañadas.

Justo después de los terremotos empezó un proceso de participación ciudadana y política, y se fue conformando todo un tejido organizativo. La municipalidad dijo que no iba a trabajar con la junta directiva existente, sino solo con gente afectada. Entonces nos tocó organizarnos y trabajar. Eso me llevó a tener un reconocimiento de la comunidad y a ser nombrada presidenta dos veces.

Para entonces todavía no estaba dentro del movimiento feminista. En la primera reunión de inducción de la junta directiva, se pusieron a ver la idoneidad de los cargos. Quien no se sintiera a gusto podía deponer su cargo en la mesa y decir por qué.

Yo fui la primera que levanté la mano: "Yo depongo mi cargo", le dije a la consultora que llevaba el proceso. La mujer se me quedó viendo con unos ojos como de "¿qué estás diciendo?". Me sacó al patio y me dijo: "¿Sabés lo que estás haciendo? Tenés un liderazgo muy reconocido. Has ganado la presidencia, la junta directiva te reconoce. De las seis intercomunales que tenemos, solo vos sos presidenta; de ahí todos son hombres. No me podés venir a votar el cargo. Te quedás, entrás y decís que seguís siendo la presidenta."

Me dio toda una cátedra de feminismo en veinte minutos. Este es uno de los hitos donde yo me reconozco como lideresa.

Me estafaron

El feminismo surge después, a partir de que ingresé a una organización que llegó a Santo Tomás a trabajar. Necesitaban a alguien que les ayudara a organizar un comité de trabajadoras de maquila y me recomendaron.

En ese momento yo estaba atravesando la separación con el padre de mis hijas y no tenía salario. Hacía pasteles y horchata para vender en las mañanas, para sostener a las niñas. En la entrevista me dijeron: "Te vamos a dar 50 dólares." Esto era en el 2003, que empezaban los dólares. Yo con 50 dólares al mes estaba muy contenta.

Ese fue mi primer contacto con una organización de mujeres. Esa organización me permitió participar en procesos de formación donde me encontré con el feminismo y donde me reconocí feminista. Comencé a conocer sobre la participación política de las mujeres, a entender qué es el trabajo reproductivo, qué es la triple jornada, qué es el género. Y a entender lo de las maternidades. En un diplomado de género, me enteré de que yo no había querido ser mamá.

"Entendí que el mandato o rol que nos dan a las mujeres es el de nacer, crecer y ser mamá como destino. Te dan la muñeca desde niña y te siguen dando la muñeca. En ese curso me enteré de que me estafaron. Porque, de hecho, a mí las

muñecas no me gustaban."

Me enteré de que la maternidad es una cuestión impuesta y no es obligación. Si les preguntamos a las niñas de pequeñas qué quieren ser, responden doctora, enfermera, policía. Es rara la niña que te dice mamá. Y cuando van creciendo, con los mismos juguetes que les entregamos, les vamos diciendo el rol en el que se van a incorporar. Muchas veces los papás y las mamás no queremos que nuestras hijas crezcan pensando en novios, en tener hijos, en embarazos, pero eso es lo que les estamos enseñando de niñas.

Cabal, salí embarazada a los 18 años. Y no fue un embarazo que yo decidí. Lo decidió él. Allí entendí cómo los hombres deciden sobre el cuerpo de las mujeres cuando no hay educación sexual. Mi mamá nos decía: "De besos y abrazos no salís embarazada." Pero no me decía más. Nunca nos dijo "mira, protégete, cuídate."

Yo lo hice al revés. A mis hijas les decía: "Ahí están las canastitas", porque tenía una canasta con los preservativos. "Si deciden, ahí está. No quieran cambiar su cartera por una pañalera."

Tuve cuatro niñas. Estoy muy orgullosa de ellas, pero no fue fácil. Ese embarazo que él planificó, no lo honró. "Para que no te vayas, para que te quedes conmigo", me dijo cuando quedé embarazada. Y el que se fue fue él.

La abuela Paula

Uno de los procesos que recibí y también coordiné fue la escuela de economía feminista. Llegamos a ella preguntándonos cómo relacionar la economía con la vida de las mujeres. Partimos hablando del ABC de la economía y fuimos llegando hasta nombrarla como economía feminista.

Era una escuela diseñada por nosotras para entender el patriarcado y el neoliberalismo, y cómo las iniciativas económicas de las mujeres muchas veces terminan fortaleciendo ese mismo sistema. Porque los ingresos que las mujeres logran no son para ellas: son para la familia, para la casa y, a veces, el marido les quita el dinero. Empezamos a hablar de alternativas económicas reales, que no reprodujeran la explotación.

Allí me encontré con la relación del ser humano con la naturaleza. Con que las personas no somos el centro de todo, sino que somos parte de la red de la vida. Descubrí ese concepto: que todo está conectado, que no somos mejores que un árbol ni más importantes que una piedra. Allí también me encontré con los saberes ancestrales, cómo los abuelos y las abuelas tenían esa conexión con la tierra, cómo la espiritualidad estaba conectada con la tierra y no con una religión. Aprendí a diferenciar religiosidad y espiritualidad. No es lo mismo.

Allí me encontré con mi niñez. Recuperé esos saberes.

Mi abuela paterna se llamaba Paula. Ella fue la que más me conectó con la tierra. Me decía: "Vámonos." Me atravesaba una manta, me la amarraba y me hacía como una bolsa. Me echaba las semillas adentro. Me daba un palo con

una punta y me decía: "Hacé un hoyito. Echá dos semillitas, porque si una no nace, nace la otra. Maíz, frijol, pepino, ayote. Con el piecito le echás la tierra, das otro pasito y abrí otro hoyo." La medida para ir sembrando era un paso.

Viví seis años con la abuela. Quizás los más felices de mi vida.

Todo eso me marcó. Y después de todo el proceso de formación, todo llegó al origen. Reconocí que le tengo un amor a la tierra. Y esa escuela fue la que me dio el conocimiento para cuando llegaron unos señores a Santo Tomás a querer volar los palos.

Sin agua no podemos vivir

Esos señores compraron 40 manzanas de terreno para una residencial, cerca de mi comunidad. Ya desde antes del 2015 habían rumores de que venían. La municipalidad había trabajado una ordenanza de uso y ocupación de suelo para, entre comillas, ponerle candado a que no llegaran empresas a destruir. Sin embargo, con un cambio de gobierno empezaron a dar los permisos ambientales y modificaron la ordenanza: le quitaron la tipificación de zona agrícola o de protección natural y la volvieron residencial. Los permisos tenían una cláusula que les daba un año para iniciar el proceso. Los susodichos iniciaron el proceso hasta 2015, con el permiso ya desfasado.

Esa fue nuestra lucha. Empezamos a decir que no tenían permisos, que ese permiso estaba desfasado, y que era una zona de recarga hídrica, porque en ese terreno había muchos ojos de agua y un pozo donde las mujeres íbamos a lavar cuando no caía el agua.

Nosotras decíamos: "Sin agua no podemos vivir, sin tierra tampoco. El cemento no nos lo podemos comer."

Las acciones de denuncia nos llevaron a que nos demandaran. Demandaron a dos líderes hombres y dos mujeres. A mí, además, me pusieron una segunda demanda porque decían que yo era la que incitaba al desorden.

Fue una violencia terrible. Me acusaban de difamación y calumnia porque, supuestamente, no habían talado árboles. Pero sí estaban talando un bosque, para mí era un bosque. Tuve llamadas de amenazas de muerte, vigilancia en la casa. En las noches llegaban a poner hombres encapuchados frente a la casa.

En las audiencias me decían: "Doña Sonia, desista." Mi abogado me decía: "Negociemos. Le quitamos la demanda a sus compañeros y las dos demandas a usted. A cambio, usted ya no organiza a la gente y no habla del proyecto."

Yo creía que nos iban a condenar. Todo por defender el territorio, la vida, la red de la vida.

Pero gracias al acompañamiento del movimiento feminista y del movimiento social, fuimos sobrepuestos de ambas demandas. No había delito qué perseguir.

Es allí donde, con ese proceso, con esa lucha ambiental, surge el eco de esta articulación de ecofeministas. En ese entonces las ecofeministas no se habían proclamado como tal, pero ya estaban todos sus caminos trazados.

A mí, en las entrevistas, me preguntaban: "¿Te podemos poner como Sonia Sánchez, ecofeminista?" Y yo decía: "Póngame feminista ambientalista, estoy en camino." Porque primero me reconocí feminista y luego ambientalista, defensora de la tierra, defensora de la vida. Eso hacen las ecofeministas: defender la red de la vida.

¿Quién cuida a las que cuidan?

Es desde la Iniciativa Mesoamericana y la Red Nacional de Defensoras que empecé a trabajar no solo el autocuidado, sino el cuidado colectivo y la sanación. Y de ahí nace la pregunta: ¿quiénes cuidan a las que cuidan?

Necesitamos ser conscientes de que antes de cuidar a otras, debemos cuidarnos a nosotras mismas. El autocuidado es una estrategia política. Es una acción política feminista que transgrede el mandato patriarcal del sacrificio.

Transgredimos ese mandato de que somos las que cuidamos. Y no: necesitamos cuidarnos para cuidar a las otras.

Nos hemos encontrado con mujeres que, aun en los sistemas de salud, llegan a una unidad de salud con su hija y les preguntan: "¿Quién va a pasar?" No pueden pasar las dos. O pasa la mamá o pasa la hija. ¿Y a quiénes privilegiamos las mamás? A los hijos, a las hijas. No el autocuidado de nosotras.

El sistema patriarcal nos ha mandado a ser cuidadoras. Y es importante reconocer que solo si estamos bien vamos a poder cuidar a la familia, a la comunidad, a la organización.

Si vemos la historia de defensoras que han muerto, vemos que muchas murieron de enfermedades crónicas. Las defensoras, las ecofeministas, tenemos que ver cómo está nuestra salud, cómo nos estamos alimentando, cómo nos estamos nutriendo. Y no hablo solo de lo que entra por la boca, sino de lo que entra por la mente, por los pensamientos, por los ojos. Es toda una cuestión integral.

Cuando hablamos de cuidados colectivos, hablamos también de cómo se dan las relaciones de poder en nuestras propias organizaciones. Si las cuestionamos. Si nos estamos comunicando asertivamente o no, cómo están las cargas laborales, si son equitativas, si hay salarios, si esos salarios son justos.

Conozco una consultora con más de veinte años de trabajar sin prestaciones sociales. Anda haciendo cosas muy importantes para mucha gente, pero ella no tiene seguro social. ¿Hasta dónde la coherencia? ¿Hasta dónde yo promuevo los derechos, pero no promuevo los míos?

Hemos reflexionado que las mujeres creemos que no nos lo merecemos. Es parte del merecimiento: ¿qué merezco yo?

El hígado guarda el enojo

Trabajar las emociones es parte del autocuidado. Si yo no trabajo el enojo, el que se enferma es el hígado. El enojo se encapsula en el hígado. La tristeza se acumula en los pulmones, en los bronquios. Las angustias pasan al estómago. El miedo: ¿cuánta gente está padeciendo de insomnio, de insuficiencia renal? Porque el miedo se acumula en los riñones.

Desde el ecofeminismo, los cuidados colectivos y el autocuidado nos acercan a la herbolaria. Nos acercamos a esos saberes con los que nos sanaban nuestras abuelas. ¿Cómo desde los cuidados colectivos recuperamos esos saberes para empezar a sanar a la colectividad, a la familia? ¿Cómo empezamos revisando si las plantas que tenemos nos son útiles para sanar? Si tenemos un romero, es bueno para la circulación, para el dolor de cabeza, para la memoria. Si tenemos la menta, la ruda, la manzanilla. Después de la pandemia, empezamos a compartir los botiquines¹⁶: que las mujeres tengan su medicina natural en casa.

Muchas veces se cree que el autocuidado es caro. Pero no. Solo hay que estar consciente de lo que necesito. Puede ser bañarse con tiempo y ponerse al sol. Darte tu tiempo, tener tiempo para descansar ,dormir las horas necesarias, tomar agua, respirar. Saber si estás respirando bien. Caminar descalza en la tierra. Saber que si estoy ansiosa puedo abrazar un árbol y mandar esa energía al centro de la tierra, y que me devuelva la paz, la tranquilidad.

Y también es saber pedir ayuda. Cómo nos cuesta a las mujeres pedir ayuda. Las defensoras siempre estamos gestionando para las demás, menos para nosotras. Nos da pena. ¿Qué van a decir?

Pero es una cuestión que podemos cambiar. Y yo, como soy feminista, la pena ya la dejé.

¹⁶Término utilizado en el movimiento ecofeminista salvadoreño para referirse a botiquines elaborados con plantas medicinales y remedios naturales. Son una práctica de cuidado colectivo que recupera saberes ancestrales de medicina herbal.

CAPÍTULO 5

ISABEL QUINTANILLA

Desmontar la idea del progreso: decolonialidad, territorio y ecofeminismo

"La última piedra de este edificio decolonial fue acercarme al ecofeminismo".



Isabel Quintanilla tiene 29 años, nació el 31 de mayo de 1997 en Apopa, municipio del norte del área metropolitana de San Salvador. Es hija de Reina y Antonio, la tercera de cuatro hermanos. Antropóloga sociocultural egresada de la Universidad de El Salvador, encontró en la migración y en el pensamiento decolonial nuevas formas de cuestionar las ideas de progreso y desarrollo. La última pieza de ese camino fue el ecofeminismo, desde donde articula una mirada crítica que une los cuerpos, los territorios y la justicia ambiental. Su historia muestra que defender el territorio también se hace desde el pensamiento, y que transformar la manera de ver el mundo es, en sí misma, una forma de defenderlo.

La palabra en el libro de quinto grado

Aproximadamente a los once años, vi en un libro de ciencias sociales de quinto grado la palabra antropología. Desde ese momento dije: "Eso es lo mío, esto es lo que quiero hacer, quiero saber más de esto." Supe que en El Salvador tenemos un Museo de Antropología. Le pedí a mi mamá que me llevara. Nunca me imaginé que en El Salvador tuviéramos algo así.

La idea cambió mucho al llegar a la universidad. Me di cuenta de que tampoco se puede saber todo acerca de la América precolombina, pero sí se sientan muchas bases. No me arrepiento de haber estudiado Antropología.

Siento que esta es una profesión en la que no se puede mover un interruptor y dejar de ser antropóloga. Atraviesa todo lo que pensás, las relaciones que establecés, las formas en las que vivís. Es más que una profesión: es un cambio de pensamiento y de mentalidad. Y una vez empezás a ver así, ya no hay vuelta atrás.

Bonita para ser morena

El primer punto de partida que me acerca a lo que ahora constituye mi forma de analizar el mundo es el hecho de haber nacido en una familia donde hay un gran porcentaje de personas con un fenotipo diferente al mío. Entonces empiezan los comentarios que ya conocemos: tu hermano es rubio, tu papá tiene ojos verdes, tu mamá "arruinó" el gen de tu papá.

Esa fue la primera herida colonial que empecé a percibir en mi vida. ¿Por qué mi abuela prefería a las primas de tez blanca? Porque yo era "bonita para ser morena."

Había una oposición entre los dos conceptos. No soy negra, soy de tez morena, pero ese énfasis en la piel, en el color, esa fue la primera señal.

En la universidad pude adquirir el recurso lingüístico para empezar a hablar y nombrar estas cosas. El primer acercamiento fue cuando conocimos la teoría del biopoder de Michel Foucault¹⁷: cómo existen mecanismos que moldean o segregan los cuerpos aptos y los cuerpos no aptos. Para mí, el biopoder empieza a poner la primera sutura a la herida colonial.

En el mismo periodo, mi hermano se muda a Europa. Y empiezo a cuestionarme por qué para mí y para la gente de mi alrededor es aspiracional irnos a Europa. Por qué solamente se progresa en tanto nos movemos en esa dirección. Hoy me pregunto también por qué ese es el único destino aspiracional, por qué seguimos mirando hacia allá cuando ese es precisamente el lugar desde donde se organizó nuestra subordinación.

¹⁷ Michel Foucault: filósofo francés cuya obra analiza las relaciones entre poder, conocimiento y sujeto. Su concepto del biopoder describe los mecanismos mediante los cuales el poder moderno regula, disciplina y controla los cuerpos de las personas.

El Salvador, experimento de blanqueamiento

Acercándome a la obra de pensadoras como Frantz Fanon¹⁸, Rita Segato¹⁹ y Yuderlys Espinoza²⁰, empecé a notar que las ciencias sociales ya no hablaban solo de lucha de clases. Lo que se estaba teorizando era sobre el poder: quiénes lo ostentan, por qué el poder tiene un cuerpo, una forma de verse, una estética.

La estética no es ingenua. No se genera desde la belleza inocente del placer de la vista. Se genera desde los rasgos, las simetrías, las formas de lo que se considera deseable desde el poder.

Hay una clave para entender América Latina. Hay países como Argentina y Uruguay que se construyen desde el discurso europeo: "somos muy italianos, somos muy alemanes." Y hay países como Guatemala, México o Bolivia que se construyen desde la idea indígena, pero desde una visión europea de lo indígena. Lo exótico, lo turístico, la forma digerible de lo indígena para Occidente.

Y entonces me pregunto qué pasa en este pequeño pedacito de tierra llamado El Salvador. Me doy cuenta de que El Salvador es un experimento perfecto de blanqueamiento. Una sociedad que ha sido blanqueada históricamente. Que no nos definimos como Europa, pero en todo momento no nos queremos definir como indígenas.

En medio de esa lucha de no ser lo suficientemente blancos como para llamarnos europeos, ni tener las agallas de reconocer la diversidad indígena, árabe y negra que existe en nuestro territorio, nos encontramos como el experimento perfecto de una sociedad que aspira a ser aceptada dentro de Occidente.

La ciudad es nuestro territorio

La última piedra de este edificio decolonial fue acercarme al ecofeminismo. Primero desde la ecología política. Luego nombrándome ecofeminista. Empezar a cuestionar las estructuras que dominan los cuerpos, profundizar en la dicotomía de los cuerpos que tienen el poder y los cuerpos subordinados.

La ecología política muchas veces racionaliza desde las instituciones cómo se generan políticas y exclusiones estatales, pero deja de lado un área que el ecofeminismo empieza a nombrar: los sentipensares, las relaciones ancestrales, una espiritualidad que el colonialismo nos dijo que no era objetiva.

El mismo positivismo dentro de nuestro devenir histórico de las ciencias nos ha dicho que la espiritualidad es algo subjetivo, caricaturizado. Hablar de espiritualidad, hablar de ancestralidad se hace de alguna manera como en el mito

¹⁸ Frantz Fanon: psiquiatra y pensador martiniqués, autor de *Los condenados de la tierra* y *Piel negra, máscaras blancas*. Es una referencia fundamental del pensamiento anticolonial y de la crítica al racismo estructural.

¹⁹ Rita Segato: antropóloga argentina-brasileña, una de las pensadoras más influyentes del feminismo latinoamericano. Su obra analiza las intersecciones entre género, raza, colonialidad y violencia en América Latina.

²⁰ Yuderlys Espinoza: pensadora feminista decolonial dominicana, referente del feminismo comunitario y de la crítica al feminismo eurocéntrico en América Latina y el Caribe.

del buen salvaje de Rousseau²¹. Pero la espiritualidad no es solamente quemar incienso y hacer un ritual. La espiritualidad es también la defensa del territorio. El ecofeminismo fue el momento, la teoría que le puso nombre a todas esas inquietudes que me permitían hablar y crear.

Lo primero que me encontré en el ecofeminismo es que yo no cultivaba la tierra. Mi territorio no era un territorio llamado río, no era un territorio llamado cultivos. Sentí que me costaba identificar mi militancia. Pero en el diplomado ecofeminista²² empezamos a nombrarnos ecofeministas urbanas, porque la ciudad es nuestro territorio.

Los espacios, las calles, nuestras casas que ni siquiera son nuestras. El hecho de que no tengamos acceso a una propiedad que habitar también es una línea de exclusión sobre cómo se viven los territorios urbanos.

No podemos hacer un cosplay de mujeres rurales para sentirnos activistas ecofeministas. Necesitamos militar el territorio en el que vivimos. Militar el transporte público para que sea accesible y democrático. Las aceras. La basura que generamos en las ciudades, porque las ciudades no se sostienen sin territorios externos donde se entierra nuestra basura y donde se cultiva nuestra comida.

El modelo de ciudad es un modelo eurocéntrico. Ese modelo nos dice que la ciudad de San Salvador es desordenada, que no está planificada. Pero cuando tenés una ciudad como Madrid, construida en una planicie, es muy fácil hacer una cuadrícula. La pregunta es cómo generamos urbes dentro de nuestros territorios, con nuestra geografía, con nuestra historia.

El sitio arqueológico más grande de nuestro país, Joya de Cerén²³ nos muestra cómo nuestros pueblos vivían antes de la conquista: asentamientos densos, territorios densamente poblados. Si seguimos midiendo nuestros territorios desde la mirada eurocéntrica, nunca vamos a tener una ciudad funcional, porque seguimos aspirando a un parámetro que no podemos cumplir y que no tiene por qué ser el nuestro.

Trabajé varios años en el área metropolitana de San Salvador, dentro de una oficina de planificación. Fue un trabajo que profesionalmente me dejó las mayores gratificaciones de mi vida, pero políticamente me drenó mucho. Era un trabajo gubernamental. Decía Malcolm X²⁴: "piensa global, actúa local." Para mí es

²¹ El buen salvaje: concepto asociado al filósofo francés Jean-Jacques Rousseau que idealiza al ser humano en estado natural como puro e inocente. Desde los estudios decoloniales, esta idea es criticada porque proyecta sobre los pueblos indígenas una imagen romantizada y exótica que los convierte en objeto de la mirada europea, negando su complejidad histórica y política.

²² Diplomado en Ecofeminismo: en 2023 se realizó en El Salvador el Primer Diplomado Nacional en ecofeminismo, impulsado por la Fundación Heinrich Böll, el Fondo Centroamericano de Mujeres, la UNES y seis organizaciones feministas, ambientalistas y ecofeministas del país.

²³ Joya de Cerén: sitio arqueológico declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO. Es considerado el asentamiento precolombino mejor conservado de América Central.

²⁴ Malcolm X: activista afroamericano, figura central del movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos durante las décadas de 1950 y 1960. Su pensamiento político influyó profundamente en los movimientos de liberación de América Latina y el Caribe.

una de las herencias más importantes del activismo, porque una vez empezás a ser política ya no hay vuelta atrás. Y ya no podés decir: "Solo sigo órdenes." Esa fue la frase más escuchada en los juicios de Nuremberg²⁵. Lo que yo decida hacer o no hacer, aunque sean indicaciones de una persona superior, puede restringir, puede cambiar y puede matar. En una decisión pública, ya lo hemos visto.

La coherencia

Creo que existe un puritanismo de quién es más feminista y quién no. Pero esto no es un juego, no es un sistema de puntos.

Un proceso en el que me estoy encaminando actualmente es el vegetarianismo y, posiblemente, el veganismo. Nuestra dieta mesoamericana tiene grandes herencias vegetarianas. El mole no se come todos los días, tiene una razón ceremonial. El caldo de gallina india tampoco es de todos los días. No es que las estemos matando a nivel industrial. No podemos hablar de justicia social y denunciar zonas de sacrificio sin reconocer la crueldad que existe en las formas de distribución capitalista de la comida.

Pero no voy a satanizar la comida que es la única comida a la que tiene acceso una compañera. El vegetarianismo y el veganismo se han erigido como algo extra elitista. Hay compañeras que no pueden elegirlo. La gente que tiene pobreza de tiempo por exceso de cuidados no puede tomarse una hora para prepararse sus propios alimentos. Entonces come lo que encontró en la esquina.

Quienes estamos en una posición donde todavía tenemos un poco más de margen de elección tenemos que aprender a ser conscientes de eso.

Con mis amigos más cercanos lo tomo a nivel de broma, pero fue un proceso muy duro de coherencia cuando conocí al que ahora es mi prometido. Él es una persona del norte global. Y empezó a surgir el dicho de "vas a mejorar la raza." Empezaron a atribuírsele a él logros que yo había construido. Para mí fue muy doloroso. Intenté muchas veces no meterme en esa relación.

Fueron amigas ecofeministas quienes me ayudaron a pensarlo. Me dijeron: "Tu relación va a estar pautaada, lastimosamente, por un sistema que le dio históricamente poder a la sociedad de la que él viene y te puso en subordinación a vos. Ahora bien, ¿qué decisiones se toman como pareja para mitigar esa brecha?" Y también: "Desechemos esa idea de que te sacaste la lotería. Pero tampoco vayamos al extremo opuesto de vetarnos el deseo."

Él es una persona consciente, políticamente activa. Nos unimos ahí. Decidimos entre nosotros cómo ser lo más coherentes y lo más igualitarios posibles dentro de este sistema que ya asigna posiciones dadas.

²⁵ Juicios de Nuremberg: procesos judiciales realizados entre 1945 y 1946 contra dirigentes nazis por crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. La frase "solo sigo órdenes" fue la defensa más común de los acusados, posteriormente analizada por la filósofa Hannah Arendt en su concepto de "la banalidad del mal".

La férula y la bolsa

Yo salí de El Salvador. Las juventudes tenemos una inseguridad patrimonial enorme. No podemos acceder a la vivienda, porque nuestras viviendas están siendo oferta extranjera. Vi partir a muchos amigos. Mi familia está migrando.

Me encanta nombrarme migrante. Mucha gente me nombra "expat" esa categoría blanqueada que mutila lo que realmente significa salir de tu lugar de origen y establecerte en otro lugar. Yo salí de mi país. No vivía persecución, pero no veía un futuro en El Salvador. Estaba frente a una situación adversa.

Todo lo que leo del país me duele. Y a la vez, tengo mucha esperanza en los ecofeminismos salvadoreños.

La crisis también está empujando a más personas a la conciencia de la acción. No es normal que en San Salvador llueva diez minutos y esté inundada. La crisis lleva a la indignación, lleva al cuestionamiento. Y esa es mi esperanza: que empecemos a ver cómo no podemos sortear la naturaleza, no podemos destruir una montaña por una carretera.

El ecofeminismo ha demostrado que somos expertas en crear comunidades y alianzas. En esas alianzas está la fuerza. Con Guatemala, con Honduras, nuestros países más inmediatos. Con América Latina entera. En Centroamérica nace el feminismo comunitario, donde nace el dejar de entendernos como individuos, como caudillos y redentoras, que es una herencia colonial, eurocéntrica. En lugar de pensar en el desarrollo desde el liderazgo individual, pensar en los cuidados como soporte y red colectiva.

Hace poco se publicó esta teoría de que el primer instrumento de la humanidad no fue un arma, la flecha, la espada o el fuego. Posiblemente, el primer instrumento que generó la humanidad fue la férula o la bolsa. Y ambos son instrumentos de cuidado. ¿Dónde cargamos? ¿Dónde nos agrupamos? ¿Dónde sostenemos las cosas? Esa es la herencia. Esa es también la esperanza.

CAPÍTULO 6

TATIANA MARROQUÍN

Autonomías económicas y ecofeminismo cotidiano.

"Para mí es profundamente importante visibilizar que la vida se está dando, a pesar del sistema capitalista, porque las mujeres estamos cuidando".



Tatiana Marroquín tiene 37 años. Nació en San Salvador y fue criada por su abuela materna, Carmen, quien despertó en ella una profunda sensibilidad frente a la desigualdad. Economista feminista, egresada de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" (UCA) y madre de una hija, convirtió una pregunta de infancia —cómo terminar con la pobreza— en una forma de entender la economía desde los cuidados. Su capítulo muestra que el trabajo que sostiene la vida entera sucede, en su mayor parte, antes del amanecer, y que casi nadie lo llama trabajo.

Las preguntas de chiquita

A mí me crió mi abuela materna, Carmen. Mi abuela es mi mamá. Ella era una persona muy sensible a las necesidades de los demás, y yo también me fui apropiando de esa preocupación. Recuerdo estar en el carro y preguntarle por qué había gente que pedía en los semáforos. Me respondió que eran personas que no tenían otra oportunidad, y me dijo: cuando hay gente que tiene mucho, hay otra gente que tiene muy poco.

En ese momento me dio una gran curiosidad saber cómo era esa repartición. ¿Por qué se repartía de esa manera?

Recuerdo además haber visto una campaña en la tele en donde un montón de artistas decían: ¿sabías que cada tres segundos muere alguien de hambre? Yo tenía cerca de nueve años y mi cabeza no podía concebir cómo había gente que se moría de hambre.

Entonces le fui a preguntar a una profesora qué podía estudiar para saber cómo terminar con el problema de la pobreza. Y me dijo que economía. Desde los once años aproximadamente, tengo mucha claridad de qué era lo que quería estudiar y cuáles eran las preguntas que tenía.

El mercado no me cuadraba

Lastimosamente, en todas las escuelas de economía, durante los primeros años o incluso durante todos los años, nos enseñan una versión muy tradicional de las teorías económicas. Y la UCA, donde yo estudié, no es la excepción. Aunque en los dos últimos años de la carrera se enriquece el conocimiento con algunas corrientes.

En los primeros tres años a uno le dicen: el mercado funciona así, estas son las gráficas. Y a mí me costaba un montón sacarme buenas notas en las materias en las que era necesaria esta idea abstracta del mercado.

Fue hasta el cuarto año, cuando tuvimos nuestra primera clase de historia de la economía impartida por Julia Evelyn Martínez²⁶. Nosotros ya habíamos tenido una pequeña brocha de marxismo, pero a mí me seguía pareciendo muy abstracta la forma en que me lo enseñaban. Cuando llegamos con Julia Evelyn, sus tareas rompían esa abstracción de la teoría.

Comenzamos a aprender sobre feminismo y a mí me empezó a dar una gran curiosidad. Para mí, el marxismo y el feminismo son herramientas para ser una mejor economista. El feminismo me permite entender más integralmente las dinámicas económicas.

Así me fui con esa curiosidad a preguntarle a Julia Evelyn si podía ser mi asesora de tesis, porque quería saber más acerca de la economía feminista. Quería estudiar los programas antipobreza desde un análisis feminista, para juntar mis

²⁶ Julia Evelyn Martínez es economista feminista salvadoreña, una de las académicas más influyentes en economía del cuidado y políticas de género en Centroamérica. Fue docente e investigadora de la UCA durante varios años.

dos pasiones: la pasión por la economía y la pregunta que tenía de niña sobre la pobreza. Ahí rogándole, porque sí le tuve que rogar.

Este es el lugar

Fui a Guaymango²⁷. Tuve la oportunidad de analizar dos intervenciones: la intervención pública del Estado y otro tipo de intervención que era el fortalecimiento de capacidades de una ONG. Los gobiernos, tanto de ARENA²⁸ como del FMLN²⁹, vendían esos programas como iniciativas con perspectiva de género porque el dinero, las transferencias, se les daba a las mujeres. Fui a los lugares donde se daban esas transferencias condicionadas para conocer si de verdad estaban transformando algo, y analizarlo desde una perspectiva feminista. Lo primero que me sorprendió fue tener que pedirle permiso a los hombres de la comunidad para poder hacer las entrevistas. Lo segundo fue conocer familias donde había tres generaciones de mujeres recibiendo ayuda del Estado y las tres seguían en situación de pobreza.

Se llama Red Solidaria³⁰, han ido cambiando de nombre, pero al final ha sido la misma dinámica. Como economista, al ver que hay tres generaciones que viven en situación de pobreza y son parte del programa, una se da cuenta de que ese programa no está ayudando a sacar a las personas de la pobreza.

Los programas no sólo reforzaban la idea de que cuidar era trabajo de mujeres. También las ponían en riesgo. El programa refuerza la visión de la maternidad, de que esos \$60 eran para los niños. Se llaman transferencias condicionadas porque la condición es que ellas lleven a los niños al control de salud y a la escuela. Ese era el condicionamiento. Al final, los programas antipobreza refuerzan esta idea de que la mujer es la que tiene que cuidar. No había en absoluto una sensibilización de corresponsabilidad del cuidado o siquiera del valor del cuidado. Nada acerca de roles y prejuicios de género, absolutamente nada.

Hasta en la forma en que hablaban. No la miraban a una a los ojos. Claro, una era alguien ajeno, pero se veían unas mujeres muy poco empoderadas en su existencia.

Además, darles el dinero a ellas rompía con la dinámica de poder al interior de los hogares, pero lo rompía de forma violenta. La respuesta de las parejas era violenta porque les querían quitar el dinero, incluso con violencia física.

La intervención de la ONG era diferente. No daba dinero: daba conocimiento.

²⁷ Guaymango es un municipio del departamento de Ahuachapán, en el occidente de El Salvador, caracterizado por altos índices de pobreza rural y una fuerte presencia de programas de transferencias sociales del Estado.

²⁸ ARENA (Alianza Republicana Nacionalista) es el principal partido de derecha de El Salvador, fundado en 1981. Gobernó el país de 1989 a 2009.

²⁹ FMLN (Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional) fue la coalición guerrillera que firmó los Acuerdos de Paz en 1992 y se convirtió en partido político. Gobernó El Salvador de 2009 a 2019.

³⁰ Red Solidaria fue el nombre original del programa de transferencias condicionadas creado en 2005 durante el gobierno de Antonio Saca (ARENA). Bajo los gobiernos del FMLN pasó a llamarse Comunidades Solidarias.

Cómo hacer que los huevos pasaran de pequeños a medianos, a grandes. Cómo hacer más rápida la producción de gallinas y pollos. Cómo sembrar una huerta. Con el tiempo aprendí a mirar eso también con ojo crítico: muchas veces lo que estábamos haciendo era cargarlas con más trabajo. Pero el objetivo más profundo era que ellas reconocieran que esos tomates, esos rábanos, esas lechugas no salían de la nada. Salían de su trabajo, de su esfuerzo como mujeres. En países como El Salvador es bien difícil no analizar la importancia de la ecología y el medio ambiente. Cuando una va al territorio y conoce a las mujeres que están en mayor situación de vulnerabilidad económica, se da cuenta de lo cercanas que son sus dinámicas con el medio ambiente. El cuidado del agua, el cuidado de las plantas, el cuidado de los animales es parte de su trabajo en el día a día. Incluso economistas como yo, que nos hemos quedado sabiendo poco acerca del ecofeminismo, en la economía feminista sabemos que no podemos prescindir de un análisis de sensibilidad de la vida en términos del medio ambiente, y viceversa: cómo la falta de cuidado del medio ambiente puede hacer más difícil o, incluso, inviable la vida humana. Esa relación me parece imprescindible en el análisis económico feminista.

Me fui muy esperanzada de que sí hay formas distintas de cambiar las cosas y que los programas antipobreza no necesitaban grandes cantidades de dinero, sino una intervención más fina, más refinada. Ver, por un lado, la incapacidad del Estado de cambiar dinámicas tanto materiales como de género, y ver por otro lado a un hombre hablando de su pareja con mucho orgullo, como de alguien en el mismo nivel, y no como el otro al que yo le había tenido que pedir permiso para hablar con ella. Eso fue lo que pusimos en la tesis. Julia Evelyn también estuvo muy de acuerdo y me dijo que no se imaginaba que iba a hacer tan buen trabajo. Ahí fue donde dije: este es el lugar.

La señora que cargaba el agua

El cuidado involucra una amplitud de demandas. Cuando voy a enseñar economía feminista a los territorios, una de las primeras preguntas que hago es: ¿ustedes trabajan? Porque al final lo que quiero es que sepan que sí trabajan. Muchas me responden que no, que quién trabaja es su marido, que yo me quedo en la casa. Y entonces les pregunto a qué hora se despiertan.

A las tres de la mañana, porque tengo que ir a entrar el agua. O porque tengo que regar.

Mientras más precario sea el sector, mayor es el trabajo del cuidado en su amplitud que tienen que dar las mujeres, y eso involucra ir a traer agua, darle de comer a los animales. He ido a experiencias en territorios rurales cercanos a lo urbano, como Santa Ana y Metapán, familias que no están en situaciones de tanta precariedad pero que igual están en situación de pobreza. He ido a lugares donde la intervención era para sembrar alimentos, hacer huertos, y al final me he dado cuenta de que lo que estábamos haciendo era cargarlas con más trabajo. El

huerto sí les ayudaba económicamente de alguna manera, pero lo que buscábamos también era que reconocieran que esos tomates, esos rábanos y esas lechugas no salían de la nada, sino que salían de su trabajo y de su esfuerzo como mujeres.

Al momento de ponerle precio a las lechugas, contabilizábamos cuánto tiempo se tardaban para ir a traer el agua, cuánto tiempo para regarlas. Era el ejercicio de saber exactamente cuánto cuesta lo que se está produciendo. Antes de que yo llegara, el precio que le colocaban era menor que en el mercado.

Fui aprendiendo mucho de la experiencia de ellas y me fui dando cuenta de que el asunto del agua es trascendental y cuesta mucho. Esto lo ha estudiado más profundamente mi compañera Lorena Valle Cuéllar³¹, de La economía en femenino. La diferencia en las horas que un hombre y una mujer toman para ir a traer agua son trascendentalmente diferentes y pueden hacer la diferencia entre la autonomía económica que tenga una mujer. Al final son, en promedio, unas tres o cuatro horas al día que una mujer no puede ocupar para algún trabajo remunerado porque anda trayendo el agua. El que no haya agua potable termina impactando sustancialmente más a las mujeres.

Tengo muy presente la historia de una señora que estaba aprendiendo economía feminista conmigo en Metapán. Estuvimos en siete clases, cada semana iba yo. Ellas hicieron un huerto grande, se turnaban para llevar agua, para cuidar a los animales. Y me dijo: yo trabajé en las maquilas. Al final me fui y me quedaron debiendo un montón, una historia muy común. Y ahora cuido a mi mamá con el dinero que mi hermana me manda de Estados Unidos para cuidar a mi mamá, pero ese no es dinero mío. Yo quisiera tener dinero mío. Y quiero que usted, como economista, me ayude a encontrar soluciones.

Me di cuenta en ese momento de lo poco útil que era mi saber en algunas situaciones. Ella hacía panes con pollo, con los pollos que estaban naciendo y las verduras del huerto. Pero en el área donde vivía nadie le compraba, porque nadie tenía la capacidad adquisitiva. Para vender tenía que viajar a Santa Ana. No había transporte directo. El viaje costaba quince dólares. Al hacer las cuentas, no quedaba ninguna ganancia.

La autonomía económica para mí es trascendental. Se puede abrir un debate porque no sé si es un sesgo economicista, un sesgo marxista, pero para mí es bien difícil avanzar en otro tipo de autonomía si una no tiene autonomía económica. Lo que he visto en el territorio es que cuando las mujeres tienen autonomía económica, las otras autonomías comienzan a asentarse en la cabeza mucho más fácilmente. Si yo te enseño autonomía del cuerpo pero no puedes comprar anticonceptivos, o autonomía política pero no tenés la libertad

³¹ Lorena Valle Cuéllar es economista feminista salvadoreña, integrante del colectivo La economía en femenino. Ha investigado el impacto del acceso al agua en la autonomía económica de las mujeres rurales en El Salvador, con investigaciones desarrolladas desde la UCA.

de ir y reunirse con la gente de la comunidad porque estás atada en casa por tu falta de autonomía económica, todo lo demás se cae.

Para mí es trascendental que cualquier esfuerzo y cualquier intervención en torno a la liberación de las mujeres parta de la importancia de la autonomía económica. No se puede hacer una intervención que no sea integral: a través del Estado, la sociedad, la comunidad y las municipalidades. Las organizaciones estamos intentando hacer muchas intervenciones y tenemos historias muy bonitas, pero sin una respuesta contundente del Estado, entendido en su integralidad, municipalidades y Ejecutivo, es muy difícil hacer sostenibles las intervenciones para la autonomía económica de las mujeres.

El cuidado que sostiene el mundo

Creo que la teorización de los cuidados es uno de los aportes más grandes que el feminismo le ha dado a la humanidad. Una de las esperanzas más grandes, porque entender las dinámicas económicas a través del cuidado permite aterrizar en la importancia de la vida en su integralidad. Ese debería ser el fin de la economía. El crecimiento económico, la inflación y todos esos componentes a los que les damos seguimiento no son el objetivo por sí mismo. No son las estadísticas lo que nos debería importar, sino la vida de las personas. Y la única manera de asegurar la calidad de vida de las personas es a través de que nos importe entender cómo, quién y cuánto cuesta cuidar a esa persona.

Es un despertar para todas las personas, no solamente en el área rural que carga con tanto cuidado, sino para quienes cuidan a nuestros hijos también en el área urbana. Es abrumadora la cantidad de cuidado que desde lo rural se hace para el funcionamiento de la vida en una sociedad como la salvadoreña.

Darnos cuenta de que, al final, los sistemas de protección en El Salvador son inviables, de que no vaya a haber pensión para el 80% de la población, significa que va a haber alguien que va a tener que cuidar. Siempre alguien va a cuidar. Y si no es el Estado, muy probablemente vamos a ser nosotras. Nosotras que vemos a nuestra mamá sin pensión y sabemos que al final de su vida quien va a estar ahí vamos a ser nosotras. No nuestros hermanos, sino nosotras.

Hay que entender las dinámicas de cuidado en una sociedad e intentar responderlas adecuadamente. Intentar cuidar mejor y repartir mejor el cuidado es el camino para un desarrollo económico integral. El cuidado nos permite no dar tantas vueltas y abordar dinámicas de pobreza, protección social, laborales y comerciales. El cuidado permite esa voluntad integral.

Todos invisibilizamos el cuidado porque es algo tan del día a día, tan común, tan poco valorado, tan dado. Y tenemos que recordarle a la gente que está dado por alguien y que cuesta.

Una de las cosas en las que sí se ha avanzado es que hemos podido medir el valor del cuidado en una economía. Y de lo que nos hemos dado cuenta es que es imposible de remunerar. No podríamos remunerar el cuidado.

En El Salvador, los cuidados son el 27 - 30% del PIB anual. Es más que las remesas. Podrían repartirse todas las remesas que vienen y no pagarían el cuidado.

Por eso la respuesta del Banco Mundial, aunque en algunas situaciones sí corresponde que el cuidado sea remunerado en términos monetarios, cuando nosotras hablamos de visibilizar y valorar el cuidado, eso también es una forma de remuneración. Si uno valora que lo que alguien ha estado haciendo todo el día es trabajar en el cuidado, comenzamos a entender que es normal que esté cansada, que necesite descanso, y por qué no empezamos a repartirnos para que no solamente ella lo haga todo el día. Las respuestas no son solamente la remuneración: es la redistribución del trabajo de cuidados.

Fui a una reunión con el Banco Mundial donde ya están incorporando, desde su perspectiva, el valor del cuidado. Han descubierto que quienes más cuidamos somos las mujeres. Pero su respuesta fue que nosotras, como sabemos tanto de cuidar, podríamos ir a cuidar a otras casas y cobrar por eso. Yo, órale. Ya no les dije nada, porque era confianza. Pero fue así como: "recibido el mensaje". Esa respuesta viene de perspectivas muy del norte global. La única manera que dan respuesta a esto es a través del dinero. En algunos países esto se puede dar, pero se puede dar porque nos están expoliando a nosotras en nuestros países.

Si empezamos a decir, a nivel simbólico y narrativo, que el cuidado es importante, empezamos a dar algunos pasos. Visibilizarlo es justamente un golpe a la narrativa del capitalismo de que las cosas funcionan porque funciona el sistema. El sistema no funciona. Somos nosotras las que estamos haciéndolo funcionar, medio empujándolo para que no termine de matarnos a todos. Para mí es profundamente importante visibilizar que la vida se está dando, a pesar del sistema capitalista, porque las mujeres estamos cuidando. Las personas que cuidamos somos sobre todo mujeres.

Al Estado también lo necesitamos todos los días y aparece una vez al año. Es como el padre ausente que no está cuando lo necesitan, que un día llega, compra un sorbete, saca a los niños a pasear, y todos dicen qué buen papá.

La casa común

Tuve la oportunidad de ver a mujeres que miden las características de los manglares, que me explicaron cómo miden la lluvia, cómo avisan con tiempo cuándo hay que levantar las cosas desde cierto sector porque saben que se va a inundar. Ese tipo de conocimiento tan científico nace de una profunda ganas de cuidar su comunidad. Ahí quien tendría que estar cuidando también es el Ministerio de Medio Ambiente. Pero no está. Entonces es una comunidad organizada que se está cuidando a ella misma. El primer paso es darnos cuenta de que, si no estuvieran ellas cuidando, ¿qué estaría pasando? Las cosas serían peor si ellas no estuvieran ahí presentes.

Incluso internacionalmente: yo veo las noticias de Estados Unidos y me pregunto

qué está haciendo la resistencia ahí. Cuidándose a ellos mismos. Cuidando a los migrantes, avisándose.

Las mujeres cuidamos no solo a otros seres humanos. Cuidamos los gatos que nadie reclama, el cerrito del barrio antes de que alguien lo llamara ecosistema, los perros de la comunidad. Por andar cuidando el cerrito se cuida el agua cuando se privatiza. El cuidado doméstico y el cuidado del territorio no son dos cosas distintas. Son el mismo gesto, ampliado.

¿Cómo podríamos tomar estos otros cuidados para hablar del cuidado de la casa común? Uno cuida su casa, pero también está la casa común. ¿Cómo podríamos, en los análisis macro y micro, tomar en cuenta cuidar estos bienes comunes? Primero, visibilizarlos.

A mí me parece asombroso y tan esperanzador que haya un grupo de mujeres que ha decidido cuidar su comunidad de esa forma. La economía feminista y el ecofeminismo son, al final, una sola cosa: entender que la vida —toda la vida, no solo la humana— depende de que alguien cuide.

El sistema no funciona. Somos nosotras las que estamos haciéndolo funcionar, medio empujándolo para que no termine de matarnos a todos. Visibilizar eso es un acto político. La condición desde la que todo lo demás se hace posible. La condición de la re-existencia.

C. DEFENDER EL TERRITORIO

Cuatro mujeres defienden en este bloque territorios concretos, con nombres y coordenadas precisas. Nely Rivera Silva, con setenta años y una vida entera dedicada a esta causa, lidera desde Asociación de Mujeres Ambientalistas de El Salvador (AMAES) y las Guardianas del Lempa la resistencia transfronteriza frente a la mina Cerro Blanco en la frontera Guatemala–El Salvador, cuidando el río Lempa y el lago Güija. Sara García fundó la Colectiva de Mujeres Kawoq para defender los ríos Chacalapa y San Antonio en Apopa y Nejapa frente al extractivismo, y vive hoy el intraexilio como precio de esa defensa. Blanca García organiza a veinte mujeres pescadoras en Metalío, espacio articulada a la Mesa por la Sustentabilidad del Agua y el Medio Ambiente (MESAMA), Ahuachapán, para restaurar los manglares de la costa: su capítulo es el más breve del libro y el más arraigado en lo concreto. Claudia Rodríguez defiende el lago de Coatepeque como sujeto de derechos y espacio de biocultura desde el Movimiento Ecofeminista y AMAES, tejiendo salud popular y economía feminista en torno al agua.



CAPÍTULO 7

NELY RIVERA SILVA

Mujeres de frontera, guardianas del agua.

"Somos personas que hemos sido elegidas para este ministerio del cuidado de la tierra, el cuidado de la creación."



Nely tiene 70 años. Nació en Chalatenango y creció en Huizúcar, donde el campo, el café y las pozas marcaron profundamente su infancia. Es trabajadora social, madre de cuatro hijos, abuela, fundadora de la Asociación de Mujeres Ambientalistas de El Salvador (AMAES) y del Movimiento Ecofeminista. Su compromiso con la defensa ambiental nació de una profunda espiritualidad cristiana y se transformó al conocer los impactos de la minería. Desde entonces ha articulado grupos de mujeres de El Salvador y Guatemala para defender el río Lempa y el lago de Güija, convencida de que las cuencas unen a los pueblos más allá de las fronteras. Su capítulo es el de una mujer que no llegó al ambientalismo por convicción ideológica, sino por conversión: la de quien ve un río muerto y ya no puede mirar el mundo de la misma manera.

Nací hace ya algún tiempesito

Esto de lo ambientalista no llega así repentinamente. Hasta ahora he entendido que el vivir en el campo no nos hace ambientalistas. El vivir en el campo no nos hace amar la naturaleza, porque vivimos ahí y lo tomamos como algo normal. Ahí estamos, ahí nacimos, ahí crecimos. Pero igual contaminamos, igual cortamos las plantas sin objetivo, tálamos árboles.

Durante toda mi vida añoraba esos recuerdos muy vívidos de mi infancia en el campo. Sabía que un día tenía que regresar a vivir al campo. Siempre fue una ilusión para mí no vivir en la ciudad. Pero la iglesia también tuvo que ver en ese sentimiento.

Yo me crié en un pueblito que se llama Huizúcar, un poco más fresco que Chalatenango, donde nació. Mi papá era originario de allí y ahí estaba mi abuela paterna, con quien tuve más relación. Tuve una infancia muy bonita. Mi mamá se dedicaba al cuidado. Mi papá era músico de la banda regimental: tocaba el violín, el saxofón, el clarinete y el piano. Nunca pude tocar un instrumento. Sí tuve la inquietud, pero quizás no tuve el tiempo. Pero sí me encanta la música.

En ese momento, el pueblo estaba muy lleno de vegetación, no había tanta gente. Hoy es diferente. Jugaba con trompos, con chibolas, saltacuerdas. Agarrábamos las estopas de los árboles de coco para chollarnos por todo el cerrito. Un cerrito que yo antes lo veía enorme, pero de seguro que debe haber sido chiquito.

Mi abuela paterna tenía una finquita, tenía gallinas y cultivaba café. Yo cortaba café. Hoy les digo a mis hijos que yo sentía que en aquel momento era un gran canasto el que me ponía en la cabeza, pero seguramente era chiquito.

En mayo, que es el mes de la Virgen María, todos los primos, las primas, nos íbamos a buscar flores, creo que eran narcisos. Se cortaban las ramas de los cocos, las palmeras. En cada puntita de las hojas peladas, les metíamos las flores y las adornábamos con más flores para después en las procesiones ir a diferentes casas con la palmera adornada.

En la iglesia católica estuve casi toda mi vida, hasta los treinta y tantos años. Fui catequista, alfabetizadora. La iglesia tenía sus voluntarios, sus ministerios, sus misiones. Nosotras íbamos a la zona rural a alfabetizar, a catequizar. Después me meto a trabajar para la supervivencia y, por fortuna, me tocó también trabajar con grupos de mujeres, especialmente jóvenes. Ahí voy quedándome siempre en lo rural. Me encantaba quedarme a dormir en las comunidades que visitaba. Era para mí un privilegio y una satisfacción poder estar en esos lugares.

Una conversión como la de los apóstoles

Cuando se va saliendo del conflicto³², voy conociendo otras experiencias. Fui a conocer el río San Sebastián³³ en La Unión y contemplé que era un río muerto. Me impactó severamente ver ese río muerto, sin la presencia de ningún animalito, de ningún pez.

Empecé a averiguar, a leer sobre el tema minero. Yo era en ese momento parte de la directiva de una organización investigadora que se llamaba CEICOM³⁴. Ahí empecé a descubrir información que no tenía, especialmente sobre el tema del extractivismo. Cuando una se informa de cómo es el proceso para extraer un gramo de oro, a una le cambia la mente. El interés minero está ubicado en la franja norte de nuestro país, la cual atraviesa toda la cuenca alta de nuestro único y bonito río Lempa, que está contaminado sí, pero es lo único que tenemos.

Para mí, conocer el río San Sebastián fue como una conversión. Una conversión como la de los apóstoles. Yo dije: ¿Cómo es esto? ¿Cómo es que lo permitimos?

Es ahí cuando me voy dando cuenta de que el extractivismo es una forma de poder que se lucra de los bienes naturales que explota. Que cercena la tierra igual que a las mujeres. Una mina llega a un territorio atraída por aquello que puede extraer y, una vez agotado el mineral, deja tras de sí una montaña herida, un río contaminado y comunidades obligadas a convivir con las consecuencias. El territorio tiene valor mientras produce riqueza para otros; cuando deja de hacerlo, es abandonado. Y ese mismo paralelo lo establecemos con nuestras propias vidas: las mujeres también hemos sido valoradas por aquello que podemos ofrecer y no simplemente por quienes somos.

Voy viendo todos esos paralelos y me doy cuenta de que estoy frente a una situación que definitivamente no la voy a cambiar sola.

Me digo a mí misma que somos personas que hemos sido elegidas para este ministerio del cuidado de la tierra, el cuidado de la creación. La creación de Dios hay que cuidarla, hay que respetarla, hay que compartirla, por eso me identifico con esto de los bienes naturales compartidos. Y las iglesias deberían ser las primeras llamadas a defender la creación, como dijo el papa Francisco en el *Laudato si'*³⁵. Me parece que nuestro pueblo es muy religioso y, a esa religiosidad,

³² El conflicto: en El Salvador, se denomina así a la guerra civil que se desarrolló entre 1980 y 1992. El conflicto dejó más de 75,000 personas muertas y miles de desplazadas.

³³ El río San Sebastián: río ubicado en el departamento de La Unión, en el oriente de El Salvador. Fue gravemente contaminado por los desechos de la mina de Santa Lucía, explotada durante la colonia y abandonada sin remediación ambiental. Sus aguas tienen un color rojizo característico por la oxidación de los minerales y se considera uno de los ríos más contaminados de Centroamérica.

³⁴ CEICOM: Centro de Investigación sobre Inversión y Comercio, organización salvadoreña de investigación que desarrolló trabajo sobre los impactos del extractivismo y los tratados de libre comercio.

³⁵ Encíclica del papa Francisco publicada en 2015, dedicada al cuidado de la casa común, es decir, del planeta Tierra. Es uno de los documentos más importantes de la Iglesia Católica sobre ecología, cambio climático y justicia ambiental.

debemos incorporar el tema de la defensa medioambiental. Salir de la religiosidad para volver a ese querer de Dios, que quiere una vida en comunión, donde todos podamos compartir los bienes naturales, el agua.

El llamado ecofeminista

Por la influencia que tuve muy arraigada de la iglesia, llegué a comprender que era nuestro derecho vivir en una sociedad justa y equitativa, donde todos y todas pudiéramos tener las mismas oportunidades, donde nadie pasara hambre, donde todas pudiéramos tener un techo, un trabajo digno, una vivienda digna. En mi juventud, en mi adolescencia, en algún tiempo ya entrando a la madurez, ese era mi sino, pero después a todo eso yo le agrego, “pero esta justicia también tiene que ser ambiental”.

Una justicia social donde tengamos todo lo que antes creía que debemos tener y sigo creyendo que tenemos derecho, pero a eso le sumo el derecho a un medioambiente sano, libre, sin explotación, donde no se someta ni se deprede la naturaleza como lo hacemos con las mujeres, la tierra y el planeta.

La naturaleza y las mujeres somos las más afectadas en todo esto, a nosotras el sistema nos explota igual que a la tierra. A la tierra se le saca todo del vientre para extraer los minerales, estos minerales no son utilizados para que haya justicia, para que haya equidad. Sirven para enriquecer unos cuantos.

Las mujeres, aunque estemos allá en Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, las mujeres somos mujeres. En verdad, no hay una diferencia. Tal vez solo en el timbre de voz, el cantadito que usamos. Pero somos mujeres quizás con los mismos problemas, con la misma discriminación, y las mismas luchas que hemos llevado juntas. Pero veo que muchas veces llevamos las luchas separadas.

Por un lado, todavía hay esclavitud de mujeres a las que las tienen trabajando sin un salario, es una esclavitud que es mucho más velada, esclavitud en pleno siglo XXI, romantizada. ¿Qué es lo que se nos dice? Si yo por qué voy a cobrar por lavarle al hombre, por hacer la comida, pues si yo los quiero, yo los amo. Es una esclavitud que está velada, y la otra, que es la más brutal, es la que la mata.

Entonces el tema sexual y reproductivo es importantísimo, pero igual, si no tocamos el tema ambiental, tampoco va a prosperar. Creo que todo el trabajo que las organizaciones sociales realizamos debería llevar el tema ambiental y el de género.

Cuando ya no tengamos un lago, un río, cuando no tengamos agua, un árbol, nos vamos a dar cuenta que estuvimos trabajando quizás para nada. ¿Qué es el feminismo sin la tierra y sin el agua? No es nada. Podemos ser muy consecuentes con nuestro género, muy solidarias, muy combativas pero si no tenemos los bienes naturales no tenemos nada. Además, las mujeres son las que caminan las tres horas por el agua. Yo no he visto a los hombres caminando tres horas para llevar leña.

Para mí hoy esta es mi cosmovisión. De que haya un planeta justo, equitativo para hombres y mujeres donde podamos gozar de todos los beneficios, de todos los bienes, los cuales debemos de compartir.

El que tengamos derecho a acceder a los bienes naturales, también nos obliga a ser responsables con ellos, a cuidarlos y a defenderlos. Esa parte se nos olvida. Solo queremos tenerlos, pero ¿qué hacemos para que se mantengan?

El verdadero oro, igual que el agua.

Una de las cosas que debemos animarnos, como movimiento social, es a trabajar por una Centroamérica unida. Necesitamos ser una Centroamérica unida, como propuesta. Que nos podamos ver y probar en esas capacidades que tenemos. Creo que esto del unionismo no es una cuestión sacada de los pelos, es muy brillante.

En eso basamos el trabajo de AMAES y las mujeres transfronterizas, somos mujeres de fronteras que nos unimos, nos hemos encontrado en esa capacidad de unirnos. Esa capacidad de poder hablar de los mismos problemas y querer resolverlos juntas. Ese es el verdadero oro, igual que el agua.

Tenemos un relacionamiento con compañeras de Honduras, especialmente de Guatemala, las de Cerro Blanco, comunidades, con las que tenemos mucha cercanía, en donde nos hemos sentado a conspirar, a hablar en nuestro lenguaje, el lenguaje de la madre, el lenguaje de la mujer, el lenguaje de la hermana, de por qué nos afectan todas estas cosas.

La mina y la esperanza

Nosotras, las mujeres que estábamos en la zona de Metapán, nos enteramos de la amenaza de la mina Cerro Blanco en un encuentro que tuvimos con gente de Guatemala. Nos dijeron, por ahí del 2007-2008. Con algunas compañeras nos propusimos ir a conocer la zona.

Fuimos a preguntar cómo veía la gente ese proyecto. Si sabían que había ese proyecto. Nadie sabía nada.

Eso nos preocupó porque dijimos: si la gente no sabe nada es porque no les han informado, tampoco les van a avisar, solo los van a desplazar. Entonces, hay que ver cómo le hacemos. Con otras compañeras, empezamos a visitar al sacerdote de la comunidad en Asunción Mita. Fue ahí donde hicimos una alianza con fray Armando y empezamos a visitar las comunidades de la zona que iba a ser afectada. Ahí vamos conociendo a más gente, haciendo esa red, esa sinergia, hablando de este tema que para ellos no era muy conocido.

Ellos decían: "Ah, sí, pero a nosotros no nos hace nada esa mina." Nosotras les respondíamos: "Pero a ustedes sí les va a afectar." No caían en la cuenta de que la afectación no era solo para El Salvador, sino también para Guatemala.

Compartir esa información fue una satisfacción: sentir que estaba siendo útil, que

estaba aportando para que se pudiera detener la mina, para defender nuestro principal río, el Lempa, pero también el Güija.

Hay que decirlo: no solamente se verá afectada la gente que vive en las riberas del río Lempa. Hay que recordar que quien consume agua también del río Lempa es el Gran San Salvador, una cantidad enorme de población. Y el otro impacto que nosotras hemos venido evidenciando es la cantidad de agua que utilizarán para la extracción de estos proyectos mineros. Cuando una piensa que el tema del agua sigue siendo un problema no resuelto en nuestro país, en nuestras comunidades, la gente dice: "¿Cómo es posible que una empresa minera tenga agua suficiente para explotar la mina y la comunidad que está a la par, que tiene su río, se le va a secar, se le va a contaminar y no tiene agua potable?" Y esos son los testimonios que nosotros hemos escuchado.

Cuando plantearon la consulta ciudadana yo me sorprendí. Es tan loco echarse una consulta ciudadana en un municipio: es una logística grande, un esfuerzo grandísimo, requiere de tanto recurso humano y económico. Yo no lo dije, pero me dije: si ellos creen que se puede, denle. Y no fue solo "denle, ahí vamos a estar viendo qué hacen", sino "denle y nosotras nos metemos también". Nos metimos en ese proceso.

El 18 de septiembre fue un día de dignidad porque se salió a las calles. Era como que estábamos en una votación de alcalde. Las ecofeministas fuimos y llevamos todo nuestro aporte, fuimos de observadoras para que no hubiera trampa. Todo muy tranquilo, la gente muy ordenada.

Al siguiente día, las mineras salieron diciendo que no era legal. Claro, como no habían ganado. Decían que esa consulta estaba amañada, pero no pudieron decir por qué.

Ganamos. En 2022, el 87% de la población de Asunción Mita dijo no a la minería. Los votos fueron contundentes. Eso nos dio fuerza, tanto allá en Guatemala como acá en El Salvador. Especialmente para las mujeres poder decir: hemos estado en este proceso, no lo vamos a dejar. Ya vimos que pudimos. Nuestro aporte ha sido decisivo. No vamos a pararnos aquí, sino hasta que se vaya la mina. Esas son las ilusiones. Esos son los sueños. El pueblo de Mita sigue pendiente y dice: no a la mina, tienen que respetar la consulta.

La esperanza

Mi generación ya hizo lo que pudo. Quizás avanzamos poco, mucho o demasiado, no lo sé. Las que lo hicimos está bien. Las nuevas generaciones son las importantes y necesarias para que la vida continúe.

Me siento muy esperanzada en las generaciones que vienen atrás, conozco a muchas jóvenes, a quienes admiro mucho. A mí me da me da esperanza ver jóvenes, jovencitas, que se indignan con lo que pasa. Se indignan con el dolor del río, el lago, la tierra, los árboles, los bosques. Me identifico con ellas y con ellos.

Aunque creo que nuestra juventud está siendo alejada de lo elemental, no me cabe duda que nuevas generaciones vienen quizás con más esperanza de un futuro.

Con los niños es mucho más fácil hablar de esto porque son mentes curiosas, frescas y son esponjas, todo absorben. Hay mucha sabiduría en esas cabezas. Una sabiduría que se traduce en pregunta y en propuesta. Cuando una niña le pregunta a su papá: "¿Por qué no hay agua? ¿Había agua cuando vos eras de mi edad?" Son preguntas también para los padres.

Hoy mucha gente cree que el agua nace del chorro. Cree que cada vez que lo abre le va a caer agua. Pero no caen en la cuenta de que ese agua un día ya no va a caer. En San Salvador ya hay muchos lugares donde ese chorro hace mucho que no echa agua. Echa agua en las zonas donde están las torres. Hay zonas privilegiadas donde nunca va a faltar el agua, porque tienen la capacidad de comprarla cara. Pero hay otras zonas donde no la vamos a poder comprar porque, si no hay trabajo, tampoco vamos a tener las condiciones para comprarla.

La gente de la comunidad de al lado de donde vivo no quiere que nos pongan el agua porque dice que se va a acabar y ellos ya no van a tener. Eso es terrible. Ya nos estamos peleando por el agua. Ya está ahí el conflicto. "Quiero el agua para mí, pero no la quiero para ti. Si te la van a dar a vos, a mí ya no me van a dar." En vez de defenderla juntos.

No nos percatamos de que, si no hay río, no hay agua, si no hay agua, no hay vida. Nuestros cultivos necesitan agua. Los procesamientos de nuestros alimentos necesitan agua. Para todo se necesita el agua: la milpa, el frijol, el sorgo, los árboles frutales, todo.

No involucrarse en la defensa de los bienes naturales es condenar a las nuevas generaciones. Al final, vamos a tener que tomar decisiones bien drásticas en esto de la vida o la muerte. Sobrevivir o desaparecer, pero espero que no lleguemos a un futuro donde nos podamos convertir en refugiados ambientales. Que actuemos antes. Las mujeres de las fronteras... Esa unidad de las mujeres.

CAPÍTULO 8

SARA GARCÍA

Tejer comunidad para defender el territorio: organización local y ecofeminismo.

"Tengo esperanza en mi palabra. En el sentido de que lo que declaremos así va a ser."



Sara García tiene 48 años. Es hija de Josefina y Juan, madre de un hijo y nació en la parcelación El Ángel, en Apopa, un territorio cuya defensa marcaría su vida. Agroecóloga, fundadora de la Colectiva de Mujeres Kawoq³⁶ y del Movimiento Ecofeminista, comenzó organizando comunidades para proteger los ríos Chacalapa y San Antonio frente al avance de proyectos urbanísticos e industriales. Su experiencia en los territorios y su formación feminista la llevaron a comprender que la defensa del agua también es enfrentar las desigualdades que atraviesan la vida de las mujeres. Hoy vive en intraexilio como consecuencia de su labor como defensora del territorio. Su historia muestra que cuidar el agua es también construir comunidad, cuidados y resistencia.

³⁶ Kawoq: Colectiva de Mujeres Kawoq, organización fundada en 2010 en Apopa, El Salvador. Su nombre proviene de un nahual del calendario maya que representa a la tortuga, símbolo de perseverancia, sabiduría y conexión con la tierra y el agua. Kawoq trabaja la defensa del territorio desde los cuerpos de las mujeres y la organización comunitaria.

Mi hermana me cuidaba

Tengo dos cosas marcadas. Una es que me acuerdo que de tres años tomaba todavía pachita³⁷ y ese es un recuerdo bonito que tengo. Quien me daba la pachita era mi hermana, también me daba una avena que era bien rica. Mi hermana me lleva siete años. Ha sido mi segunda mamá, ella me cuidó. Mi mamá salía a trabajar al campo y ella me cuidaba.

Lo otro que no olvidaré es cuando aprendí a andar en bicicleta. Ocho niños en una bicicleta nos dejábamos venir en mi calle, que es una gran subida, y siempre nos íbamos a destrompar³⁸. Cuando llegábamos, empezábamos a gozar y a reírnos. La calle era de tierra y piedra. Desde pequeños, nos organizábamos para regar y que no hubiera polvazón, para poder andar en bici. Tengo muchas cicatrices en mis rodillas, en mi pie, porque me cortaba, me raspaba. Eso era genial, no importaba rasparse porque era mi vida con mis amigos y mis amigas. Hacíamos pozas y usábamos cubos para regar, todos regábamos y eso era bien bonito. Aunque no teníamos agua potable. A veces tomábamos agua de un tanque, o veníamos hacia la carretera para llevar agua. Para el oficio, usábamos agua llovida, pero en el verano un vecino nos daba de un pozo, solo que era agua amarilla, pero era buena para hacer el oficio.

También íbamos a una quebrada, había unos nacimientos. Íbamos a lavar y a traer agua. Bajaba una quebrada de agua nacida, allí nos íbamos a bañar, a lavar. A veces íbamos al río. Íbamos a traer agua en cántaros. Era una quebrada, un pequeño río muy bonito. Nosotras íbamos a las seis de la mañana a bañarnos, a veces en la tarde, a veces en la noche, cuando estaba haciendo luna.

La adolescente organizada

Me crié con niños varones, detestaba las muñecas y todos esos juguetes que le son impuestos a las niñas. Desde pequeña, fui una lideresa.

Yo animaba a como ocho amigos. Tenía amigas también, pero yo era la más varonila, como dice mi abuela. Nosotras éramos las que implementábamos juegos más atrevidos, juegos extremos para la edad. Teníamos diez, trece años. Me iban a invitar a jugar a las muñecas, no me gustaba. Jugaba todos los juegos que han sido tradicionalmente para niños. Desde niña, hubo ese rechazo a los roles impuestos. Ahora entiendo que, a través de los juegos, el patriarcado establece las formas de cómo las niñas y los niños se tienen que divertir.

Desde ahí, mantuve ese nivel de organización con los cipotes de mi edad. No era que los mandaba, sino la que siempre animaba, la que inventaba.

³⁷ Término coloquial centroamericano para referirse al biberón o mamila.

³⁸ Término coloquial salvadoreño que significa caerse, golpearse al perder el equilibrio.

A los diez años, cuando empieza mi desarrollo, los roles de género caen más fuerte. Empiezan los vecinos con el acoso, con el aprovecharse de las necesidades, de las pobreza. Todo toma otros rumbos cuando hay hombres que les quitan a las niñas la infancia o el derecho a la felicidad. Vienen los acosos y los tocamientos cuando van cambiando los cuerpos. Puedo decir que me enfrenté a todo eso en mi niñez.

En 1989, el año de la ofensiva guerrillera³⁹, tenía como doce años. Me involucré en apoyo. Estábamos niñas, pero tuvimos que meternos. Teníamos amigos que estaban incorporados y surge esa necesidad histórica de aportar a la lucha. Me acuerdo de que colaboré con el tema de la propaganda. Todas las de mi edad que estábamos en la zona nos metimos.

De ahí, llego a estudiar el bachillerato en un colegio católico. Mi mamá nunca fue católica, es cristiana. Quedé en ese colegio por mis notas. Fui una cipota muy tremenda, pero me gustó siempre el estudio, era una niña muy aplicada, solo llevaba ochos, nueves y dieces. Aprendí a leer a los cinco años. Mi hermana me enseñó con el silabario, por lo que cuando llegué a primer grado ya podía leer bien.

La profesora que tuve en primer grado se acuerda todavía de mí. Me dijo una vez: "Te admiro desde siempre porque eras la niña que le ganabas a todos en leer y escribir, pero ahora te admiro más todavía por tu lucha."

Salí de bachillerato en 1995. Empecé a estudiar Derecho, pero no era lo mío. Luego me metí a la Universidad Luterana a estudiar Agroecología. Al final, lo sigo diciendo, era lo mío.

El agua no es de ellos

En 1990, una amiga fue fundadora de Las Dignas⁴⁰, una de las primeras organizaciones feministas. Ella me incorporó a las luchas. Yo tenía unos catorce años, estábamos cipotas. Con la desmovilización, se metieron a las luchas por las mujeres.

Luego en 1996 empecé a organizarme con las madres demandantes⁴¹ y alrededor del año 2000 empezamos con los movimientos mixtos, porque nos fuimos involucrando en la defensa de los ríos San Antonio y Chacalapa.

En Apopa y Nejapa nos abastecemos de la cuenca del río Chacalapa, cuya agua

³⁹ La ofensiva guerrillera de 1989: conocida como la ofensiva "Hasta el tope", fue lanzada por el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) el 11 de noviembre de 1989. Fue la operación militar más grande de la guerrilla durante la guerra civil salvadoreña y tuvo como epicentro las zonas urbanas de San Salvador, incluyendo colonias populares como las de Apopa.

⁴⁰ Las Dignas: Asociación de Mujeres por la Dignidad y la Vida, organización feminista salvadoreña fundada en 1990, tras los Acuerdos de Paz.

⁴¹ Madres demandantes: movimiento de mujeres salvadoreñas que, tras la guerra civil, organizaron demandas de pensión alimenticia contra padres que no cumplían con su responsabilidad económica. Fue una de las primeras formas de organización de mujeres alrededor de sus derechos económicos y familiares en la posguerra.

viene del volcán de San Salvador. Todos los megaproyectos que están haciendo en esa zona vienen a dar al río Chacalapa. Estamos hablando de un plan maestro de ordenamiento territorial para el área metropolitana. Hubo una orden a todas las municipalidades de esta zona para que cambiaran sus ordenanzas. Los suelos donde está Chacalapa, las mejores tierras, los cambiaron a suelos ociosos. ¿Qué significa eso para el comercio y la industria? Que ahí no se puede sembrar, sino lotificar, urbanizar e industrializar. Y además de los mejores suelos, tenemos la mejor agua, porque viene de la falda del volcán y se conecta con el área donde está la lava. Tiene buena alcalinidad. El agua filtrada por las piedras volcánicas es lo mejor que puede haber.

Cuando el alcalde de turno autorizó instalar una planta de manejo de desechos justo arriba del nacimiento de agua, nos organizamos. Todos los usuarios del agua formamos un comité ambiental de hombres y mujeres. Ganamos esa lucha, aunque metió presos. Algunas nos liberamos. Un año estuvieron presos porque él dijo que no iba a quedar avergonzado por lo que habíamos hecho.

Luego, en el siguiente periodo, la alcaldesa empezó a beneficiar a la Nejapa Power⁴². Empieza la lucha porque a ella se le ocurre decir que era una empresa responsable que no contaminaba. Una doctora en medicina diciendo eso. Nos la echamos de enemiga. Esa lucha la ganó la empresa. Pero como a los tres o cuatro años, la alcaldesa quería reunirse con nosotras, porque la Nejapa Power había dejado de pagarle a la municipalidad, y quería que le ayudáramos. Y le dijimos que no, que no éramos sus títeres. No le íbamos a hacer el trabajo.

En esas luchas, las mujeres decían: "Mire, yo no puedo ir a la marcha porque mi marido no me deja, porque tengo que cuidar a los bichos." Empezamos a ver entonces que era necesario que nos organizáramos aparte. Empezamos a reunirnos entre mujeres y a hacer ese análisis desde los cuerpos y nuestras realidades: ¿cómo nos impacta, desde los cuerpos de las mujeres, no tener agua, no tener acceso a los bienes comunes? Ahí nace la organización de las mujeres en Apopa por la defensa de nuestros derechos y los derechos de la naturaleza.

La misma lucha, pero no con los mismos cuerpos

En el 2010 nace Kawoq. Antes éramos un colectivo de mujeres de Apopa sin nombre, pero como estábamos esperando que las energías hablaran, nace Kawoq, nahual maya⁴³. Ese nahual es el de la tortuga y dice que es el elemento de las mujeres, de la naturaleza y del territorio.

⁴² Nejapa Power: empresa generadora de energía eléctrica instalada en el municipio de Nejapa, El Salvador. Su operación ha sido cuestionada por organizaciones ambientalistas y comunitarias por sus impactos sobre la calidad del aire y el uso de recursos naturales en la zona.

⁴³ Nahual: en las cosmovisiones mayas, el nahual es el espíritu protector o energía que acompaña a cada persona o colectividad. Kawoq es uno de esos veinte nahuales del calendario maya Chol'ij o Tzolkin.

Kawoq nace con ocho mujeres lideresas. Decíamos: "El agua es un elemento vital para hombres, mujeres, niños, niñas, pero también para las demás especies."

Con los primeros análisis sencillos que hacíamos, les preguntábamos: "¿Para qué usa el agua usted y para qué la usan los hombres?" Y cuando hacíamos ese ejercicio, veíamos que las mujeres usaban el agua para los oficios. ¿Quién necesita más el agua? ¿A quién le impacta más el no tenerla? ¿Quién va a traerla? Las mujeres decían: "Yo." Y decía la mujer: "Mi marido ocupa el agua para bañarse, para tomar, para sus cosas, pero nunca para hacer el trabajo de los cuidados."

Cuando empezamos a hacer los talleres eran sobre estos temas, porque no hablábamos de feminismo. Hablábamos de la vida cotidiana. "¿Quién es el responsable? ¿Por qué hay esas desigualdades?" Eran nuestras preguntas, porque íbamos entrando poco a poco con los feminismos. "¿Y qué pasa cuando no está la comida lista porque no hay agua? ¿Cómo reacciona el fulano?" Las mujeres empezábamos a hablar. A las mujeres no hay que decirles qué hacer, sino: "hablemos, hablen de ustedes." Esa práctica la sigo implementando. Es una estrategia muy bonita, popular, desde la cotidianidad.

Fue creciendo el grupo. Las mujeres invitaban a otras mujeres. No les decían "hay un taller de feminismos", sino "hay un taller en donde nos enseñan a cuidar el agua, a hablar de lo que hacemos, de nuestros cuerpos." Así fue creciendo la organización.

Pero a la vez nos fuimos haciendo enemigos de los mismos compas con los que andábamos en las luchas. Había un compañero del sindicato que tenía como estrategia darle dinero a la gente por ir a defender. Había hombres y mujeres que iban por conciencia, por el agua, pero otros iban porque decían: "Este maje nos paga." Cuando yo fui jalando a las mujeres, él me decía: "¿Qué hablas con las mujeres? ¿Por qué no me invitas a mí?" Y yo le respondía: "No, porque no te quiero ahí, es un espacio seguro que estamos creando para mujeres y por mujeres." Y él: "No, pero es la misma lucha." Y yo le decía: "Es la misma lucha por la defensa del agua, pero no con los mismos cuerpos."

"Además, quien te da voz, quien te pone gente en las calles, soy yo y son las mujeres. ¿Quiénes son la mayoría que va a las marchas? Somos las mujeres. Y las mujeres van porque saben por qué andan defendiendo su agua."

Él se molestaba porque empezamos a sensibilizarlas también de los roles y de las violencias. Yo siempre he tenido pleitos con todos, con la municipalidad, con los mismos compas. Pero siempre desde la claridad de que no éramos títeres de nadie. Yo siempre voy a defender, si atacan a una mujer, sea quien sea esa mujer. Eso no se negocia.

De ahí fuimos sensibilizando a más mujeres con la defensa. Por eso nosotras hasta ahora nos nombramos ecofeministas. Porque siempre fuimos llevando esa relación de los cuerpos territorios, aunque al principio no nos nombrábamos ni feministas ni ecofeministas. Lo éramos. Ahora decimos: ¿cómo están los cuerpos de las mujeres producto de todo el patriarcado extractivista?

Llegamos a ser 50 mujeres en Kawoq. Dieciséis comunidades. Cuatro colonias. Era el momento más alto que habíamos tenido como organización. Y fue exactamente entonces cuando arreció todo.

La lucha del Valle del Ángel y el río San Antonio me llevó al total desgaste emocional, físico y espiritual. Esta lucha nos ha llevado, hasta el día de hoy, a ser criminalizadas, perseguidas, vigiladas, difamadas.

El intraexilio

Tuve que irme por miedo a ser capturada, porque han capturado compañeros, compañeras, también defensores del territorio. Alejandro⁴⁴ estuvo con nosotras en toda la lucha. La mayoría ahora está fuera del país. Ha habido una resistencia en mí de no irme, de no salir, pero ya no vivo en mi territorio. Es un exilio. Es un intraexilio y, de ese, casi no se habla.

Nos ha tocado vivir eso porque no hay garantías, hay persecución. Bajo las leyes que están implementando ya no podemos defender el territorio, hablar de derechos humanos, de género, mucho menos de derechos o de violencia.

En 2024 arreció el contexto. Fueron desertando muchas mujeres. Me decían: "Sara, tenemos miedo. Mis hijos me han prohibido reunirme. Mi marido me ha prohibido. Nos puede meter presas." Yo les iba diciendo: "Tranquilas, compañeras, es normal tener miedo. Y aquí no vamos a tener a la fuerza a las mujeres."

Nos hemos quedado diecisiete mujeres. Las que nos hemos quedado no es que seamos las más valientes, porque también tenemos miedo.

Tengo esperanza en mi palabra

Nunca pensé que íbamos a llegar a esto, pero hay que cambiar estrategias, encontrar otras maneras. Ahora hay que contar cuentos. En la guerra, los cuentos eran una forma de cuidarnos. Hemos estado platicando, por ejemplo, con promotores que queremos hacer un mural en la entrada sobre el cuidado del agua. Quisiéramos hacer uno en contra de la Coca Cola o en contra de la minería. Pero ahora haremos algo más simbólico, desde la belleza. Sin soltar la sensibilización. "Vamos a cambiar las estrategias: ¿cómo sensibilizamos a la población desde el arte?" Nunca habíamos llegado a eso. Ahora sí.

¿Y cuál es la estrategia personal? Ahora ya no corro como antes. Mi cuerpo necesita descanso. No es lo mismo que a mis quince años. Ahora necesita dormir ocho horas, hidratarse. Los cuerpos ya son diferentes, tenemos otras edades, otros achaques. Antes la pasábamos en las calles gritando. Había marcha cada vez que se anunciaba un megaproyecto. Ahora es momento de renovar energías, repensar,

⁴⁴Alejandro: abogado que acompañó las demandas impuestas por Kawoq y la comunidad. Fue detenido arbitrariamente en el marco del régimen de excepción implementado por el gobierno de Nayib Bukele a partir de 2022. Ver capítulo 1, Adriana Ramírez, nota al pie sobre La cooperativa El Bosque y el régimen de excepción.

usar las reservas. Como la tortuga: dicen que es la más lenta, pero creo que es la más perseverante, la de la astucia y la inteligencia. Además yo tengo esperanza en la juventud, en las jóvenes que se van reinventando, que van reinventando las formas.

Aquí va a haber un momento en que esto se va a terminar. Porque no todo es para siempre, y yo tengo esperanza en mi palabra. En el sentido de que lo que declaremos así va a ser.

CAPÍTULO 9

BLANCA GARCÍA

Mujeres y manglares: restaurar la vida y fortalecer las economías comunitarias

"El manglar es un ser vivo".



Blanca García tiene 35 años. Nació en Metalío⁴⁵, en la costa de Ahuachapán. Es hija de Teresita e Israel, madre de un hijo y creció en una familia de pescadores, donde desde niña aprendió a conocer el mar, los esteros y los manglares. Lideresa comunitaria, hoy organiza a mujeres pescadoras para restaurar los manglares y fortalecer alternativas económicas que permitan proteger el territorio. Su historia muestra que cuidar un ecosistema también significa cuidar los medios de vida, la memoria y el futuro de las comunidades que dependen de él.

⁴⁵ Comunidad pesquera artesanal cuya economía depende del mar, los esteros y los manglares, ubicado en la costa occidental de El Salvador, sobre el océano Pacífico.

El arraigo

A veces decimos que nos vamos a ir a otro lugar, pero uno quiere estar donde ha nacido: en el caserío La Playa, cantón Metalío. Mi infancia no ha sido tan especial, porque desde pequeñas nos enseñaron el trabajo. Nos han hecho trabajar y jugar, pero, más que todo, mi infancia ha sido casi solo trabajar.

Lo de la casa, el aseo, barrer, la ropa, lavar trastes, cocinar. Desde que me acuerdo, desde la edad de diez años, mi trabajo ya era el trabajo del hogar. No había tiempo posible para mí porque éramos cuatro hermanos y tres hermanas, y ya no hubo mucho tiempo para jugar ni estudiar. A los doce años ya trabajaba y estudiaba. Al final, ya no quise seguir estudiando porque necesitaba trabajar en la pesca.

Mi papá nos enseñó a trabajar, a tirar atarrayas⁴⁶, a andar atrapando jaibas, porque nosotras nos íbamos con él. Él se dedicaba a cuidarnos para que fuéramos a atrapar el pescado y mi mamá lo iba a vender.

Camarón, pacho y chacalín⁴⁷. Para mí toda clase de pescado es bueno, pero hay uno más especial, se llama Lola, es grande y es de mar. En el estero hay dos tipos de especies: las de agua dulce y las de agua salada. En el mar hay otras más: quinoa, jurel, bagre, robalo, queen, camarón. Varias especies, hay Alma Seca, Caballito. Cuando entro al mar, me levanto a las cuatro de la mañana a preparar el desayuno para ir a pescar. Nos vamos desde las cinco de la mañana hasta las siete de la noche. Y cuando vamos en la tarde, salimos a las cuatro y regresamos al siguiente día a las ocho de la mañana.

El manglar es un ser vivo

Ha habido un cambio grande en el manglar. Antes era una lindura, hoy ya no. Hay una parte donde se han tapado los canales, otra parte donde ha habido mucha deforestación. Eso hace que el manglar ya no fluya, ni tenga oxígeno en su vida, porque el manglar es un ser vivo que necesita de agua salada y dulce para vivir.

Hay especies que ya no las tenemos, porque, como no hay oxígeno, la salinidad es poca, las raíces de los manglares se atorán. Eso lo que hace es que tapa el canal, y ese canal no fluye. Ya no da la misma amplitud que tenía antes.

Ha habido un cambio drástico en la familia. Nos afecta mucho porque no hay ingreso, y el precio de la canasta básica es distinto, más caro.

No entran especies al manglar y la mayoría de la comunidad vive de la pesca. Toda la zona costera vive de la pesca. Es un cambio en nuestra vida porque se destruyó el manglar. El manglar está vivo, cuando yo lo conocí era una recién nacida.

⁴⁶ Atarraya: red de pesca circular. Es una técnica de pesca artesanal muy común en las comunidades costeras de El Salvador.

⁴⁷ El pacho es un pez de agua dulce común en los esteros y manglares de El Salvador. El chacalín es un crustáceo pequeño similar al camarón, muy apreciado en la gastronomía costera salvadoreña.

Y mis padres contaban que todo el tiempo había sido más bonito. Nosotros íbamos y cuando terminábamos de pescar, nos tirábamos a bañarnos en las pozas. El manglar era algo que la mayoría de personas disfrutaba ver, a veces no iban a pescar, sino que solo a pasear.

Luego le iban quitando una parte de sus ramas, se fue deprimiendo. Es como cuando a usted le quitan las ganas de trabajar, porque tiene un empleo y gana bien y al final le dicen "no." Se achicopala, así ha sido el manglar y mientras más las personas han ido quitándole sus ramas, ha ido apagándose y se ha ido tapando, ya no se han hecho suficientes limpiezas. Necesita una limpieza y una reforestación. Nosotras lo hacemos, pero también se necesita darle un espacio, abrirle sus canales para que vuelva a florecer.

La gente que ha deforestado son de otro lado, gente que venía a traer madera. Sin saber que el manglar estaba vivo, que le estaban haciendo daño.

Por el lado de la zona costera la gente se ha pasado hasta 20 metros dentro del mar. O sea, más allá del límite del terreno que le pertenece. Digamos que, del 2022 para acá, ha habido una mayor venta inmobiliaria.

Igual en Metalío, la mayoría de gente que tiene dinero, los ganaderos, sacaron un permiso para hacer sacaderas de agua para animales.

Han agarrado parte de los manglares para hacer sacaderas. También es una afectación, el manglar no solo es afectado por las especies, sino por falta de agua de los ríos, por tanta sequía. En este tiempo, si usted va a ver un río, no le corre mucha agua. Un chorrito, entonces no alcanza a llegar suficiente agua hacia el manglar. Esto provoca falta de salinidad adecuada. Porque solo le entra agua salada y el agua dulce ya no fluye. Eso también mata la especie del manglar. El exceso de salinidad. El manglar ya no puede vivir en excesiva salinidad. Necesita de ambas: agua dulce y agua salada.

A veces nosotros mismos destruimos la naturaleza y así poco a poco ha ido disminuyendo el trabajo, no se vive igual, antes decíamos: "Vamos a ir a buscar peces, una se iba a pescar alegre porque traía para comprar sus cosas". En la casa, se necesita tomate, cebolla, todo eso. No solo es necesario el pescado.

Eso es lo que afecta a los manglares, porque los desechos van a dar ahí y él se enreda.

También, se utilizan muchos agrotóxicos. Vienen de arriba a abajo. La mayoría de los que usan los agrotóxicos afectan a las comunidades de abajo. Porque en Metalío hay unas personas que han hecho cañeras y, cuando tiran el agrotóxico, matan a los animales, a las especies. Ellos tiran los agrotóxicos con avionetas y luego dicen "hay marea roja", pero no hay marea roja, son los agrotóxicos que expulsan en el aire.

Antes no se sabía de esa enfermedad de la insuficiencia renal y hoy es una enfermedad común que está atacando hasta a niñas y niños pequeños. Dicen que es por la falta de conocimiento de las personas, por la clase de alimentación, pero no, son los agrotóxicos.

Nosotros hablamos del COVID, pero la insuficiencia renal es una epidemia. Es la

más grande que se puede ver. Es como el cáncer. Antes no había cáncer. Hoy la mayoría de personas jóvenes sufren de cáncer, por lo mismo que nosotros no sabemos lo que vamos a consumir.

Dicen que antes las tierras eran riquísimas, pero hoy hasta para comerse un pipián usan agroquímicos. No me parece.

Las mujeres salimos a trabajar

Los problemas que afronta mi comunidad son el acoso, el bullying y el riesgo de salir a trabajar a otros lugares.

La mayoría de mujeres trabaja en restaurantes donde una tiene hora de entrada pero no de salida. A veces son las diez de la noche y una todavía está trabajando, porque hay que terminar de atender para cerrar el negocio. Cuando vienen a esa hora, peligran de un abuso.

El transporte no es muy bueno. En Cara Sucia, hay personas que no logran agarrar el último bus y se quedan varadas.

La escuela de la colonia sí existe, pero la del cantón solo tiene hasta sexto grado. Ese también es un problema para los estudios.

Las mujeres nos unimos

Hay maneras en que a veces la misma familia se reúne y platican. Se dicen lo que están viviendo. En cambio, nosotras tenemos un colectivo de 20 mujeres.

El colectivo empezó hace un año, yo ya me había empapado de las capacitaciones y de los proyectos que, gracias a la UNES (Unidad Ecológica Salvadoreña), nos han aportado, nos han fortalecido en conocimiento, en capacidad, en defendernos y en nuestra vocación.

Porque nosotras, a veces, no sabemos cómo expresarnos y no queremos expulsar lo que nosotras sentimos y vivimos, porque, como mujeres, hemos sido humilladas, maltratadas, nos han tenido sumergidas hacia la pareja. A veces, una dice, "¿para qué voy a andar en eso?" Si no gano nada, pero sí, al final, uno aprende y valora lo que otras personas hacen por defender a las mujeres.

Yo me siento bien, porque todas me apoyan, todas me dicen, al verme motivada, y al ver cómo les expreso lo que he vivido y he sentido, a veces no es solo vivir por vivir, sino que sentir el amor, el aprecio hacia las personas.

Yo las motivo, les explico y les digo las cosas, nosotras lo que hacemos es que nos reunimos cada 15 días para planear lo que vamos a hacer.

Si yo digo, se va a hacer una campaña de limpieza tal día, ellas dicen "está bien." O si no pueden ese día, proponen. Yo les digo que está bien que propongan el día que ellas tengan su tiempo, porque también cuando los niños empiezan a estudiar, nosotras tenemos que organizarnos en el tiempo que nos queda libre.

Así hacemos, cada vez que nos reunimos como colectivo de mujeres. A veces hacemos los viveros de mangles. Nos reunimos diez mujeres y nos rotamos.

Las diez personas que vienen primero le sacan el lodo y proceden a limpiarlo, y las otras diez que llegan al siguiente día empiezan a embolsar. Así nos reunimos, a ellas les gusta, porque han tenido capacitaciones.

Ellas me dicen: "Cuando necesites algo o alguien que quiera ir, yo estoy dispuesta." Ellas nunca dicen no. Es bien bonito porque ahí en el vivero de manglar nos despejamos, nos contamos las cosas en un espacio seguro, donde solo habemos mujeres que podemos expresar lo que sentimos.

Dicen algunas: "Cuando vengo aquí, me siento bien, me desahogo. No me dicen nada malo porque vamos al vivero". Eso me hace sentir orgullosa, les digo que también tienen que poner de su parte, porque todas tenemos derecho a nuestro tiempo, porque el trabajo del hogar nunca termina, y si nunca termina, nunca vamos a salir a la puerta. A veces son las nueve de la noche y todavía una no ha salido y una ni duerme.

Para organizarse, lo primero es capacitarse, luego, organizarse como equipo. Y seguir luchando por el medioambiente, porque nosotros decimos qué calor, qué está pasando, pero nosotros mismos estamos matando al planeta Tierra.

Metalío vivo

Nosotras lo que hacemos es clasificar los desechos: el plástico, las botellas, los vidrios. Lo recogemos, lo reunimos y hay personas que pasan comprándonos el vidrio y el plástico. Para no volverlo a dejar en el mismo lugar, lo llevamos para otro lugar específico, y para la basura orgánica, hacemos un hoyo y la enterramos. Nosotras hemos aprendido a hacer abono.

También, usamos bolsas de tela, les hemos repartido la bolsa a la mayoría de mujeres de la comunidad. Ya no utilizamos mucha bolsa de plástico. Nosotras evitamos el plástico, pero las grandes empresas no evitan hacerlo.

Quiero pedirles de favor que se pongan la mano en la conciencia y que piensen en las zonas bajas, todo lo que llega a la playa es por la zona alta y media. No tenemos que consumir plástico, porque va a terminar donde los que vivimos a nivel del mar.

Yo quisiera que Metalío fuera como antes, verdecido, que estuviera vivo. Porque, para tener un lugar, tiene que estar vivo, engrandecido, reforestado, limpio. Es lo principal que uno necesita.

Uno con un día que no se baña se siente sucio. Imagínese las playas cómo están. No hay respeto para las comunidades, para los cantones, se necesita tener viva a la comunidad, a los manglares.

CAPÍTULO 10

CLAUDIA RODRÍGUEZ

El lago tiene memoria: una mirada biocultural

"El ecofeminismo me invita a reconectarme con mis raíces, conmigo misma, a comprender las conexiones entre mi Territorio Tierra y mi Territorio Cuerpo. Somos una conexión, un solo tejido."



Claudia Rodríguez tiene 48 años. Nació en San Salvador. Es hija de Rodolfo y María Andrea, madre de tres hijos y la tercera de cuatro hermanos. Aunque creció en la ciudad, fue junto a su familia materna, en la zona rural de Chalchuapa, donde descubrió la conexión con la naturaleza, el agua y la tierra que marcaría su vida. Educadora para la Salud, integrante de la Asociación de Mujeres Ambientalistas de El Salvador (AMAES) y del Movimiento Ecofeminista, ha acompañado la defensa del lago de Coatepeque desde la educación popular, la salud comunitaria y la economía feminista. Su historia muestra que reconectar el Territorio Tierra y el Territorio Cuerpo también es una forma de defender la vida.

La conexión

Mi mamá es originaria de Chalchuapa, Santa Ana. Crecí junto a mi familia materna, ellas viven en una zona totalmente rural. Mi conexión con la naturaleza viene desde ahí.

Me gustaba ver esos espacios libres, abiertos, donde estaban mis tías. Encendían el fogón, cocinaban en el fuego a leña. Por su parte, la familia de mi tío político vivía en una granja, entonces él ordeñaba las vacas. Para él era su trabajo. Yo lo acompañaba a las tres de la madrugada y él me ordeñaba la primera leche de la vaca. Me tomaba esa leche recién salida. Hay quienes dicen que eso hace daño por los parásitos. A mí nunca me hizo daño, gracias a la vida. Esa vivencia de toda mi infancia junto a mis tías maternas es la conexión. Ahí fue donde aprendí a vivir y conectarme con el medio ambiente, con el agua, porque había un río que circulaba de manera libre, cristalina y fresca cerca de la granja que cuidaban mis tíos. También me conecté con la tierra, porque caminábamos entre árboles frutales. Había limones, naranjas, paternas.

Con mis primos y mis primas que andábamos en esas andanzas, hacíamos competencias de comernos los limones, pero sin hacer muecas, sin aturrar la cara. Los pelábamos y nos los comíamos sin sal ni nada.

Son cosas que no olvido, que son parte de esa conexión con una misma, con las raíces que no tenemos que olvidar y de las que una no tiene que cortarse. Al contrario, esas raíces tienen que florecer, para seguirnos dando cosechas para otras generaciones y para nosotras mismas.

Fue ahí donde empecé a entender que ese era mi lugar.

Mi nahual es Tijax

Tijax es uno de los nahuales del calendario sagrado maya. Muchas de las personas le tienen un poco de temor al Tijax, no sé por qué, porque su figura es el cuchillo.

Cortamos de raíz, pero también somos una fuente energética de cuidado y salud. Las características que tiene el Tijax también son bonitas, gratas. Es una energía bastante buena. Somos también muy intuitivas. Está más dada al trabajo de cuidados, a todo aquello que conecta con cómo cuidar, no solamente la salud física, sino la salud espiritual.

Todavía estoy conociendo mi nahual porque es una energía bastante fuerte. He aprendido a convivir con ella porque cuando una no logra equilibrar esa energía, se va más hacia un lado y no siempre es muy bueno. Es necesario equilibrar y canalizar esa dualidad de energía que se tiene. La combinación de nuestros nahuales hace maravillas.

Estoy en mi charco

Estudié en la Universidad de El Salvador, en la Facultad de Medicina, en la Escuela de Tecnología Médica, la licenciatura en Educación para la Salud. Yo quería entrar a estudiar enfermería, pero cuando entré ya estaba lleno el cupo.

En ese momento quizás no comprendía el porqué de las cosas. Ahora voy comprendiendo cómo la vida nos va llevando en ese caminar por los territorios. Me quedé en la carrera y la fui ejerciendo de diferentes maneras.

Una de las cosas que me movió en ese momento es que muchas de mis tías, o la mayoría, incluida mi madre, no tuvieron la oportunidad de ir a la escuela. Si no se tuvo la oportunidad, está esta otra opción: poder dar a las mujeres una educación popular que les lleve información y conocimientos de una manera distinta, donde ellas puedan comprender con facilidad, donde puedan aprender a leer y escribir, donde puedan comprender que también sus saberes y sus conocimientos son importantes. Que no solamente ir a una escuela formal o a una universidad lo es todo, sino que también lo que ellas saben y conocen es lo que nos conecta.

La educación popular y la necesidad de que otras mujeres pudieran conocer y aprender es lo que me conecta con el trabajo comunitario. Es donde siento que estoy en mi charco. Donde me siento a gusto y cómoda.

Hoy, con la partida de mi mamá, reincorporarme con las mujeres me renueva, me llena y me enseña muchas cosas. Aprendo también a la par de ellas. No es que yo voy a enseñarles: nos reímos de las cosas que nos pasan, reconectamos con la espiritualidad robada, de la cual nunca hablamos, pero que internamente llevamos con nosotras.

Hablar de la naturaleza que nos conecta, porque nosotras somos parte de la naturaleza, pertenecemos a la naturaleza. Nuestro ciclo nos permite volver, no de una forma tan amable como una quisiera, pero volvemos a ese espacio y es donde iniciamos otro momento, otro ciclo de reconexión con nosotras mismas y con la vida desde otra manera.

Mi trabajo empieza desde el 2001 como defensora de derechos humanos. Empecé haciendo trabajo popular con jóvenes escolarizados sobre sus derechos sexuales y reproductivos y habilidades para la vida. Fue un primer proyecto con una organización de mujeres donde empecé a conocer sobre género.

Conozco a otra persona en ese espacio, quien fue bastante significativa en el tejido de mi vida, y dijimos: "¿Qué más podemos hacer por las mujeres?" Pensamos en fundar una organización de mujeres. Estuve como quince años en ese espacio. En medio de esa construcción, la vida me pone en el espacio en el que estoy actualmente.

En ese lapso aprendí mucho con otro espacio, las Mesoamericanas en Resistencia por una Vida Digna, donde me enseñan sobre la espiritualidad, el autocuidado, el cuidado colectivo y toda esta razón de ser que a una se le olvida. Porque si una no está bien, es muy difícil que pueda acuerpar a otras mujeres, a

otras personas. Y cuando digo autocuidado, no me refiero solo a la parte física, sino a la parte emocional y psicológica: todo el ser de manera integral.

El lago es un ser vivo

Llegué a las Mujeres Ambientalistas en 2022, también a través del movimiento ecofeminista del cual soy parte. En el 2023, empiezo a apoyar a AMAES de planta y comenzamos a trabajar la parte ambiental. Comencé a conocer sobre el tema de la minería, los proyectos extractivos.

Me asignan la zona del lago de Coatepeque⁴⁸. Una zona maravillosa, linda, con mucha riqueza en su naturaleza cultural y biocultural. Pero en medio de toda esa riqueza, es un espacio que es explotado por el turismo, por los proyectos extractivos y las construcciones.

El lago de Coatepeque es un lugar maravilloso. Ese espacio de agua renueva la vida, el ser y la divinidad. Es un espacio de tranquilidad y armonía. Una armonía que no podría describirla: es energética. Porque cuando una tiene o logra esa conexión con el agua, el agua es un elemento que te reconecta, te da vuelta, te va transformando la vida y te resetea. Te cambia, te transforma de una manera especial.

Trabajamos con mujeres diversas: mujeres que no saben leer y escribir, así como otras que fueron a primer grado y lograron leer a pausas. Hay mujeres jóvenes, adultas mayores, adultas jóvenes, hay niños y niñas también. Porque donde hay mujeres hay niños y niñas. Con ellos también hacemos un trabajo a través de dibujos.

Con las mujeres hicimos un recorrido biocultural por el lago. Hicimos diversas estaciones donde nuestro punto focal fue rescatar la bioculturalidad. Decirles a la gente: por estas razones también es importante cuidar el lago de Coatepeque. Y conocí una leyenda que se llama El Tabudo. Esa es una leyenda que nos contaron las mujeres, y una de ellas, la niña Petronila, la vivió en su infancia junto a su mamá.

Dicen que era un hombre que tenía muchas bondades, pero hubo algo en su vida que lo llevó a descontrolarse. Entonces, se sumergió en el lago y jamás volvió a salir. Esa transición lo convierte en el Tabudo. Para unos es un ser bueno; para otros, un ser de oscuridad al que hay que temerle.

Según la narrativa de las mujeres, el Tabudo es un ser que ayuda a los pescadores y a las pescadoras. Cuando él sale, ayuda a la gente para que tenga

⁴⁸ Lago de Coatepeque: lago de origen volcánico ubicado en el departamento de Santa Ana, en el occidente de El Salvador. Es uno de los lagos más grandes del país y un importante ecosistema de agua dulce. Enfrenta amenazas graves por contaminación, turismo no regulado y construcciones ilegales en sus riberas.

abundancia en la pesca, principalmente de cangrejos. Me quedaría con esa versión de la espiritualidad positiva: que el Tabudo ayuda a las mujeres y hombres pescadores y pescadoras del lago.

El lago en los últimos años se ha tornado turquesa, dicen que el color turquesa es un color natural, que el lago lo procesa como una manera para limpiarse. Los lugareños y lugareñas no le temen a ese color turquesa del lago. Sin embargo, estudios e investigaciones indican que no es así, que el lago sí está contaminado, por mercurio y otros metales que están presentes. El lago de Coatepeque debería abastecer a más de 20,000 habitantes que están en el espacio físico, sin embargo, a las mujeres, les toca rebuscarse para obtener agua para ponerla en su casa. Les toca comprarla, porque no hay agua en sus casas.

Cuidar el lago es cuidar la vida de la biodiversidad, nuestra propia vida, nuestras raíces, quiénes somos, nuestros orígenes. El lago de Coatepeque tiene historia de origen volcánico. Él surge de erupciones volcánicas. Tiene una historia que muchas personas no conocen y que aprendí con las mujeres. Por eso les digo que se trata de dar y recibir: una también aprende con las mujeres el cuidado del agua. No sacar los pececitos pequeños porque ellos están en un momento de reproducción. Hacer todas esas actividades de cuidados que, aunque se escuchen pequeñas, ayudan a todo ese ciclo, para cuidar al lago de Coatepeque, que es muy antiguo, y permitirle larga vida.

El ombligo que jamás se rompe

Para mí, el ecofeminismo es un proceso de aprendizaje que nos invita a conocer sobre la conexión entre el Cuerpo Tierra y el Cuerpo Territorio.

Necesitamos comprender cómo nosotras estamos vinculadas a la tierra, nuestro territorio donde vivimos, que nos alimenta y nos abastece de oxígeno. Este cuerpo que es el primer territorio necesitamos descolonizarlo, amarlo. Porque hasta de eso nos privaron: de amar nuestro cuerpo. Se nos incita a odiarlo.

El ecofeminismo nos enseña a conocer el cuerpo, amarlo, descolonizarlo, descolonizar mi vida, sabiendo que esto no va a ser de la noche a la mañana. Es un enorme proceso de desaprendizaje.

Hay un ombligo materno que jamás se rompe, así pase la vida, los ciclos y las etapas. Y así mismo, el ombligo con el ambiente jamás se rompe.

Hay una vertiente del ecofeminismo que dice que nos vinculamos por los sometimientos similares de las mujeres, la naturaleza y el medio ambiente: compartimos las diversas violencias que enfrentamos. Y hay otra teoría que nos habla de esa conexión que tenemos que hacer nuevamente con nosotras mismas y la naturaleza. Creo que ambas son válidas. Si pueden haber otras más, todas son válidas. Cada una debe caminar con la información con la que se sienta cómoda. Lo importante es que logre hacer clic con la palabra ecofeminismo o con una parte de ella. Que te resuene, te haga reconectar y te haga reinventar la vida.

Tejido de esperanza

Con las mujeres y el movimiento hemos ido tejiendo desde la esperanza.

Tenemos grupos de autoahorro, se construyen reservorios de agua, que ayudan a prepararse para emergencias. La idea es que las mujeres recolecten el agua en invierno para el verano, y les ayude a paliar un poco la situación, porque con las crisis que se viven, hay partes de la zona alta del cráter donde no llega el agua, ni las pipas. Además de recolectar agua, los reservorios tienen peces, es nutriente para los huertos y espacio para la relajación y terapia. Así de rica puede ser una sola solución cuando la piensan las mujeres en comunidad.

A pesar del panorama y los contextos complejos, la esperanza debe estar presente en este activismo. Una de las maneras de mantenerla y sostenerla es el tejido colectivo. Es esa red que lleva a conectarse con otros territorios nacionales e internacionales, el trabajo transfronterizo de otras mujeres de otros países que también inyectan esa energía positiva.

Debemos agarrarnos de esa esperanza para poder avanzar, seguir reinventándonos la vida y seguir construyendo este planeta, que es donde están nuestras raíces, nuestros ancestros, nuestras ancestras, la vida de la biodiversidad. Conectarnos con todos los elementos: tierra, aire, fuego, agua. Que deben estar presentes en nuestra esperanza para seguir caminando, para seguir tejiendo esta red de apoyo en colectividad.

D. RE-EXISTENCIAS

El último bloque lleva el nombre del concepto que recorre todo el libro. Tres mujeres que no sólo resisten sino que reconstruyen, cultivan y multiplican formas de vida allí donde el extractivismo y el patriarcado intentan destruirlas. Vicky Chávez —María Victoria, mujer nahua pipil de Quezaltepeque— defiende El Cerrito, un cerro sagrado amenazado por cinco empresas extractivas, y organiza desde la espiritualidad originaria un movimiento intergeneracional de resistencia. Vidalina Morales creció junto a los ríos y volvió a ellos después de años de trabajo comunitario y de fe para liderar desde ADES la lucha antiminera en la comunidad que primero resistió la guerra y resiste ahora al extractivismo. Carolina Amaya cierra el libro con el único texto escrito directamente por su autora: un ensayo que mira la historia del movimiento ecofeminista salvadoreño desde adentro, con la voz de quien lo vivió y lo nombró.



CAPÍTULO 11

VICKY CHÁVEZ

Saberes ancestrales y ecofeminismo territorial

“La gente pone en el centro al mercado y nosotras ponemos al centro la vida, la esencia de la vida”.



Victoria "Vicky" Chávez tiene 66 años. Es una mujer indígena nahua pipil, nacida en Quezaltepeque, en el valle del Señor, hija de Concepción y Antonio, madre de cinco hijas y de seis más no biológicas que ha acompañado a lo largo de su vida. Desde niña, encontró en el río, la tierra y los lugares sagrados la conexión con sus raíces ancestrales, una memoria que la llevó de regreso a su territorio después de haber vivido lejos de él. Feminista, defensora de la Madre Tierra, fundadora de Nayarit Mujeres y Juventudes, y del Movimiento Ecofeminista, acompaña la defensa de El Cerrito frente a la minería desde los saberes ancestrales y la organización comunitaria. Su historia muestra que recuperar la memoria de los pueblos también es una forma de defender la vida.

Crecer en Quezaltepeque

En principio, el contacto es estar en la naturaleza. Sentirme yo misma parte de ella, porque todos y todas somos naturaleza. Solo que nos han enseñado que la naturaleza está aparte y yo estoy aparte — pero para nosotras como pueblos indígenas y afrodescendientes somos parte de ella.

Mis juegos eran en el río, con el lodo; hacía figuras y las escondía, pero cuando volvía, nunca las encontraba. Es un misterio para mí. También encontraba vestigios de nuestros antepasados cuando se araba la tierra. Todo eso me fue acercando a mis raíces ancestrales. Aunque hubo momentos en que quisieron separarme de mi lugar de origen — mi comunidad afectiva pensaba que saliendo del territorio había más oportunidades — desde niña tuve un fuerte lazo con esas raíces que siempre me hicieron volver. Me siento completa cuando estoy en el río, en la tierra, en los lugares sagrados. Ese es el llamado.

El llamado que me hace la tierra, o el árbol cuando lo abrazo, o los pájaros cuando cantan y hablan y nos cuentan historias. Todo está en el campo, porque hay muchos susurros y muchas conversaciones cuando vas caminando por los senderos. Habla el aire, hablan los pájaros, hablan los animales terrestres. Habla el ladrido del perro. La alegría y la algarabía en la comunidad. Todo eso es la vida.

Quezaltepeque era una cosa maravillosa. Yo crecí en las faldas del volcán y nos levantábamos a las cuatro de la mañana a recoger parte de la fruta; la poníamos en los canastos y nos veníamos caminando a pie — porque no había buses — a comercializar y hacer trueque, para poder llevar a la casa lo que no se cosechaba, como el queso. Había manzanas pedorras, nísperos, zapotes, nances, paternas, sincuyas, unas barbaridades de frutas inmensas y lindas, árboles con uvas, guineos, plátanos, guayabas — una inmensidad de riqueza.

En el camino hacia el pueblo había muchos riegos de agua natural; el agua salía de todos lados a lo largo de toda la calle. A veces nos parábamos a tomar porque era totalmente cristalina. Jugábamos en el camino, íbamos cantando, oyendo los pájaros, viendo cómo iba saliendo poco a poco el día, el sol.

La tía con la que vivía y me crió era muy católica. Un día antes, en la noche, yo planchaba la mudada del domingo: mi falda plisada de un montón de paletones. Esa falda tenía que ir bien planchadita. Ya con mi atuendo, íbamos a misa. Después de la misa, a comer pupusas. Y luego comprábamos lo que se necesitara y para la casa nuevamente — eso era como una fiesta, algo esperado cada ocho días.

Los juegos se hacían con pacunes y con otras semillas que calentábamos y se las poníamos a las compañeras o amigas.

Esos eran los juegos: las chibolas⁴⁹, peregrina, arranca cebolla, ladrón librado, esconde el anillo. Comíamos jícamas, camotes asados, yuca asada. Había unos huevos tan bonitos y tan sanos, todo eso se daba en la casa. Nos bañábamos con agua calentada al sol de las diez de la mañana, lavábamos la ropa con bejucos especiales.

Así era nuestra vida. Quezaltepeque no estaba tan "desarrollada" como ahora, pero disfrutamos mucho. Al contrario — estaba más desarrollada.

La espiritualidad originaria

Una no termina de entender muchas cosas. Desde mi niñez tuve una percepción diferente a la de otras personas, lo cual me provocaba conflicto. Tenía mucha sensibilidad para saber cuándo iba a temblar, cuándo iba a venir algo que no era natural. Y en mis manos había sanación: si a alguien le dolía algo, con solo sobarla, la gente se sentía bien. También con una de mis hermanas había una especie de telepatía. Tuve que ir trabajando con mis emociones, pero todavía sin tener mayor conciencia de lo que me pasaba.

Terminé ya grande hablando con un sacerdote, porque cada vez era más fuerte la sensación de pensar que iba a suceder algo y sucedía. El sacerdote, menos mal, me calmó y no me dijo que estaba endemoniada. Tuve la oportunidad de ir a Guatemala a hablar con personas que pudieran ayudarme. Terminé un poco regañada: me dijeron que no era cosa mala, que yo ya venía con una situación que tenía que aceptar, y que entre más me negara a ella, más complicado se volvía todo. Entendí entonces que todas traemos algo para poder dar, y que aunque este sistema diga que estamos locas y somos brujas, la espiritualidad está fuera de esa lógica perversa. Todos los seres humanos tenemos un poder — un poder para ejercer el bien, porque todos los poderes también pueden ser mal encauzados.

Así fue creciendo en mí una espiritualidad, no una religión. Porque hay que tener claridad de lo que es la religión y lo que es la espiritualidad.

Todo lo que estamos viviendo es porque hemos bajado la espiritualidad. No hablo de rezar — hablo de orar, de que el corazón hable y la conciencia consciente hable de todo lo que estamos viviendo y por qué razones hemos llegado hasta acá. Por eso debemos tratar de sanar nosotras primero, sin esperar a sanar totalmente. En el camino vamos sanando — y como decía una compañera, sanando una, sanamos todas. Entre más conscientes estemos de nuestras propias heridas y aprendamos a no responder desde ellas sino desde el amor, es como esto va a ir cambiando. Sin competencias. Sin ver quién habla mejor, quién habla más bonito. Eso no funciona, no funcionó.

⁴⁹ Chibolas: canicas.

Somos como el micelio entre los árboles — así mismo, nosotras podríamos tener ese micelio entre nosotras mismas. Cada vez que ponemos los pies descalzos en la tierra, salen ramificaciones que se conectan con otros seres humanos, y aunque esos otros no estén pensando como nosotras, con esa pasión y ese coraje de actuar desde la conciencia y no desde el dolor, los vamos fortaleciendo. Caminar descalza por la arena, el césped, la propia tierra es sanar. Y caminar consciente de no responder con las heridas del pasado ni del presente — porque si contestás desde esa herida, estás contestando desde el dolor y no desde el amor.

El Cerrito

En las faldas del volcán de Quezaltepeque hay un lugar que se llama El Cerrito. Le da nombre a una comunidad, a un centro educativo, a una tienda. Antes los maestros llevaban ahí a sus alumnos; la gente que regresaba de las fincas se detenía porque era un lugar altamente fresco, con una abundancia de plantas medicinales — una farmacia viva — y árboles frutales que habían nacido naturalmente. Había pozas de agua en su cúspide. Incluso subían dos y bajaban tres o cuatro, porque ahí llegaban los novios y hacían algo más. Iban parejas enamoradas, turistas.

Hay que decir tristemente que ese Cerrito no vive — agoniza, y eso me parte el alma, eso me duele hasta los últimos huesos. Tiene más de 53 años de estar siendo explotado. Ahora están cinco empresas extractivas que continúan torturando y haciendo ecocidio en nuestro sagrado Cerrito. Han puesto un gallinero cerca de la escuela y apesta. Tú no podés llegar allí sin ayuno, porque capaz vomitás. Ha cambiado tanto que todo lo que importa ahora es el dinero, no la vida. La gente pone en el centro al mercado y nosotras ponemos al centro la vida, la esencia de la vida.

El pueblo tiene bancos, un montón de cosas para el consumo, pero eso no es desarrollo — eso es consumismo. La yuca que antes se servía en la hoja de huerta, ahora te la sirven en un plástico. Los elotes locos te los servían en un palito; ahora te los echan en una bolsa. El atol de elote antes te lo daban en un morro; ahora en un vaso desechable. Todo ha cambiado — y no es que yo quiera estar en las cavernas, pero todo tiene que tener un equilibrio, y ese equilibrio es el que se ha perdido. Ya ni siquiera nos alimentamos: ahora solo comemos para llenar el vacío del estómago. Porque ya no hay alimentos, sino solo comida. La comida puede ser lo que me llena, pero no me estoy nutriendo. Eso es alimento y esto es comida — no es lo mismo.

Al Cerrito, ¿quién se lo está terminando de comer? Son esos pasos a desnivel, la construcción de carreteras. Nosotras presentamos una acción legal para detenerlo. La ganamos temporalmente, porque después de todo, el juzgado terminó dándole el aval a la empresa. Se cree que por 15 años más. O sea, se lo terminaron.

El Cerrito, no es solo el material pétreo, la grava. Es que ese cerro era sagrado, porque a través de esa grava se filtraba el agua para abastecer a más de cinco mil personas.

Nos sentimos satisfechas de haber frenado la extracción aunque sea temporalmente, pero eso nos costó persecución, migración forzada. Casi que perdemos la vida y la libertad.

La vida y el futuro

No puede haber ecofeminismo si estamos alejadas de la naturaleza. Los cuerpos lo saben y lo muestran: ovarios poliquísticos, endometriosis, hipotiroidismo, un montón de cosas hormonales. Yo las padezco también. Nos están matando — sobre todo los cuerpos de las mujeres son los que se ven más afectados. Señalemos a los verdaderos responsables: las grandes empresas, los grandes monopolios. Las mujeres en las comunidades se señalan entre ellas mismas, pero señalemos a quienes han dado vuelta a todas las cosas para que vivamos como ahora vivimos. Porque una buena educación consiste en dar herramientas para la vida, no para la muerte.

Todo tiene vida. Nos han enseñado que vida solo tienen los animales y las personas, pero también las piedras tienen vida y energía, también los insectos, los árboles, la luz. Somos solares hasta lo más microscópico. Hay que preguntarse qué es vida y qué es prioridad — dos preguntas sencillísimas que te van a dar para pensar no días, sino meses.

El Cerrito es una cosita tan chiquita, tan microscópica cuando hablamos del mundo, del universo — pero ese puntito microscópico se va juntando con otro y otro y otro hasta que terminen con el planeta. La gente en otros países se siente alejada de estos problemas, pero no van a sentir cuándo en esos territorios están saqueando también la vida y matándolos a pausas. Ya dejemos de pensar que lo que pasa en mi territorio solo pasa en el mío. Lo que pase en Alemania, en Palestina, en Guatemala — todo eso también es nuestro problema. Todo ese dolor.

Ya dejemos de ver las cosas de forma individual; el individualismo nos ha cegado, nos ha comido. Y nada puede avanzar si seguimos así. Los extractivistas sí van avanzando a pasos gigantes. Mientras nosotras conversamos, ellos están confabulando y haciendo desastres, y la gente creyendo cómodamente en una falsa paz, en palabras vacías e imágenes. Debemos despertar.

Las infancias y juventudes

Yo le paso el sospechómetro a mis pensamientos también. Porque todo lo que he dicho no es para que se lo crea nadie, ni para querer convencer a nadie — jamás. Como me están pidiendo mi opinión, estoy dando todo lo que pienso.

Me cuestiono muchas veces: como yo no he tenido una vida tan grata, ha sido muy dura desde mi infancia. Tuve madre y padre, pero no me crié con ellos. He sido, como siempre lo digo, como un animalito silvestre. A veces doy gracias a la vida por eso, porque a veces las madres y los padres también afectamos negativamente a nuestros hijos e hijas. Lo que no quisiera es que las juventudes, la niñez, la adolescencia pasaran por donde yo he pasado. No quisiera que nadie sufriera ya más.

Y a la vez me cuestiono: "Victoria, ¿no será que estás siendo conformista frente a las juventudes? ¿No será que después se van a quedar cómodas, cómodos y cómodos en no hacer nada, porque su felicidad es todo lo que debe contar?" Ese cuestionamiento también me lo repienso a nivel organizativo.

¿Cómo hacemos para despertar conciencia en ellos? Porque los extractivistas ya los están trabajando — psicológicamente, psíquicamente, permanentemente. Este estado perverso trabaja con esa niñez y esas juventudes como diciéndoles que quiere lo mejor para ellos, cuando en realidad los está dividiendo: aquí niñez, aquí adolescencia, aquí juventudes, aquí adultos mayores. ¿Qué hicieron con eso? Simple y sencillamente separarnos, para que tuviéramos menos fuerza.

Por eso yo creo más en los grupos intergeneracionales. ¿Cómo podemos hacer para escuchar con respeto a las juventudes y a la niñez? Los niños te dan unas lecciones increíbles cuando los escuchas. ¿Por qué no les escuchamos? Y que ellos escuchen también a los adultos. Hay que seguir construyendo esa paz que no cae del cielo, sino que se construye con intencionalidad en el espíritu — y eso tiene que ver con la espiritualidad.

¿Cómo hacemos para que esas niñas y esos niños estén conscientes? No llevarlos a la tristeza ni al dolor, pero sí despiertos. Porque la vida, en todas sus expresiones, exige que estemos despiertas.

CAPÍTULO 12

VIDALINA MORALES

Defender la vida frente a la minería: el lado correcto de la historia

“Si algo destruye toda forma de vida son estos proyectos extractivistas mineros.”



Vidalina Morales tiene 57 años. Es hija de Juana y Santos, la menor de once hermanos y madre de cinco hijos. Creció en una comunidad rural de Cabañas, donde descubrió que, aunque la pobreza marcaba la vida de muchas familias, la verdadera riqueza estaba en los ríos, los árboles y los frutos de la tierra. Lideresa comunitaria e integrante de la Asociación de Desarrollo Económico Social Santa Marta (ADES), ha sido una de las principales voces de la lucha que logró la prohibición de la minería metálica en El Salvador. Su historia muestra que defender la vida comienza por proteger aquello que nos permite vivir: el agua, la tierra y las comunidades que las cuidan.

Desde pequeña, mi vida fue el contacto con los ríos.

Fui la última hija de once hijos que tuvo mi mamá. Nací en la pobreza, la pobreza en el sentido de no tener dinero. Pero la riqueza en la que nací y crecí era una riqueza natural, porque desde muy pequeña mi vida fue el contacto con los ríos. Había un río muy cerca; en mi comunidad donde nací no había agua potable. Íbamos al río, mi mamá me compraba cantaritos para que fuera a traer agua.

A pesar de que no era una zona muy productiva, había naranjas, guayabas, mangos, nances, jocotes. Ese lugar donde nací era una riqueza, era todo una maravilla de frutas. Era de salir a buscarlas; nada de que porque no tenía pisto uno no se las iba a comer. Todo eso ahora ha cambiado, por supuesto.

Mi infancia era ir a la escuela. Mis hermanos no quisieron ir nunca; mi madre insistió y logré hacer hasta el sexto grado, que en aquellos tiempos era un alcance grande. Tuve una infancia muy linda porque aparte de ser la última, era la más consentida de mi mamá. Lástima que no logré disfrutarla cuando entré a mi adolescencia, porque a la temprana edad de doce años mi madre murió.

Mi vida de niña era ir a jugar. Mi mamá casi no me dejaba salir a las otras casas porque las casas estaban dispersas, había que caminar. Pero yo en esas escapadas y huidas me le iba para las casitas de las otras compañeras que estaban como de mi edad. Jugábamos de hacer casa: cortábamos monte, hacíamos el suelo de tierra, lo lográbamos apelmazar bien. Jugábamos a hacer tortillas de barro; a una de niña la alentaban a aprender el oficio de la cocina, y a mí me gustaba mucho. Otro juego que me encantaba era los Jacks, esas pelotitas que una gana. Cuando estaba en la escuela, en mis horas de recreo, me iba a jugar con las otras compañeras.

De niña se me impregnó muy de cerca lo que fue el conflicto armado en El Salvador, porque vivía en la zona fronteriza. Eso me fue creando una identidad a la lucha organizada. Mi papá era muy religioso y escuchaba las homilias de Monseñor Romero⁵⁰ en un radio pequeño; antes la tecnología nada que ver con la de hoy, pero tener un radio ya era un avance. Cuando estaban las homilias, mi papá prendía una vela, recogía florcitas y hacía un mini altarcito. Se sentaba y se hincaba ahí, al pie del radio. Yo, toda una niña, me quedaba con él escuchándolo. Eso fue formando mi personalidad, mi conciencia de lo que El Salvador sufría.

La catequista organizada

La adolescencia fue un tema complejo. Cuando mi mamá murió, yo quedé de unos

Oscar Arnulfo Romero y Galdámez (1917-1980), arzobispo de San Salvador, defensor de los derechos humanos y crítico de la violencia estatal y los escuadrones de la muerte durante la guerra civil. Fue asesinado el 24 de marzo de 1980 mientras celebraba misa. Canonizado por el papa Francisco en 2018. Es considerado patrono de América Latina y símbolo de la justicia social en El Salvador.

doce, trece años. A mi mamá lo que no le gustaba era que yo fuera a la iglesia; creía en Dios, pero no creía en la gente que estaba al frente. Mi papá era lo contrario, a él le encantaba que yo fuera.

Mi papá era un señor muy bueno, pero estricto, sumamente estricto. Una adolescente necesita relacionarse con otras; a mí me encantaba ir a fiestas sanas, había un casamiento y uno iba a comer gallina. A mi papá no le gustaba participar en esas cosas. Yo no me podía untar nada en mi cara; me prohibió el polvo, la pintura para los labios, el esmalte para las uñas. Y nunca me dejaba salir a las fiestas. Yo me iba de escondidas, sin decirle nada, porque si no, era la regañada segura.

Como a mi papá le encantaba que yo fuera a la iglesia, fui a la iglesia. Esa fue mi puerta de escape. Dediqué mi adolescencia a participar en acciones de la pastoral. Había una organización de mujeres que se llamaba Legión de María. Yo fui catequista, casi llegué a ser delegada de la palabra de Dios, que no era usual en ese tiempo para una mujer. El sueño de mi papá era que yo fuera monja. Yo le decía: "Yo no quiero ser monja. Yo quiero parir hijos." No fue mi sueño.

Pero esa puerta de salida me sirvió mucho para relacionarme con las demás personas. Ahí en la iglesia empecé a practicar la organización, en las tareas que históricamente les asignan a las mujeres: arreglar el altar, rezar, regar las flores, ir a las convocatorias. De los trece a los diecinueve años.

La iglesia de ese tiempo era la que se encargaba de apoyar lo que fue la lucha social salvadoreña, apoyar a la comunidad. Era una iglesia muy comprometida. Eso a mí me consta y digo, si volviera esa iglesia a ser como en la que yo participé, yo volvería, no lo dudo.

La dirigencia de la iglesia estaba encargada de abastecer de comida y vestuario a los compas, a los guerrilleros. Entonces, en esas carreras y asignaciones que nos hacían principalmente a las niñas y a las muchachas, me mandaron a mí a dejarles comida. Así conocí al papá de mis hijos. Fue como ese flechazo. Se los voy a decir con toda sinceridad, porque es parte de mi historia.

Conocí a ese guerrillero que era el típico guerrillero. Un hombre de 28 años, joven, barbado, con su boina; lo tengo bien presente. En la guerra le decían Pepe. Él empezó a motivarme y yo no dudé en aceptarlo. Fueron pocas pláticas cuando empecé a tener relaciones con él y me embaracé de mi primer hijo en 1988.

Me embaracé, pero previamente hay una historia que me gusta contarla. Yo era tan fiel a la iglesia que para mí era un sacrilegio pensar en tener relaciones extramatrimoniales. Cuando empecé a tener relaciones con mi esposo, sentí que el mundo se me vino encima y dije "yo ya no sirvo para nada." Era una cosa que la misma religión le mete a una. Y en eso salí embarazada.

Mujer madre

Cuando salí embarazada, el mundo se me vino aún más encima. Mi papá era enojado, la gente de la comunidad era muy escandalosa.

No tienen idea del escándalo que se armó cuando dijeron que yo me había acompañado con un guerrillero y que había salido embarazada, porque yo había llegado a tener un nivel de liderazgo en la comunidad y ese liderazgo se me vino todo abajo.

Pero cuando fuimos a contarle a mi papá, íbamos dispuestos a todo. Yo le dije a Pepe: "No voy a aguantar golpes por usted, porque estoy embarazada, y si me pega, lo que va a hacer es que se me va a caer este niño." Por suerte, mi papá estaba tranquilo. No me dijo nada, solo me recibió. De ahí en adelante mi padre era otra persona.

Le dije: "Mire, yo estoy embarazada, necesito que me saque de la comunidad porque si no me linchan." Cuando tenía tres meses de embarazo, que todavía podía cubrir mi pancita, me fui con él a vivir a la intemperie. No llevaba una cama, no llevaba un plato para comer. Todo por amor vale. Me fui con él.

De 1988 al 2000, mi vida era estar en casa cuidando a mis hijos, porque no tuve a la par una suegra, una hermana. Prácticamente, mi vida era cuidar a la familia y los trabajos del hogar que nunca terminan. Pero también mi compromiso, desde 1988 hasta 1992 que se firman los Acuerdos de Paz, era estar atenta a los grupos de compañeros que llegaban a mi casa, porque mi casa fue un campamento guerrillero. Había veces que llegaban grupos hasta de 200 personas. Nos organizábamos con otras compañeras, pero había que estar ahí pendiente, preparar mucha comida. Se aliñaban cerdos, se aliñaban terneros, eran peroles de comida. Yo pariendo los hijos y atendiendo. Fue una vida bastante pesada para mí.

Vuelve la lideresa

En el 2000, miro a Antonio Pacheco y le digo: "Chico, aquí me siento inútil, no siento que esté haciendo nada." Me dice: "¿Y qué querés hacer?" Le digo: "No sé, usted me dirá, pero yo lo que necesito es estar inmersa en la organización."

A partir de ahí él me facilitó que estuviera en una asociación de padres de familia. Luego me trajo a trabajar directamente para ADES en el 2006. Del 2000 al 2006 era más un trabajo comunitario con la asociación de padres y con la ADESCO⁵¹. A partir del 2006 se me contrata para atender y acompañar al equipo técnico que visitaba las comunidades para concientizar sobre el tema de la minería. Ahí entro yo de lleno.

Viví poco tiempo en Chalatenango, luego nos trasladamos a Santa Marta en Cabañas en 1996. En Plazuela volví a ejercer algunos liderazgos en la ADESCO. De hecho, tuve la oportunidad en ese tiempo de participar con Las Dignas, que ya estaban expandidas en esos años. Pero como a Las Dignas, en aquellos tiempos, se les miraba como las macabras, mi esposo no me dejó. Seguí participando en algunas acciones comunitarias hasta que encontré mi lugar en ADES.

⁵¹ ADESCO: Asociación de Desarrollo Comunal. Figura organizativa de base reconocida legalmente en El Salvador para la gestión del desarrollo local en comunidades rurales y urbanas.

Contra la minería

Una cosa que me generó mucha conciencia es entender la dimensión de la minería en un país como El Salvador. Digamos que una aprecia los minerales; yo aprecio el oro, por ejemplo. Pero cuando una se informa de cómo es el proceso para extraer un gramo de oro, a una le cambia la mente.

El Salvador es un país pequeño, apenas 21.000 km². En este pequeño país vivimos seis millones y medio de habitantes, alrededor de 300 por kilómetro cuadrado. El interés minero está ubicado en la franja norte del país, la cual atraviesa toda la cuenca alta del río Lempa, que está contaminado sí, pero es lo único que tenemos. Esta zona es la zona de recarga hídrica del río Lempa. No solamente se vería afectada la gente que vive en sus riberas; hay que recordar que quien también consume agua del Lempa es el Gran San Salvador, una cantidad enorme de población.

Cuando una piensa que el tema del agua sigue siendo un problema no resuelto en nuestras comunidades, la gente dice: "¿Cómo es posible que una empresa minera tenga agua suficiente para explotar la mina y la comunidad que está a la par, que tiene su río, se le va a secar, se le va a contaminar y no tiene agua potable?" Y esos son los testimonios que nosotros hemos escuchado.

¿Y a quiénes afecta más la crisis climática? Afecta a las comunidades históricamente empobrecidas. Y dentro de esas comunidades, ¿a quiénes más? A nosotras, a las mujeres, a las niñas, a los niños. Porque yo que he vivido y vivo en la ruralidad, puedo dar fe de cómo nosotras las mujeres tenemos ese contacto directo con el agua desde que nos levantamos hasta que nos acostamos bien tarde, hasta que terminamos de lavar el último traste. Si no tenemos agua en nuestras casas, no son los hombres los que van a decir por bondad "les voy a ir a traer el agua." No. Somos nosotras mismas, las mujeres, las niñas y los niños. Gracias a ADES, conozco comunidades donde las mujeres caminan una hora para ir a traer un cántaro de agua, si no es que más.

Si algo destruye toda forma de vida son estos proyectos extractivistas mineros. Y aquí no estoy hablando solamente de la vida de las personas. La minería destruye la vida de la flora, de la fauna, independientemente sea una minería de cielo abierto o subterránea; afecta a los ecosistemas, a los mantos acuíferos, a la salud. Ninguna minería en ninguna parte del mundo se realiza sin utilizar cianuro, y el cianuro es un elemento químico altamente mortal para la vida. Un experto nos dijo que un cianuro del tamaño de un granito de arroz es capaz de matar a un ser humano. La minería utiliza toneladas de cianuro para separar el oro de la roca. Y el cianuro no solamente se queda en el agua ni solo en la tierra: se evapora en el aire, hace el ciclo del agua, se va a las nubes y luego cae en otra tierra que, aunque sea fértil, se vuelve infértil.

Como decía Monseñor Sáenz Lacalle⁵², quien no me caía bien, pero me quedó algo que dijo a los medios en el 2007: "Me voy a quitar esta sotana que tengo como arzobispo de esta arquidiócesis y me voy a colocar como químico que soy. Y yo sé, como químico, que el cianuro es un elemento altamente mortal para la vida. Y en ninguna parte del mundo se desarrolla minería sin cianuro." Eso aclaró la mente de la población. Por más que insistían en convencer a la gente de que la minería era buena, se logró desmontar ese discurso. Hasta la fecha, hay mucha población que sigue sosteniendo la inviabilidad de la minería en este país.

La esperanza

Sin duda es un contexto complejo, pero nada menos complejo de lo que hemos vivido. Quienes venimos con un recorrido sabemos que aquellos momentos de la guerra fueron muy difíciles. Sin embargo, en medio de esas preocupaciones que vivíamos en los ochenta, también había esperanza de vida. Una sabía que en cualquier momento podía morir, pero que si una moría no moriría todo el mundo, sino que iban a quedar otros para seguir adelante con las luchas.

En este momento, lo que menos podemos hacer es perder la esperanza. Como dice un dicho muy popular: "No hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista." Necesitamos juntarnos, fortalecer nuestra organización. Hay que recrearnos con nuestras formas de lucha, hay que inventarnos, pensar en el arte. Tenemos que seguir moviendo los brazos, seguir caminando. Si se necesita un apoyo, hay que buscarlo; si se necesita un descanso, hay que hacerlo, somos humanas. Y volver a empezar. Yo no siento quizás el mismo ritmo que habíamos traído en estos veinte años de lucha. Sé que ha habido muchas movilizaciones. Pero vamos ahí con la palabra, tratando de dar aliento y de pensar que no todo está perdido.

Vamos a alcanzar lo que nos propongamos, siempre y cuando usemos una buena forma de hacerlo. Porque sin temor a equivocarme, cuando una defiende los ríos, su territorio, está defendiendo la vida. Lo demás para mí es añadidura. Entender que estamos en el lado correcto de la historia. Eso tranquiliza.

⁵² Monseñor Fernando Sáenz Lacalle: arzobispo de San Salvador entre 1995 y 2008. De origen español, fue militar antes de ordenarse sacerdote. Su posición política fue considerada conservadora, opuesta a la Teología de la Liberación que representó Monseñor Óscar Arnulfo Romero. Sin embargo, su declaración pública contra la minería por cianuro en 2007 tuvo un impacto significativo en la opinión pública salvadoreña.

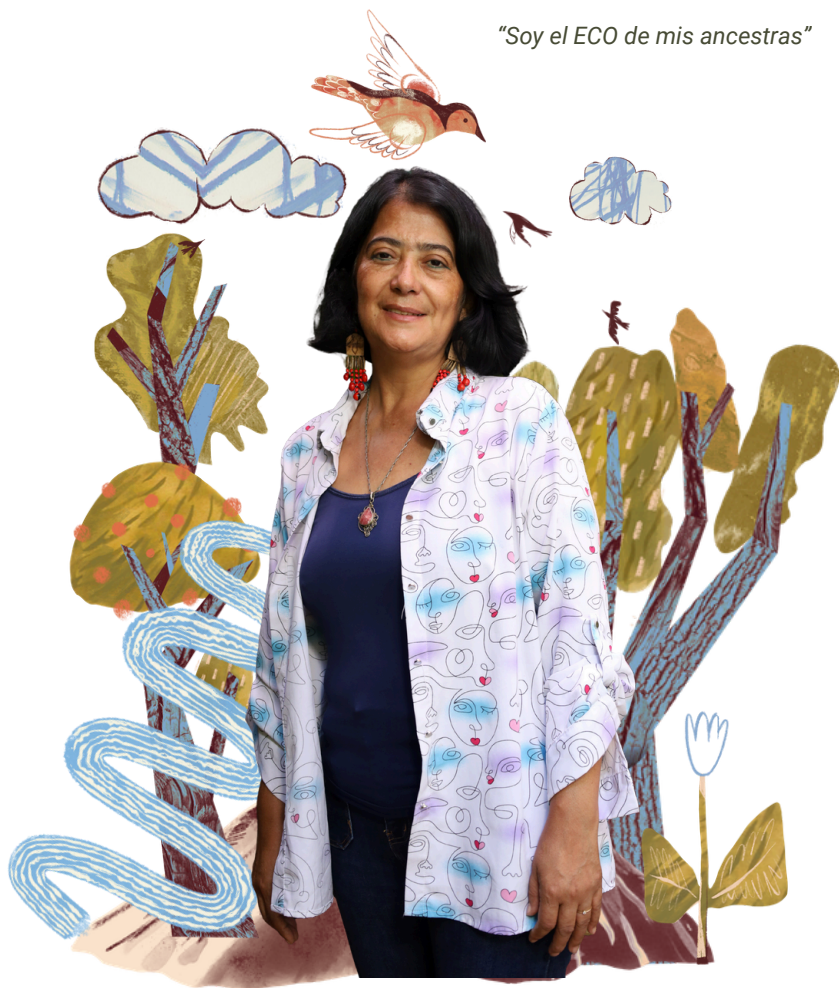
CAPÍTULO 13

CAROLINA AMAYA⁵³

Evangelizadora, militante social y ecofeminista.

Las transformaciones serán feministas y ecologistas o no serán.

"Soy el ECO de mis ancestras"



⁵³Directora de la Unidad Ecológica Salvadoreña UNES. A diferencia de los demás capítulos del libro, este texto fue escrito directamente por la autora.

La abuela, la madre, las raíces

Antonia Amaya, mi abuela materna, era la partera y curandera del cantón San Andrés en Ciudad Arce, La Libertad.

Disfrutaba de ese reconocimiento, aunque no lo aceptara. Siempre nos decía: “No hay cipote en este cantón al que yo no haya traído al mundo.”

Crecí entre saberes, prácticas y rituales con la naturaleza. Todo lo que mi abuela utilizaba para ayudar a parir y curar venía de la tierra. Mi madre heredó parte de esos saberes: curaba de empachos y de esos males comunes de la cultura popular rural que solo la medicina tradicional puede curar.

Mi mamá Rosa era una mujer con sueños frustrados de maestra. La pobreza no le permitió continuar sus estudios en la escuela Normal, por eso se esmeraba tanto en que nosotros estudiáramos. Contrario a mi Papá, que reiteradamente nos decía: “No es necesario estudiar, mucho menos para las mujeres, solo estudian para tener hijos.” Esa dedicatoria era para mí.

Pero mi mamá siempre defendió frente a mi Papá el derecho a estudiar. Al final de cuentas, ella nos garantizaba con sus ventas lo necesario para ir a la escuela. El que se cumpliera la decisión de mi Mamá en la casa, para mí era la normalidad.

Hablando de normalidad, mi infancia y juventud transcurrieron en un hogar donde la diversidad sexual formaba parte del tejido social de la familia y moldeó mi comprensión temprana de la identidad y el respeto hacia los demás. La casa y el circo de mi tía abuela lesbiana (Papachus) era espacio de acogida a quienes sus familias no los aceptaban por su orientación sexual. Qué les puedo decir del circo: era el espacio transgresor e inclusivo de cuerpos diversos, que permitía la libertad expresiva fuera de las normas convencionales. El circo era el espacio público donde todos podíamos ser todas y todes. Ahí conocí a muchas personas LGTBIAQ+; con algunas de ellas aún conservo el cariño y la amistad.

La evangelizadora

Esta parte de mi vida estuvo marcada por la militancia eclesial. Pasé por todas las estructuras de la iglesia: desde rezadora, catequista, evangelista y coordinadora de la Juventud Misionera. Fui formada por las Comunidades Eclesiales de Base (CEBs), pequeñas comunidades cristianas que combinaban la lectura bíblica, la reflexión y la acción social.

Esta formación-acción te marca la vida, te impregna el compromiso cristiano que busca llevar el amor y la justicia a todos los seres. Por eso, cuando mi mamá me pidió que solicitara apoyo y acompañamiento de la iglesia para velar al hijo de su amiga, la respuesta de los hombres que tomaban las decisiones en la iglesia fue que no podían apoyar porque lo habían matado por ladrón. Eso me generó un gran conflicto de ideas, de convicciones: si tanto hablamos de amor y justicia, ¿por qué no apoyar?, ¿por qué juzgar?, ¿por qué el rechazo? Ese día tomé la decisión de alejarme de la iglesia. Tenía 21 años.

Mi madre, Rosa, apoyó esa decisión. Aunque no se considerara defensora ni feminista, era valiente, franca. Cuando yo era pequeña, creciendo entre dos hermanos mayores y dos menores, un día me dijo: “No puedo protegerte siempre de ellos, pero te voy a enseñar a defenderte”. A partir de esa frase comenzó mi camino para romper el silencio, que terminó incluso en la defensa física de mí misma. Y es que mis hermanos me tiraron de un árbol porque yo quería volar, me cortaron el pelo porque quería ser colocha y, jugando al escondedero, me dejaron encerrada en un baúl de ropa. Mi mamá, sin saberlo, me dio la oportunidad de conocer otro modelo de vida: una con derechos, con justicia y sin violencia para las mujeres.

El terremoto y el movimiento social

En el 2001, trabajaba con una organización social que se asentó en Armenia, Sonsonate, atendiendo las urgencias del terremoto (alimentos, ropa, medicinas). En esas labores humanitarias, nos amistamos con una chica que me contó que había una organización que requería de una persona que conociera de gestión de riesgos y compromiso para trabajar con comunidades. Sin conocer a nadie, me vine a una entrevista, me examinaron y al mes ya me habían contratado en la UNES. Yo estaba feliz, orgullosa: era una organización reconocida y comprometida. Mi primera tarea fue capacitar a las comunidades en gestión ecológica de riesgos, documentar sentires y pensares para presionar a la Asamblea Legislativa de El Salvador a favor de una propuesta de ley de Prevención, Mitigación de Desastres y Protección Civil.

Trabajé con las organizaciones sociales del movimiento social para organizar las movilizaciones desde distintos lugares del país hacia la Asamblea Legislativa.

La ley fue aprobada en agosto del 2005 como Ley de Protección Civil, Prevención y Mitigación de Desastres. Aunque no cumplía totalmente con las demandas comunitarias, contribuimos al establecimiento de las bases jurídicas para la institucionalización de la gestión de riesgos en El Salvador.

Mi historia no es singular: soy la suma de una memoria compartida que me ha marcado la vida. Una de esas memorias es la resistencia contra la privatización de la salud.

La UNES era parte de la Alianza Nacional contra la Privatización de la Salud, espacio desde el cual se coordinaban todas las movilizaciones, topes, cierres, piquetes.

Ahí tuve la oportunidad de conocer a Margarita Posada, que en paz descanse, cuya mezcla de resistencia y alegría marcó el movimiento de esa lucha.

Como ya conocía los territorios, las organizaciones, los referentes, me delegaron para integrar la mesa de coordinación.

Mi labor era contribuir a organizar las resistencias comunitarias de la zona occidental del país, concretamente las del Kilo 5 (Acajutla).

Era difícil el cierre de esa calle: era ancha, peligrosa y la logística requería no menos de 300 personas para garantizar el tope y la seguridad.

Esta fue para mí una década floreciente del movimiento social en El Salvador. Se consolidaron redes, sindicatos, movimientos territoriales, feministas.

Fue un ciclo de organización, protestas por las reformas neoliberales, privatizaciones, tratados de libre comercio, programas de ajuste, demandas sociales.

Estas luchas intercontinentales me revelaron y enseñaron cómo las decisiones comerciales globales afectaban a las mujeres agricultoras a quienes yo acompañaba en Sonsonate, cómo el modelo extractivo global impactaba el agua, las semillas, los bosques que las mujeres en San Julián defendían con su cuerpo y sus vidas.

En los procesos de resistencia contra Tratados de Libre Comercio, CAFTA, se militaba en expresiones nacionales y regionales.

Dentro de las regionales estaban las Mesoamericanas en Resistencia por una Vida Digna, siendo una de las organizaciones dinamizadoras del espacio Las Dignas.

Desde el Programa Justicia Económica para las Mujeres comencé a escuchar otras narrativas, otras reflexiones, que ya no eran solo de impactos diferenciados: eran de autonomía del cuerpo de las mujeres, del derecho de tomar decisiones libres e informadas sobre su cuerpo, sexualidad sin coerción ni violencia.

Cuando te ponés los lentes feministas

Ser parte del espacio me generó un tsunami de ideas, pero aún no me nombraba feminista. Decía que era mucho compromiso, pero pasaba algo: cuando querían proponer una mujer para la vocería, reiteradamente me descalificaban: “Ella es del movimiento social, no es feminista.” Esto no me gustaba, pero comprendía la reivindicación del movimiento feminista.

En ese momento, decidí inscribirme en la Escuela de Debate Feminista. Durante seis meses, estuve aprendiendo y desaprendiendo sobre feminismo, derechos, violencia, tipos de violencia, políticas y leyes para los derechos de las mujeres. Cuando finalicé el diplomado, ya no era la misma, pero aún no me nombraba feminista.

Finalizado el proceso, tenía asignado el territorio de Sonsonate. Sin querer queriendo, la mayor parte de los colectivos eran mujeres rurales, campesinas, en su mayoría, todas liderando disputas por los bienes naturales.

En San Julián, las Mujeres del Comité Ambiental protegían los bosques de amenazas de lotificación; en Santa Isabel Ishuatán, las luchas por el agua; en el Río Angue, la comunidad se pronunciaba contra la industria de la construcción por la extracción de arena. No todas las luchas que acompañamos fueron ganadas, pero las mencionadas aquí sí.

La motivación era doble: venía cerrando un diplomado en feminismo y con tres luchas territoriales ganadas. Le propuse a la UNES realizar una réplica del proceso de formación, concretamente con temas de prevención de violencia con 40 mujeres.

Al reflexionar con ellos sobre los tipos de violencia, luego de finalizar la jornada, se acercaban y me decían: “Hasta ahora entendí que mi esposo al escupirme la cara me violenta.” “El padre de mis hijas ya no está conmigo, pero me viola todos los fines de semana. Cuando llega a dejarme el dinero de la comida de mis hijas, me obliga a tener relaciones.” No esperé terminar la formación para reivindicarme como feminista.

Cuando te ponés los lentes feministas, nunca volvés a ser la misma. Comenzás a autocuestionarte, a detectar desigualdades, brechas salariales, roles de cuidado, situaciones de desventaja hacia nosotras.

Y ahí te volvéis incómoda para tus amigos, compañeros de luchas y sueños. Pero yo ya tenía otras luchas: no era solo el poder entre el norte y el sur, entre los que más tienen y los que menos tenemos.

Ahora también era el poder de lo masculino sobre lo femenino: era la lucha contra el patriarcado, ese poder que legitima la superioridad masculina y oprime a las mujeres en lo público y en lo privado.

Con esta nueva identidad, nació la necesidad de acercarme aún más a organizaciones feministas, floreciendo relaciones de complicidad con mujeres como Sonia Sánchez, quien fue y sigue siendo la amiga y maestra de la resistencia pacífica.

Ella, como lideresa del Movimiento de Mujeres de Santo Tomás, me acercó a plataformas feministas, en su mayoría jóvenes. En esos espacios, me he sentido segura, acuerpada y respetada con ellas. En más de una ocasión, cuando no he podido con las cargas emocionales y de seguridad, ellas las han hecho más livianas.

El ecofeminismo como movimiento

Allá por el 2015, varias compañeras comenzaron a nombrarse ecofeministas, todas defensoras ambientales: Sonia Sánchez defendiendo los bosques de Santo Tomás; Nely Rivera denunciando el extractivismo minero; Cidia Cortez generando conocimiento desde la ciencia; Sara García defendiendo el agua en el caso de Valle El Ángel. No faltaron hombres que se agenciaban públicamente esas luchas, porque ellos salían en las noticias, pero eran las mujeres las que estaban en la primera línea de la defensa territorial. Debo reconocer todo el apoyo de la Fundación Heinrich Böll y su actual directora Ingrid Hausinger como mentora y apoyo solidario para que en el 2017 se consolidara el “Movimiento Ecofeminista de El Salvador.”

Con el ánimo de aportar al movimiento, comenzamos con el apoyo de la Böll a trabajar documentos para introducir y visibilizar el vínculo Cuerpo-Territorio,

la interdependencia entre la opresión de las mujeres y la explotación de la naturaleza como procesos conectados, teniendo al extractivismo y al patriarcado como causas comunes.

En el 2020, en plena pandemia, ya teníamos nuestro cuatrifolio sobre Mujeres, extractivismo y justicia de género. Le acompañaron foros, webinarios, intercambios, pero queríamos más.

En esta búsqueda nos encontramos con el Fondo Centroamericano de Mujeres (FCAM). No sé quién encontró a quién, quizá fue la naturaleza misma, pero en el 2021 logramos unir esfuerzos para cocrear la idea de un diplomado nacional en ecofeminismo.

En el proceso de construcción nos juntamos 7 organizaciones feministas, ambientalistas y ecofeministas, culminando con el Primer Diplomado en ecofeminismo en el país y quizá en la región en el 2023.

El proceso también parió una sistematización metodológica, pero queríamos más y pensamos en este libro que ahora están leyendo.

Este libro

Esta es una parte de mi historia; también es la historia de nosotras y de las otras que defendemos el territorio, de quienes transformamos el dolor en organización y de quienes persistimos, con terquedad, en la convicción de que es posible otra forma de relacionarnos con la tierra y entre nosotras.

Mi historia no es singular: Soy el eco de mis ancestras.



Este libro se terminó de editar en 2026, desde el Cuerpo Territorio de Centroamérica.

GUARDIANAS DE LA RED DE LA VIDA

13 voces ecofeministas desde El Salvador

Este libro reúne las voces de trece mujeres salvadoreñas que, desde experiencias muy distintas, han construido formas de resistencia frente al extractivismo, la crisis climática, la violencia patriarcal y el despojo de los bienes comunes.

A través de relatos autobiográficos, reflexiones políticas y memorias de lucha, las autoras muestran que el ecofeminismo no es una teoría única, sino una práctica cotidiana que nace de los ríos, los bosques, las ciudades, las comunidades y los cuerpos.

Guardianas de la red de la vida invita a pensar el cuidado como una acción colectiva y a reconocer que defender el territorio es también defender la posibilidad de un futuro compartido.

"Esta es una parte de mi historia; también es la historia de nosotras y de las otras que defendemos el territorio, de quienes transformamos el dolor en organización y de quienes persistimos, con terquedad, en la convicción de que es posible otra forma de relacionarnos con la tierra y entre nosotras. Las transformaciones serán feministas y ecologistas o no serán",

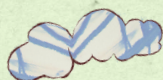
Carolina Amaya.

"Siguen allí porque aquello que defienden no es solamente un territorio, un río o una comunidad. Defienden las relaciones que hacen posible la vida. Y porque han comprendido algo que nuestro tiempo parece haber olvidado: que la esperanza no consiste en esperar que las cosas mejoren, sino en seguir construyendo, junto a otras personas, las condiciones para una vida digna, justa y feliz",

Ingrid Hausinger.

"Guardianas, gracias por contarme su vida y compartir sus sentipensares, admiro profundamente a cada una de ustedes, les deseo larga y feliz vida y les agradezco, en nombre de la humanidad a la que pertenezco, su tesón y su lucha en la defensa del Cuerpo Territorio",

Lauri Cristina García Dueñas.



EDICIONES BÖLL

